

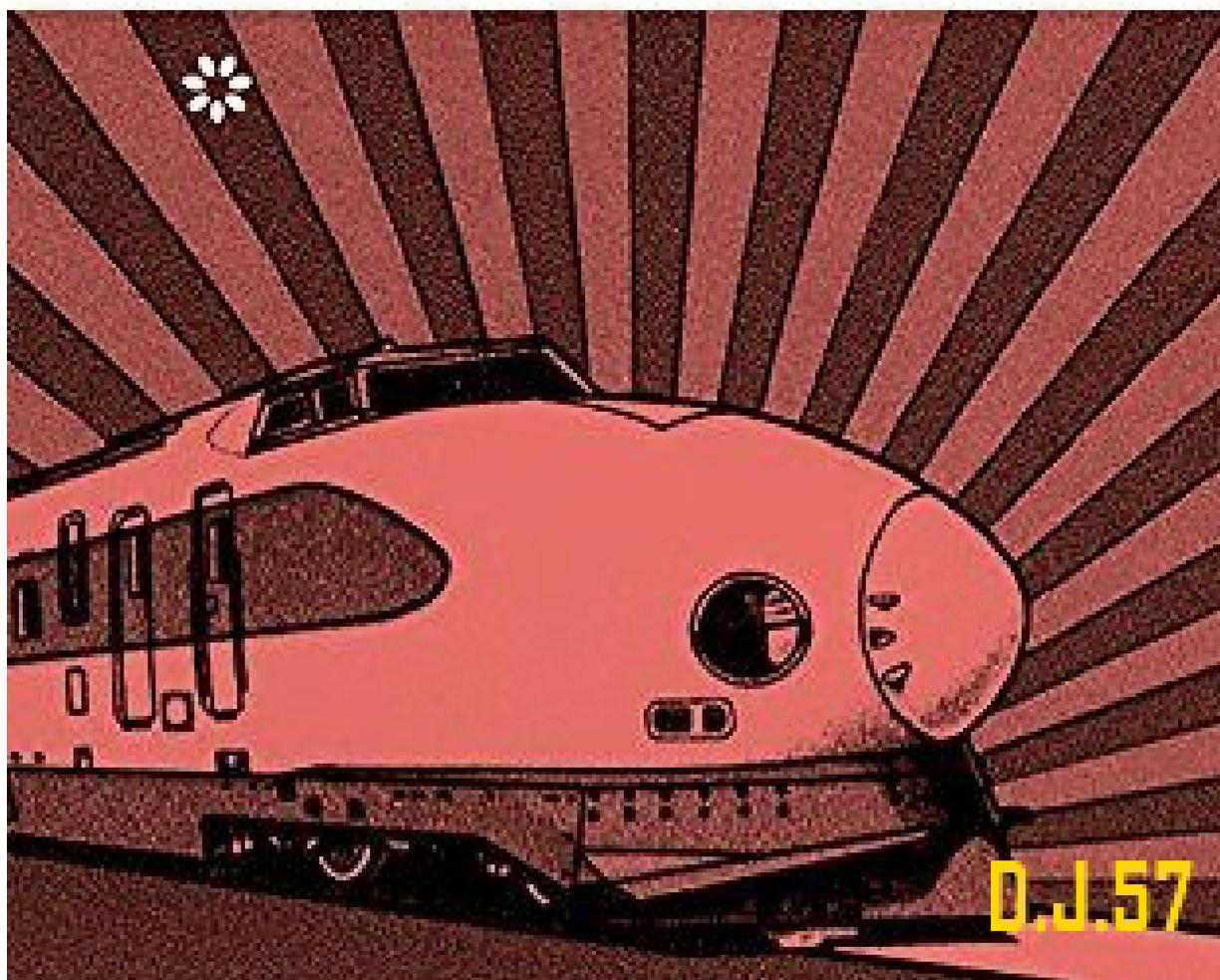
Libros del Asteroide



Seicho Matsumoto

El expreso de Tokio

Traducción de Marina Bornas



Los cadáveres de un oscuro funcionario y una camarera aparecen una mañana en una playa de la isla de Kyushu. Todo parece indicar que se trata de un caso claro: dos amantes que se han suicidado juntos tomando cianuro.

Pero hay ciertos detalles que llaman la atención del viejo policía local Jutarō Torigai: el difunto se había pasado seis días solo en su hotel y en su bolsillo encontraron un único billete de tren; así que, seguramente, los amantes no habían viajado juntos. Enseguida se descubre también que el funcionario trabajaba en un ministerio en el que se acaba de destapar una importante trama de corrupción; el subinspector Mihara de la Policía Metropolitana de Tokio se hará cargo de la investigación en la que contará con la inestimable ayuda de Torigai.

Publicado en Japón en 1957, *El expreso de Tokio* es uno de los *best sellers* más famosos de Seicho Matsumoto. Su intriga minuciosamente ensamblada y la combinación de elementos psicológicos, sociales y políticos marcaron una nueva época en la novela negra japonesa.

Seicho Matsumoto

El expreso de Tokio

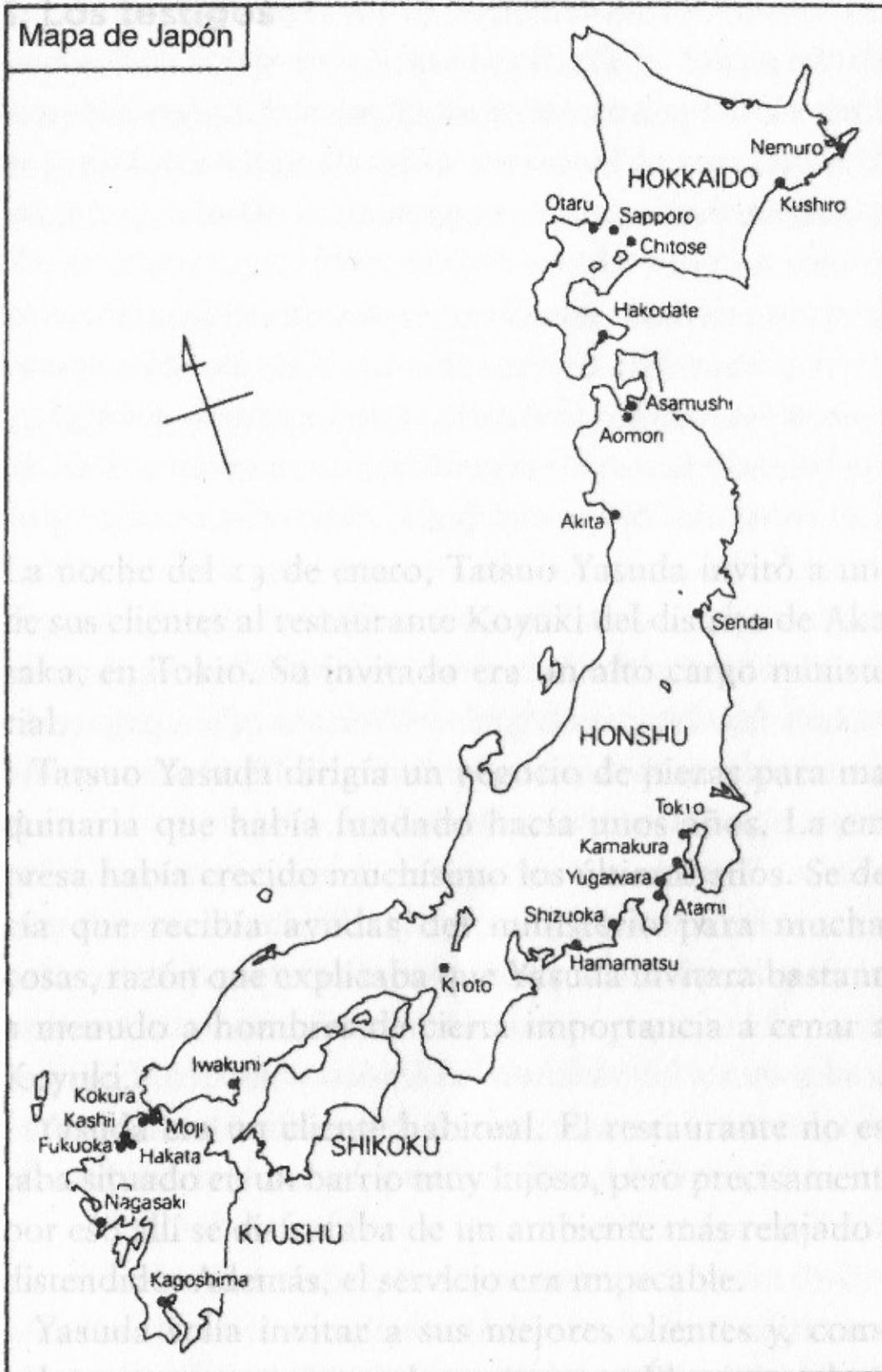
ePub r1.1

Titivillus 22.03.18

Título original: *Ten to Sen*
Seicho Matsumoto, 1957
Traducción: Marina Bornas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Mapa de Japón



1. Los testigos

La noche del 13 de enero, Tatsuo Yasuda invitó a uno de sus clientes al restaurante Koyuki del distrito de Akasaka, en Tokio. Su invitado era un alto cargo ministerial.

Tatsuo Yasuda dirigía un negocio de piezas para maquinaria que había fundado hacía unos años. La empresa había crecido muchísimo los últimos años. Se decía que recibía ayudas del ministerio para muchas cosas, razón que explicaba que Yasuda invitara bastante a menudo a hombres de cierta importancia a cenar al Koyuki.

Yasuda era un cliente habitual. El restaurante no estaba situado en un barrio muy lujoso, pero precisamente por eso allí se disfrutaba de un ambiente más relajado y distendido. Además, el servicio era impecable.

Yasuda solía invitar a sus mejores clientes y, como cabe suponer, no reparaba en gastos. Él mismo decía que era su propio «capital». Sus clientes eran hombres influyentes, pero por más que conociera bien a todas las camareras, Yasuda jamás les revelaba la posición social de sus invitados.

En otoño del año anterior, en ese ministerio había estallado un escándalo de corrupción en el que decían que había varios proveedores implicados. La prensa destacaba que por el momento solo afectaba a los cargos inferiores, pero que en primavera empezaría a salpicar las altas esferas.

En vista de las circunstancias, Yasuda se había vuelto aún más cauteloso con sus clientes. Siempre solía aparecer con los mismos invitados. Las camareras los llamaban «señor Ko» o «señor Uo», pronunciando así la primera sílaba de sus apellidos, pero desconocían por completo la identidad de los comensales. Solo sabían que la mayoría de los clientes de Yasuda eran altos funcionarios del gobierno, pero tampoco les importaba quiénes fueran, puesto que era Yasuda quien pagaba la cuenta, razón por la que el personal del Koyuki se esforzaba en prestarle el mejor servicio.

Tatsuo Yasuda era un hombre de unos cuarenta años. Tenía la frente ancha y la nariz perfilada. Su tono de piel era más bien oscuro y tenía la mirada

bondadosa y las cejas pobladas pero bien definidas. Era todo un hombre de negocios y su carácter era franco y abierto. Era muy popular entre las camareras del Koyuki. Aun así, nunca intentaba aprovecharse de ellas y las trataba a todas con la misma amabilidad.

El destino quiso que la encargada de su mesa fuera una chica llamada Toki, por haber sido la primera en servirle. Yasuda la trataba con familiaridad, pero nada parecía indicar que aquella relación de confianza se prolongara más allá del restaurante.

Toki tenía veintiséis años, pero su blanca piel y su gran belleza la hacían parecer cuatro o cinco años más joven. Sus grandes ojos de negras pupilas cautivaban a todos los comensales. Cuando alguno le dirigía la palabra, ella volvía los ojos hacia arriba con la cabeza gacha y le dedicaba una preciosa sonrisa. Era consciente del efecto que sus ademanes provocaban en los clientes. Tenía el rostro perfectamente ovalado y la poca distancia entre sus labios y su mentón conformaba un perfil muy atractivo.

Algunos de sus clientes tenían la tentación de seducirla. Las camareras del Koyuki iban y venían del restaurante todos los días. Llegaban sobre las cuatro de la tarde y salían pasadas las once de la noche. A veces, algunos hombres se citaban con ellas bajo el puente de la estación de Shimbashi a la salida del trabajo. Al tratarse de sus clientes, las muchachas no podían rechazarlos sin contemplaciones, de modo que aceptaban la cita y les daban plantón hasta tres o cuatro veces, esperando así disuadirlos.

—No ha entendido nada, está furioso. El otro día, entré en el reservado para servirle y me dio un pellizco que casi me hace gritar.

Toki, sin levantarse, se subió la falda del kimono hasta la rodilla y dejó la pierna al descubierto. Una magulladura azulada destacaba encima de su blanca piel.

—¡Qué boba eres! Eso te pasa por dejar que se hagan demasiadas ilusiones —bromeó Tatsuo Yasuda, que estaba tomando una copa de sake con las chicas; hasta ese punto llegaba su confianza con las camareras del Koyuki.

—Usted, señor Ya, nunca ha intentado nada con nosotras —observó Yaeko, una de las chicas.

—No me serviría de nada. Me daríais calabazas.

—Usted dirá lo que quiera, pero yo sé que le gustaría intentarlo —bromeó Kaneko.

—¡No digas tonterías!

—Ya basta, Kaneko —intervino Toki—. Todas estamos enamoradas de usted, señor Ya, pero usted no parece interesado en nosotras. Kaneko, será mejor que no sigas por ahí.

—Qué lástima... —se lamentó la chica con una sonrisa.

De hecho, como decía Toki, casi todas las chicas del Koyuki sentían cierta debilidad por Yasuda. Si él hubiera hecho algún gesto de aproximación, ellas se habrían dejado seducir. Lo cierto es que el empresario tenía un aspecto y un carácter que le daban un encanto irresistible a los ojos de las mujeres.

Por eso aquella noche, cuando Yasuda acompañó hasta la puerta a su cliente después de cenar y regresó a su mesa en el reservado para tomar una copa con las chicas, Yaeko y Tomiko aceptaron entusiasmadas, sin vacilar ni un instante, cuando él les propuso:

—¿Qué os parece si os invito a almorzar mañana?

—¡Un segundo! Toki no está —dijo Tomiko, mirando a su alrededor—. A ella también querrá invitarla, ¿verdad?

En ese momento, Toki debía de estar ocupada con otras tareas.

—No importa, puedo ir con vosotras dos. Toki ya vendrá otro día, tampoco puedo llevarme a todo el personal.

Yasuda tenía razón. Las chicas tenían que entrar a trabajar a las cuatro. Si salían a comer fuera, llegarían tarde y el restaurante no podía permitirse que tres de sus camareras se retrasaran.

—Pues quedamos mañana a las tres y media en el Levante de Yurakucho —dijo Yasuda, sonriendo.

Cuando Tomiko entró en el Levante a las tres y media del día siguiente, Yasuda estaba tomando café en la mesa del fondo.

—Hola —la saludó, indicándole que se sentara en la silla de enfrente. A ella le resultaba un poco incómodo reunirse con un cliente en un ambiente distinto al del restaurante. Sin saber por qué, se sonrojó mientras tomaba asiento.

—¿Yaeko no ha llegado todavía?

—No creo que tarde.

Sin dejar de sonreír, Yasuda pidió otro café. Al cabo de cinco minutos, llegó Yaeko, que también parecía algo cohibida. El local estaba lleno de parejas jóvenes. Entre los comensales destacaban dos mujeres vestidas con unos kimonos que no dejaban lugar a dudas acerca de su profesión.

—¿Qué os apetece? ¿Comida occidental, tempura, anguilas o comida china?
—les preguntó Yasuda.

—Comida occidental —respondieron ambas al unísono. Al parecer, estaban hartas de la comida tradicional del Koyuki.

Salieron del Levante los tres juntos y se dirigieron al barrio de Ginza. A aquella hora no había demasiada gente. Hacía buen tiempo, pero el viento era frío. Anduvieron dando un paseo hasta la esquina de la calle Owari, donde cruzaron hacia el gran centro comercial de Matsuzakaya. Las calles de Ginza parecían vacías en comparación con el ambiente que se había respirado apenas hacía quince días, durante los festejos de Nochevieja.

«La cena de Navidad estuvo muy bien», comentaban dos mujeres justo detrás de ellos.

Yasuda subió las escaleras del restaurante Coq d'Or, que también estaba vacío.

—Pedid lo que os apetezca.

—Cualquier cosa nos parecerá bien.

Yaeko y Tomiko vacilaron un instante. Al final, abrieron la carta y empezaron a cuchichear entre ellas, sin saber qué plato elegir.

Yasuda consultó disimuladamente su reloj de pulsera. Yaeko lo vio de reojo y le preguntó:

—¿Tiene prisa, señor Ya?

—No, por ahora no, pero esta tarde tengo que ir a Kamakura —les explicó él, con las manos cruzadas encima de la mesa.

—Lo siento mucho. Tomiko, tenemos que escoger ya.

Al fin, las chicas se decidieron.

Pasó un buen rato desde que empezaron con la sopa hasta que terminaron de comer. Durante el almuerzo, estuvieron hablando de trivialidades. Yasuda parecía divertirse. Cuando les trajeron la fruta, volvió a comprobar la hora.

—Ahora sí que tiene que irse, ¿verdad?

—No, todavía es pronto —repuso él. Sin embargo, cuando les sirvieron los cafés volvió a torcer la muñeca para consultar el reloj.

—Es muy tarde, deberíamos irnos —dijo Yaeko, haciendo ademán de levantarse.

—Sí.

Yasuda fumaba con los ojos entrecerrados, como si estuviera reflexionando.

—Chicas, es una lástima que tengamos que despedirnos tan pronto. ¿Por qué

no me acompañáis a la estación? —les pidió con una expresión ambigua, medio en serio, medio en broma.

Las muchachas intercambiaron una mirada. Ya llegaban tarde al trabajo. Si, encima, tenían que pasar por la estación, se retrasarían todavía más. A pesar de que Tatsuo Yasuda había hablado con naturalidad, su mirada era tan grave que las chicas acabaron creyendo que se sentía verdaderamente solo. Además, no podían negarle ese favor al hombre que las había invitado a almorzar.

—De acuerdo —aceptó Tomiko, que fue la primera en decidirse—. Llamaré al restaurante para avisar de que nos retrasaremos un poco —añadió y, a continuación, se dirigió a la esquina donde se encontraba el teléfono y regresó al poco rato con una sonrisa en los labios—. Ya está arreglado. ¿Vamos?

—Lo siento, chicas —se disculpó Yasuda mientras se levantaba. Una vez más, echó un vistazo al reloj. A ellas les llamó la atención que lo consultara tantas veces seguidas.

—¿A qué hora sale su tren? —inquirió Yaeko.

—Cogeré el de las 18:12 o el siguiente. Ahora son las cinco y media, así que llegaremos justo a tiempo —repuso Yasuda, mientras pagaba la cuenta con cierta impaciencia.

Llegaron a la estación en cinco minutos.

—Gracias por acompañarme —les dijo Yasuda dentro del taxi.

—De nada, señor Ya —dijo una de las chicas—, es un placer poder servirle. Gracias a usted por habernos invitado a almorzar.

—Sí, gracias a usted —añadió la otra.

Una vez en la estación, Yasuda compró su pasaje y les dio a las chicas sendos billetes para poder acceder al andén. El tren de la línea de Yokosuka, que pasaba por Kamakura, saldría del andén 13. El reloj digital indicaba que faltaba poco para las seis de la tarde.

—¡Menos mal! Todavía estoy a tiempo de coger el de las 18:12 —exclamó Yasuda, aliviado.

El tren aún no había llegado. Yasuda echó un vistazo a los andenes del este, de donde salían los trenes de larga distancia. Como los andenes 13 y 14 en ese momento estaban despejados, pudieron ver el tren estacionado en el andén 15.

—Ese es el tren rápido de Kyushu, con destino a Hakata. Lo llaman *Asakaze*, que significa «brisa matinal» —les explicó Yasuda a las jóvenes.

Los pasajeros y sus acompañantes entraban y salían del tren. Desde el lugar donde se encontraban, percibieron la excitación y el ajetreo de los viajeros que

se despedían en el andén.

En ese preciso instante, Yasuda dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¡Mirad! ¿Esa no es Toki?

Las dos chicas se volvieron en la dirección que Yasuda les señalaba con el dedo.

—¡Es verdad, es Toki! —corroboró Yaeko, levantando la voz.

Toki se abrió paso entre la gente congregada en el andén 15. A juzgar por su ropa de viaje y por la maleta que llevaba en la mano, no había duda de que se disponía a subir al tren.

—¡Es Toki! —gritó Tomiko, cuando al fin la descubrió entre el gentío.

Sin embargo, lo que más les sorprendió fue ver a Toki hablando con un hombre joven que estaba a su lado. Ninguna de las dos recordaba haberlo visto antes. Llevaba un abrigo negro y sujetaba una pequeña maleta en la mano. Mientras se dirigían hacia el último vagón, los dos jóvenes aparecían y desaparecían entre la multitud que abarrotaba el andén.

—¿Adónde irá? —preguntó Yaeko, conteniendo el aliento.

—¿Quién es el hombre que está con ella? —añadió Tomiko, con la voz ronca.

Toki siguió caminando junto a aquel hombre, que parecía su amante, sin sospechar que estaba siendo observada por tres pares de ojos intrigados. Finalmente, se detuvieron frente a uno de los vagones, comprobaron el número y subieron, el hombre primero, hasta desaparecer en el interior.

—¡Qué muchacha más misteriosa! No sabía que fuera de viaje a Kyushu con su amante —murmuró Yasuda, con una sonrisa burlona.

Las dos chicas estaban petrificadas, incapaces de borrar la mueca de perplejidad que se había dibujado en sus rostros. Mudadas de asombro, no perdían de vista el vagón en el que había desaparecido Toki. Delante del tren, los pasajeros seguían yendo y viniendo en un flujo constante.

—¿Adónde irá? —logró articular Yaeko al fin—. No creo que haya subido al tren de larga distancia para ir a la ciudad más cercana.

—No sabía que Toki tuviera un amante —musitó Tomiko, bajando el tono de voz.

—Yo tampoco. No salgo de mi asombro.

Ambas hablaban en voz baja, como si acabaran de hacer un descubrimiento extraordinario.

En realidad, ninguna de las dos conocía a fondo la vida privada de Toki,

puesto que ella no solía hablar de su intimidad. Nada indicaba que estuviera casada o que tuviera un amante, tampoco habían oído nunca rumores sobre sus amoríos. Algunas de las camareras del Koyuki eran más abiertas y solían hablar con sus compañeras para pedirles consejo y otras eran más reservadas. Toki pertenecía a las últimas, por eso a sus dos compañeras les había sorprendido tanto descubrir casualmente parte de los secretos que Toki intentaba ocultar con tanto celo.

—Iré al andén y me asomaré a la ventanilla para ver quién es su amante —dijo Yaeko, animada.

—No, déjalos en paz. No te metas en sus asuntos —intentó disuadirla Yasuda.

—¿Está celoso, señor Ya?

—¿Celoso, yo? ¡Pero si voy a visitar a mi esposa! —rio.

En ese momento llegó el tren de la línea de Yokosuka, que estacionó en la vía 13 y obstaculizó por completo la visión. Más adelante, se comprobó que el tren había entrado en la estación exactamente a las 18:01.

Yasuda subió al vagón agitando la mano para despedirse. Todavía faltaban once minutos para que partiera.

Una vez dentro, se asomó a la ventanilla.

—Gracias por acompañarme. Ya podéis iros, no quiero retrasaros aún más —les dijo.

—De acuerdo —respondió Yaeko, que ardía en deseos de ir corriendo al andén 15 y ver qué se traían entre manos Toki y su acompañante—. Hasta luego, señor Ya.

—Que tenga un buen viaje. Espero que volvamos a vernos pronto.

Las chicas se despidieron de Yasuda estrechándole la mano.

—Oye, Tomiko, ¿qué te parece si vamos a espiar a Toki? —propuso Yaeko mientras bajaban las escaleras.

—No deberíamos hacerlo —protestó Tomiko, aunque sin rechazar categóricamente la propuesta de su compañera. Así fue como las dos muchachas se dirigieron hacia la vía 15.

Se acercaron al vagón al que habían visto subir a su compañera y se asomaron a la ventanilla sorteando el gentío congregado en el andén. El interior del vagón estaba muy bien iluminado. Bajo aquel derroche de luz, enseguida vieron a Toki sentada al lado de su joven acompañante.

—¡Mira cómo habla! Parece contenta —dijo Yaeko.

—¡Qué guapo es! ¿Cuántos años tendrá? —se preguntó Tomiko, que parecía más interesada en el muchacho.

—Veintisiete o veintiocho. Tal vez veintinueve.

Yaeko se fijó en él.

—Entonces es un poco mayor que ella.

—¿Por qué no entramos y les damos una sorpresa?

—¡No digas bobadas, Yae! —la reprendió Tomiko.

Las chicas estuvieron un rato más espiando a la pareja.

—Es hora de irnos, se ha hecho tarde —dijo Tomiko apremiando a su compañera, que seguía pegada a la ventanilla.

Lo primero que hicieron en cuanto regresaron al Koyuki fue contárselo todo a su jefa, que también se mostró sorprendida por las novedades.

—¡Vaya! ¿Lo decís en serio? Toki me pidió ayer unos días de vacaciones para ir al pueblo de sus padres, pero no me habló de ningún hombre —dijo, con los ojos como platos.

—Lo del pueblo debía de ser una excusa —aventuró una de las chicas—. Los padres de Toki viven en Akita, ¿verdad?

—¡Con lo reservada que es! Hay que ver cómo engañan las apariencias. A estas alturas, deben de estar dando un romántico paseo en los alrededores de Kioto.

Las tres mujeres intercambiaron una mirada.

La noche del día siguiente, Yasuda volvió al restaurante con otro de sus invitados. Fiel a su costumbre, acompañó al cliente a la puerta cuando terminaron de cenar y regresó al reservado.

—Veo que Toki ha librado esta noche —le comentó a Yaeko.

—No solo esta noche, tiene casi una semana de vacaciones —le informó la chica, levantando las cejas.

—¡Caramba! Estará de luna de miel —insinuó Yasuda después de beber un sorbo de su copa.

—No me extrañaría... Qué sorpresa, ¿verdad?

—Tampoco es tan sorprendente. Vosotras deberíais hacer lo mismo.

—¡Ni hablar! A menos que sea usted quien venga con nosotras.

—¿Yo? ¡No puedo acompañaros a todas a la vez!

Yasuda se fue, pero a la noche siguiente regresó de nuevo a tomar una copa con dos de sus clientes. En aquella ocasión también le sirvieron Tomiko y Yaeko y la conversación que mantuvieron con Yasuda volvió a girar en torno a Toki.

Pero los cadáveres de Toki y de su acompañante aparecieron en un lugar inesperado.

2. Un doble suicidio

En la línea principal de Kagoshima, en dirección a Moji, tres paradas antes de Hakata, hay una pequeña estación llamada Kashii. Saliendo de la estación en dirección a las montañas, se encuentra el templo de Kashii y, bajando hacia el mar, la ensenada que domina la bahía de Hakata.

En primera línea se extiende la isleta de Umi-no-nakamichi, una estrecha franja de tierra tras la cual se divisan las montañas de la isla de Shika flotando en mitad del mar. A la izquierda, la brumosa isla de Noko ofrece un bello paisaje.

Es la ensenada de Kashii, antiguamente conocida como la rada de Kashii. Ototomo No Tabito, el gobernador de Dazai, se encontraba descansando en ese lugar cuando recitó:

¡Ah! Los niños
que en la ensenada de Kashii
se mojan las blancas mangas
cogiendo algas por la mañana.

(Manyoshu, sexto tomo)

Sin embargo, el crudo realismo de nuestra época no permite comprender la sensibilidad lírica de las antiguas dinastías.

A las seis y media de la mañana de un frío 21 de enero, un obrero solitario caminaba a lo largo de la orilla. No iba a recoger algas sino que salía de su casa para empezar su turno en la fábrica de Najima.

Despuntaba el alba. La superficie del mar estaba cubierta por una lechosa capa de niebla que apenas permitía distinguir el perfil de Umi-no-nakamichi y de la isla de Shika. El frío viento traía el olor del amanecer. El obrero caminaba cabizbajo y a paso rápido, con el cuello del abrigo levantado. Estaba acostumbrado a cruzar la orilla rocosa, puesto que era el camino más corto para ir al trabajo y lo recorría a diario.

Pero nunca había visto lo que descubrieron ese día sus ojos clavados en el

suelo. Sobre la oscura superficie de una roca destacaban dos cuerpos, un inoportuno obstáculo en mitad de aquel paisaje que le resultaba tan familiar. Estaban inmóviles, tumbados bajo la pálida luz de la mañana. El sol aún no había salido. El viento frío azotaba su ropa, lo único que se movía además de su pelo. Los zapatos negros y los calcetines blancos también estaban inmóviles.

El obrero, alarmado, echó a correr en dirección contraria al camino que solía tomar. Irrumpió en la ciudad y llamó a la puerta de cristal de la comisaría.

—¡Hay dos cadáveres en la orilla!

—¿Dos cadáveres?

Un anciano policía, recién levantado, escuchaba la voz sobreexcitada del hombre mientras se abrochaba los botones del abrigo.

—Sí, son dos. Un hombre y una mujer.

—¿Dónde los ha encontrado?

El policía lo miró con los ojos muy abiertos, sorprendido ante el primer acontecimiento de su jornada laboral.

—Junto al mar, le acompañaré.

—Bien. Espere un momento.

Rápidamente, el agente anotó el nombre y la dirección del obrero e informó por teléfono a la comisaría central de Kashii. A continuación, ambos hombres salieron a la calle. Sus alientos formaban volutas blancas en contacto con el aire gélido.

Cuando llegaron a la orilla, encontraron los dos cuerpos tumbados bajo la brisa marina. El obrero, más tranquilo en compañía del agente, pudo observar los cadáveres con detenimiento.

La mujer le llamó la atención antes que el hombre. Estaba boca arriba, con el rostro al descubierto. Tenía los ojos cerrados, pero sus dientes blancos asomaban por la boca entreabierta. Tenía las mejillas rosadas. Bajo el abrigo gris llevaba un kimono castaño rojizo con el cuello blanco abierto. Su ropa no estaba revuelta. Parecía plácidamente dormida. El viento hacía ondear la falda de su kimono, dejando al descubierto el forro amarillo. Sus pies rectos estaban enfundados en unos pulcros calcetines. No había restos de sangre en el suelo. Justo al lado de su cuerpo, había dos sandalias japonesas dispuestas ordenadamente.

A continuación, el obrero se fijó en el hombre. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado. Sus mejillas también presentaban un saludable tono sonrosado, como si solo hubiera perdido el conocimiento tras una noche de excesos alcohólicos. Su pantalón marrón sobresalía bajo el abrigo azul oscuro y sus pies estaban

torcidos. Llevaba unos zapatos negros relucientes y unos calcetines oscuros a rayas rojas.

Los cuerpos estaban muy juntos. Un pequeño cangrejo se deslizó entre las hendiduras de las rocas e intentó trepar encima de la botella vacía de zumo de naranja que había junto al cadáver del hombre.

—Parece un doble suicidio —especuló el policía, levantándose y contemplando los cuerpos desde arriba—. Qué lástima. Ambos eran muy jóvenes.

La luz de la mañana empezó a iluminar la ensenada.

Cuarenta minutos más tarde, la comisaría de Fukuoka envió al lugar de los hechos al comisario junto con dos inspectores, un médico forense y un agente de la policía científica.

Sacaron fotografías de los cadáveres desde varios ángulos y el forense, un hombre bajito, se agachó a su lado.

—Tanto el hombre como la mujer han ingerido cianuro potásico —concluyó—, por eso presentan ese tono sonrosado tan natural en las mejillas. Es posible que se lo tomaran mezclado con el zumo de esta botella.

Al fondo de la botella quedaban restos de un líquido anaranjado.

—¿Cuánto tiempo llevan muertos? —quiso saber el comisario, que lucía un bigotito.

—No podremos afirmarlo con exactitud hasta que les practiquemos la autopsia, pero calculo que unas diez horas.

—Diez horas —musitó el comisario, echando un vistazo a su alrededor. Hizo un cálculo rápido y dedujo que habían muerto entre las diez y las once de la noche. El escenario del doble suicidio se reflejaba en sus pupilas.

—¿Ingerieron el veneno al mismo tiempo?

—Eso parece. Tomaron zumo mezclado con cianuro potásico.

—Qué lugar más frío para morir —dijo alguien en voz baja, casi en un susurro, como si hablara para sí mismo. El forense levantó la mirada hacia el hombre que había hecho aquel comentario. Era delgado y tenía unos cuarenta y siete o cuarenta y ocho años. Llevaba un abrigo raído que le daba un aspecto descuidado.

—Hola, Torigai —le dijo el forense a aquel inspector de rostro demacrado—. Solo a un hombre vivo se le ocurriría decir eso. No hay lugares fríos o cálidos

para morir, pero, ahora que lo dices, el zumo de naranja no es una bebida de invierno —añadió, riendo—. Eso podría revelar una suerte de desviación psicológica, una especie de éxtasis perverso completamente alejado de la normalidad.

Un murmullo de risitas se propagó entre los inspectores al oír la tan poco apropiada expresión literaria que había utilizado el forense.

—Además, hace falta cierta determinación para ingerir veneno. Eso requiere, sin duda, una especie de desviación psicológica —corroboró el comisario.

—Señor comisario, ¿podría tratarse de un suicidio forzado? —preguntó uno de los inspectores, sin molestarse en disimular su fuerte acento dialectal.

—Imposible. Su ropa no está revuelta, tampoco hay señales de forcejeo. Es evidente que se suicidaron de mutuo acuerdo.

El comisario tenía razón. La mujer estaba tumbada en una posición natural. Sus calcetines blancos estaban limpios, como si acabara de quitarse las sandalias y las hubiera dejado ordenadas a su lado.

Cuando llegaron a la conclusión de que solo podía tratarse de un doble suicidio, los inspectores se mostraron aliviados. Si no había crimen, no había investigación, es decir, no tendrían la necesidad de buscar al asesino.

Los dos cuerpos fueron trasladados a la comisaría. Los inspectores, arrebujados en sus abrigos para no pasar frío, subieron al coche. La ensenada de Kashii, sin ningún cuerpo extraño que distorsionara el paisaje, quedó en calma, mecida por el viento y bañada por el tímido sol invernal.

Una vez en la comisaría, los cadáveres fueron sometidos a un minucioso examen: cada vez que les quitaban una prenda de ropa, tomaban una fotografía de su nuevo aspecto.

En el bolsillo del abrigo del hombre encontraron un tarjetero gracias al cual lograron averiguar su identidad. La víctima lo utilizaba también para guardar un abono a nombre de Kenichi Sayama, de treinta y un años, válido para cualquier medio de transporte comprendido entre Asaya y Tokio. En sus tarjetas de visita averiguaron aún más detalles acerca de su identidad. Al lado de su nombre figuraba el cargo: subdirector de la sección X del ministerio X. A la izquierda, aparecía su dirección personal.

Los inspectores intercambiaron una mirada. Precisamente en el ministerio X acababa de salir a la luz un caso de corrupción sobre el cual la prensa publicaba artículos casi a diario.

—¿Dejó alguna nota de despedida? —preguntó el comisario.

Buscaron a fondo, pero los bolsillos del hombre no contenían nada que pudiera dar alguna pista acerca de las circunstancias del suicidio. Solo apareció un fajo de billetes por valor de unos diez mil yenes, un pañuelo, un calzador, el periódico doblado del día anterior y un recibo arrugado del vagón restaurante.

—¿El recibo del vagón restaurante? Qué raro que lo guardara.

El comisario cogió el recibo y lo alisó cuidadosamente. Al parecer, la víctima se lo había guardado en el bolsillo sin prestarle atención, puesto que el papel estaba muy deteriorado.

—«Fecha: 14 de enero. Convoy número siete. Comensales: 1. Importe: 340 yenes. Recibo emitido por los restaurantes de la estación de Tokio, Japón» —dijo el comisario, leyendo en voz alta la información escrita en el papel—. No especifica qué comió. ¿Quién era la mujer?

En sus bolsillos habían encontrado un monedero que solo contenía ocho mil yenes y unas cuantas tarjetas de visita más pequeñas, como las que solían llevar las mujeres. Todas decían lo mismo: «Srta. Toki. Restaurante tradicional Koyuki. Akasaka, Tokio».

Los ideogramas estaban escritos en una elegante tipografía.

—Por lo visto, se llamaba Toki y trabajaba de camarera en un restaurante de Akasaka, el Koyuki —dedujo el comisario—. Así que los suicidas eran un funcionario del ministerio y una camarera. Tiene sentido —añadió. Acto seguido, ordenó enviar sendos telegramas a las direcciones que aparecían en las tarjetas de visita de las víctimas.

El forense practicó un minucioso reconocimiento a los cadáveres, que no presentaban lesiones externas. La causa de la muerte había sido envenenamiento por ingestión de cianuro potásico. Habían fallecido aproximadamente entre las nueve y las once de la noche.

—Es como si hubieran estado paseando por la playa antes de suicidarse —comentó alguien—. No les resultaría fácil despedirse del mundo.

Las víctimas no habían mantenido relaciones antes de morir. Los inspectores se extrañaron cuando el forense se lo confirmó. «Qué muerte más pura», comentó uno.

También se confirmó que ambos habían muerto tras haber ingerido cianuro potásico.

—Al parecer, salieron de Tokio el día 14 —dijo el comisario, consultando la fecha del recibo del vagón restaurante—. Hoy estamos a 21, así que hace una semana. Estarían viajando de acá para allá hasta que llegaron a Eukuoka y

decidieron suicidarse. Tú, pregunta a la estación qué significa «convoy número siete» —le ordenó a uno de los inspectores, que en ese momento estaba hablando por teléfono.

El inspector hizo la consulta de inmediato.

—Dicen que el convoy número siete es el tren rápido que sale de Tokio con destino a Hakata. Lo llaman *Asakaze*.

—¿El tren rápido de Hakata? —repitió el comisario, perplejo—. Entonces viajaron directamente de Tokio a Hakata. En ese caso, puede que estuvieran toda la semana en Fukuoka o viajando alrededor de Kyushu. Seguro que llevaban equipaje, habrá que buscarlo. Coged una fotografía de las víctimas y preguntad en todos los hostales y pensiones de la ciudad —ordenó a sus hombres.

—Señor comisario —intervino uno de ellos—. ¿Me permite ver el recibo del vagón restaurante?

Era un hombre de mediana edad, delgado, de piel oscura, ojos grandes y aspecto desgarrado, uno de los inspectores que habían ido a la ensenada de Kashii cuando aparecieron los cadáveres. Tanto su abrigo como la ropa que llevaba, de estilo occidental, estaban raídos y gastados, igual que su corbata. Se llamaba Jutarō Torigai y era el inspector más veterano de la comisaría.

Con sus dedos sucios y huesudos, el inspector Torigai desplegó el recibo.

—¿Un único comensal? Esto significa que el hombre estuvo comiendo solo en el vagón restaurante —reflexionó en voz alta, como para sí mismo.

—Es posible que la mujer no tuviera hambre y que no lo acompañara —objetó el comisario.

—Pero... —vaciló Torigai.

—Pero ¿qué?

—Señor comisario, las mujeres siempre están hambrientas. Y, si no tienen hambre, suelen acompañar a sus parejas con un café o un dulce.

El comisario soltó una carcajada.

—Puede que tengas razón, pero me temo que nuestra víctima ni siquiera fue capaz de acompañar a su pareja al vagón restaurante —bromeó a continuación.

El inspector Torigai abrió la boca para protestar, pero se limitó a ponerse el sombrero sin decir nada más. Su sombrero, también viejo y con las alas deformadas, añadía el toque final a la personalidad de Jutarō Torigai, que salió arrastrando los talones de sus deslucidos zapatos.

Cuando todos se fueron, la comisaría quedó vacía y solitaria. Los dos o tres inspectores jóvenes que no se habían marchado echaban carbón al brasero y, de

vez en cuando, le llevaban una taza de té al comisario.

Así fue pasando el día. Cuando los rayos del sol que irrumpían por la ventana empezaron a declinar, el lugar se vio invadido por el ruido de numerosas pisadas que circulaban arriba y abajo, pero los inspectores no habían vuelto todavía. Era un enjambre de periodistas.

«Señor comisario, nos han informado de que un tal Sayama, subdirector del ministerio X, se suicidó ayer junto con su amante. Hemos recibido la noticia de la central de Tokio y hemos venido corriendo», gritaban excitados.

Por lo visto, el telegrama que había salido de la comisaría aquella misma mañana se había filtrado a la prensa y los periódicos de Tokio habían informado urgentemente a sus delegaciones en Fukuoka.

En las ediciones matinales del día siguiente, toda la prensa hablaba del doble suicidio de Kenichi Sayama, subdirector del ministerio X. Empezando por los dos periódicos más importantes de Japón, que se imprimían en Kokura y en Moji, de la prefectura de Fukuoka, todos los periódicos, incluidos los locales, dedicaban grandes titulares a la noticia. No debía de tratarse de un simple suicidio, puesto que coincidía con la trama de corrupción que se estaba investigando paralelamente. La prensa consideraba que la muerte de Sayama estaba relacionada con el escándalo en el ministerio. A través de un comunicado, la fiscalía de Tokio aseguró que nunca había tenido la intención de citar a declarar a Sayama. Sin embargo, algunos articulistas sostenían que habría sido inevitable interrogarlo en calidad de testigo y que él, temiendo que el caso salpicara las altas esferas del ministerio, incluido él mismo, había preferido quitarse la vida con su amante.

Los periódicos de la mañana estaban amontonados en un rincón de la mesa del comisario que, en ese momento, examinaba el contenido de una pequeña maleta de piel.

La maleta, que había encontrado en su despacho nada más llegar, era el resultado de la búsqueda que sus hombres habían realizado el día anterior por todos los hostales y pensiones de la ciudad de Fukuoka, desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche.

La había encontrado un joven inspector en una pensión llamada Tambaya, donde habían identificado al hombre de la fotografía. Se había inscrito en la pensión como Taizo Sugawara, de treinta y dos años, oficinista en el número 26

de la calle Minaminaka, Fujisawa. Estuvo alojado en la pensión desde el día 15, solo. Cinco días más tarde, pagó la cuenta y se fue. Antes de irse, pidió permiso para dejar la maleta y dijo que volvería a recogerla.

El comisario sacó uno por uno los objetos que contenía, pero solo encontró cosas normales, como útiles de higiene personal, una camisa de recambio, ropa interior y un par de revistas de entretenimiento que habría comprado en el tren. Como era de esperar, no halló ninguna carta de despedida ni nada remotamente parecido a una agenda.

Cuando terminó de revisar el contenido de la maleta, el comisario se dirigió al joven inspector que la había encontrado.

—¿Te dijeron que el hombre se alojó solo? —le preguntó.

—Así es —respondió el joven.

—Qué raro... ¿Dónde estaría la mujer? A lo mejor pasaron unos días separados. La primera noche, la noche del 15, llegaron a Hakata desde Tokio en el tren rápido *Asakaze*. ¿Por qué se alojó solo en esa pensión hasta la noche del 20?

—Se ve que no salió de su habitación y que no recibió ninguna visita en todos los días.

—¿No se reunió con la mujer en ningún momento?

—No, me dijeron que no estuvo con nadie.

Antes de que el joven inspector terminara la frase, Jutaro Torigai se puso su ajado sombrero y se escabulló discretamente. Salió de la comisaría por la puerta trasera y subió al tranvía, desde cuya ventanilla se dedicó a contemplar distraídamente el paisaje en movimiento de la ciudad. Bajó unas cuantas paradas más tarde. Sus movimientos parecían propios de una persona mucho mayor.

Lento y renqueante, dobló varios callejones secundarios. Poco a poco, levantó la vista hacia un edificio señalado con el nombre «Tambaya» y entró en un vestíbulo desde el que se intuía el comienzo de un reluciente pasillo.

El encargado salió de la recepción. Cuando el inspector le mostró su placa, lo recibió con una actitud respetuosa.

Después de verificar la información que había obtenido el joven inspector, Jutaro Torigai le hizo una pregunta con una sonrisa en los labios:

—¿Qué aspecto tenía el cliente cuando llegó?

—Pues parecía muy cansado, la verdad. Cenó y se acostó inmediatamente —repuso el encargado.

—Dice que no salió a la calle ni un solo día. ¿A usted le pareció que se

aburría?

—Apenas utilizaba el servicio de habitaciones. Leía libros y pasaba largos ratos tumbado en la cama. La chica encargada de su habitación decía que era un hombre triste. Estaba esperando una llamada telefónica.

—¿Una llamada?

Los grandes ojos de Torigai chispearon de repente.

—Sí. Le dijo a la chica que esperaba una llamada y a mí también me avisó para que se la pasara inmediatamente. Supongo que por eso no salía a la calle en todo el día.

—Es posible —admitió Torigai—. ¿Recibió la llamada que esperaba?

—Sí, yo mismo la atendí. Fue el día 20, sobre las ocho de la tarde. Era una mujer. Me dijo que quería hablar con el señor Sugawara.

—¿Una mujer? ¿Y no preguntó por el señor Sayama sino por el señor Sugawara?

—Exacto. Como sabía que el señor Sugawara esperaba esa llamada con impaciencia, enseguida la desvié a su habitación. Todas las habitaciones disponen de teléfono privado.

—¿Sabe qué conversación mantuvieron?

El hombre esbozó una vaga sonrisa al oír esa pregunta.

—Mis empleados no tienen por costumbre espiar las conversaciones ajenas.

Torigai chasqueó la lengua, expresando su disgusto.

—¿Qué pasó luego?

—La llamada se cortó al cabo de un minuto escaso. Inmediatamente después, el cliente me pidió que le preparara la cuenta, pagó, dejó la maleta y se fue. Jamás habría imaginado que fuera a suicidarse.

Jutaro Torigai se acarició la barbilla con actitud reflexiva.

Sayama, el subdirector del ministerio, había estado encerrado en aquella pensión desde el día 15 esperando impaciente la llamada de una mujer. Cuando al fin consiguió hablar con ella, se suicidó horas más tarde. Los hechos eran, cuando menos, misteriosos.

Visualizó de nuevo el recibo del vagón restaurante para un único comensal.

—Sayama esperaba a una mujer en la pensión —musitó Torigai—. ¿Por qué la esperó cinco días antes de suicidarse?

3. Las dos estaciones de Kashii

Jutaro Torigai llegó a casa sobre las siete de la tarde. Aunque hizo ruido al abrir la puerta enrejada de madera, nadie salió a recibirlo. Se quitó los zapatos en el estrecho recibidor. No vio a su esposa, pero oyó su voz al otro lado de la puerta corrediza de papel:

—¡Hola! ¡Tienes el baño a punto!

Eso significaba que tenía que bañarse antes de cenar. Abrió la puerta y encontró a su mujer sentada ante sus labores. Encima de la mesa había una tela blanca.

—Creíamos que llegarías tarde y hemos cenado antes porque Sumiko quería ir al cine con Nitta. Date un baño, anda.

Jutaro se desnudó sin decir nada. El forro interior de su viejo traje estaba maltrecho. La tierra y el polvo acumulados en el pantalón se desparramaron por el tatami, como si estuviera despojándose del cansancio de toda la jornada.

Su trabajo no le permitía llegar a casa a una hora concreta. Si a las seis y media aún no había llegado, su mujer y su hija cenaban sin esperarlo. Su hija se llamaba Sumiko, y Nitta era su prometido. Según su mujer, aquella noche habían ido al cine.

Jutaro se metió en la bañera en silencio, como de costumbre. Era una vieja bañera tradicional en forma de caldero.

—¿Cómo está? —le preguntó su mujer, refiriéndose a la temperatura del agua.

—Bien —repuso Jutaro, que no tenía ganas de hablar. Mientras se bañaba, tenía la costumbre de ensimismarse en sus pensamientos.

Se puso a pensar en los dos cadáveres del día anterior. Todo parecía indicar que se trataba del suicidio de dos amantes, pero no lo sabrían con certeza hasta que llegaran los familiares de las víctimas, que les habían notificado por telegrama desde Tokio que irían a recoger los cuerpos. La prensa destacaba que Sayama estaba implicado en el caso de corrupción recientemente descubierto y que, con su muerte, evitaría que la investigación comprometiera a sus superiores.

Al parecer, Sayama era un hombre honrado y discreto. Además, según algunos periodistas, mantenía una relación íntima con Toki que no funcionaba del todo bien. Al suicidarse, habría matado dos pájaros de un tiro y solucionado sus problemas con su amante y con la justicia. En ese caso, se podría deducir que su problema principal era el caso de corrupción y que sus problemas amorosos le habían dado el empujón que le faltaba para quitarse la vida.

«Sin embargo —pensó Jutaro, lavándose el rostro con el agua caliente—, a pesar de que llegaron juntos a la estación de Hakata en el *Asakaze*, él se alojó solo en la pensión mientras ella estaba quién sabe dónde. Sayama llegó a la pensión Tambaya la noche del 15 de enero. Según el recibo del vagón restaurante que conservaba en el bolsillo, llegó a Hakata ese mismo día y fue directamente a la pensión. La mujer ya no estaba con él. Durante los siguientes cinco días, del 16 al 20 de enero, Sayama estuvo en su habitación esperando la llamada de una mujer. ¿Qué estaría haciendo Toki mientras tanto? —Jutaro se secó la cara con una toalla—. Para Sayama, esa llamada era lo bastante importante como para recluírse en su habitación sin salir a la calle ni un día. La llamada llegó por fin a las ocho de la tarde del día 20 y la realizó una mujer. Debía de tratarse de Toki, puesto que preguntó directamente por el señor Sugawara. Es evidente que ambos habían acordado con antelación utilizar un nombre falso. Sayama mantuvo una breve conversación telefónica y abandonó inmediatamente la pensión. Aquella misma noche, ambos se reunieron en la playa de Kashii y se suicidaron juntos. Tengo la sensación de que fue un suicidio un poco precipitado. Después de cinco días sin verse, podrían habérselo tomado con más calma.»

Jutaro salió de la bañera. Se sentó y esperó a que su cuerpo se enfriara antes de enjabonarse.

«¿Hubo alguna circunstancia que les impidiera disfrutar de unos últimos minutos de felicidad? En caso de que la hubiera, ¿cuál fue? No dejaron ninguna nota de despedida, pero suelen ser los jóvenes quienes dejan notas antes de suicidarse. La gente de mediana edad no suele hacerlo. Hay muchos motivos por los que un suicida puede renunciar a despedirse. En el caso de Sayama, supongo que lo hizo por descuido. Y ella, bajo su influencia, tampoco dejó ninguna nota. Fue un doble suicidio, no me cabe duda. Aun así... —Jutaro se dio cuenta de que su cuerpo ya se había enfriado y volvió a entrar en la bañera—. Aun así, me intriga el recibo del vagón restaurante. Seguramente le esté dando más importancia de la que tiene.»

—¡Cariño! ¿Aún no has salido de la bañera? —preguntó la voz de su mujer.

Con la piel de la cara todavía humeante, Jutaro Torigai se sentó a la mesa del comedor. Uno de sus mayores placeres consistía en saborear dos copitas de sake durante la cena. La cena consistía en erizo de mar, sashimi de calamar y bacalao seco. El inspector estaba cansado después de tanto caminar y el sake le supo a gloria.

Su esposa estaba cosiendo un kimono con un llamativo estampado rojo. Debía de ser para su hija, cuya boda estaba al caer. Parecía concentrada en los movimientos de la aguja.

—Voy a cenar —anunció Jutaro, dejando en la mesa la copa vacía.

—Enseguida voy —dijo ella. Dejó de coser para servirle la cena, pero enseguida retomó sus quehaceres. Mientras manejaba la aguja, esperaba a que su marido terminara el arroz para rellenarle el cuenco.

—¿Por qué no me acompañas con una taza de té? —le pidió él.

—No me apetece —contestó ella, sin levantar la cabeza de sus labores. Jutaro la observaba mientras cenaba, pensativo. Su esposa también se había hecho mayor. Ya no le apetecía tomar una taza de té para acompañar a su marido mientras cenaba. Jutaro engulló las verduras encurtidas y bebió un sorbo de té amarillo.

En ese momento llegó la hija del matrimonio con el rostro alborozado, visiblemente contenta.

—¿Dónde está Nitta? —le preguntó su madre.

—Me ha dejado en la puerta y se ha ido —repuso ella, sentándose tras haberse quitado el abrigo. Su voz rebosaba felicidad.

Jutaro apartó la vista del periódico que estaba leyendo y le preguntó a su hija:

—Oye, Sumiko, ¿Nitta y tú habéis ido a tomar un té al salir del cine?

Ella se echó a reír.

—¿Por qué quieres saberlo, papá? Sí, hemos ido a tomar un té.

—Ya. Veamos... —empezó Jutaro, como si acabara de tener una idea—. Imagínate, por ejemplo, que Nitta quiere ir a cenar pero tú no tienes hambre.

—Qué cosas más raras dices.

—Tú escúchame. Él te propone que vayas a dar una vuelta mientras él está cenando. ¿Qué harías tú?

—No lo sé —dijo Sumiko, pensativa—. Supongo que lo acompañaría al restaurante. ¿Por qué tendría que ir a dar una vuelta yo sola mientras él cena?

—¡Claro! Lo sabía. Irías al restaurante con él aunque solo te apeteciera una taza de té, ¿verdad?

—Sí, para hacerle compañía mientras come. Si no tuviera hambre, pediría un café o algo parecido para poder estar con él.

Su padre expresó su conformidad con un golpe de mentón. La madre, que hasta entonces había estado cosiendo en silencio, soltó una carcajada ante la solemnidad de aquellas preguntas.

—¿Por qué le preguntas esas cosas?

—No es asunto tuyo —gruñó Jutaro, molesto porque ella no había querido hacerle compañía mientras cenaba. Acto seguido, se dirigió de nuevo a su hija —: Dejar a Nitta comiendo solo te parecería una falta de respeto, ¿no es así?

—Sí. No es una cuestión de hambre sino de amor —aclaró Sumiko.

—Lo suponía.

La conclusión de su hija le pareció muy acertada. Con una sola frase, había resumido lo que él también pensaba. No era una cuestión de hambre sino de amor. Sí. Estaba totalmente de acuerdo.

El recibo del vagón restaurante lo obsesionaba sobremanera, puesto que tenía la vaga sospecha de que ahí radicaba la clave del misterio. Un hombre y una mujer habían planeado un largo viaje hasta Kyushu para suicidarse juntos. Su amor era más intenso que nunca. Además, viajaban en tren. Aunque ella no hubiera tenido hambre, lo más natural habría sido que hubiera ido con su pareja al vagón restaurante y le hubiera hecho compañía mientras él comía, tomando un café o algo por el estilo. Como los asientos estaban numerados, no había peligro de que les quitaran el sitio, a menos que la mujer se hubiera quedado en el compartimento para vigilar el portaequipajes donde habían dejado las maletas, pero no parecía que fuera el caso. Jutaro estaba convencido de que entre Sayama y aquella mujer llamada Toki había algo que no encajaba.

Su extraña relación había tomado un cariz aún más enigmático cuando llegaron a Hakata. La mujer había desaparecido misteriosamente y había dejado a Sayama cinco días solo en una pensión. Al quinto día lo había llamado por teléfono y, aquella misma noche, se habían suicidado juntos. El comportamiento de Toki no era propio de una amante suicida sino que escondía algo más.

Sin embargo, fuera cual fuera el punto de vista, los dos cuerpos juntos en la playa de Kashii presentaban todos los indicios de haberse suicidado. Había visto los cadáveres en persona, no había lugar a dudas.

«Puede que esté exagerando», pensó Jutaro Torigai, mientras fumaba con

aire melancólico.

Al día siguiente, los familiares de las víctimas llegaron a Fukuoka desde Tokio para recoger los cuerpos, que se encontraban en el depósito de cadáveres del hospital donde les habían practicado la autopsia.

El encargado de recoger el cuerpo de Kenichi Sayama fue su hermano mayor, un hombre de cuarenta y pocos años, bigotudo y corpulento. Según la tarjeta de visita que le entregó al comisario era director de una sucursal bancaria.

Por parte de Toki, vinieron una mujer de unos sesenta años que se presentó como su madre y otra mujer joven y elegante de veintisiete o veintiocho años. Dijo que se llamaba Tomiko y que era una de las camareras del Koyuki, el restaurante de Akasaka donde trabajaba Toki.

Ocurrió un curioso fenómeno: ambas partes no se dirigieron la palabra en todo el día. Estuvieron juntos tanto en la sala de interrogatorios de la comisaría como en el vestíbulo del hospital, pero se esquivaron en todo momento. El instigador de aquellas tensas relaciones había sido el hermano de Sayama, el director de la sucursal bancaria. Miraba a ambas mujeres con recelo y mantuvo una actitud hostil desde el principio, como si quisiera darles a entender que su presencia le parecía una infamia y una provocación, razón por la que ellas tampoco osaron hacer ningún gesto de aproximación y se sintieron inseguras y apocadas bajo la fría mirada del hermano de Sayama.

La tensión se vio claramente reflejada en el interrogatorio al que los sometió el inspector encargado de la investigación.

—¿Tiene alguna idea del motivo por el que su hermano pudo haberse suicidado? —le preguntó.

Dándose aires de importancia, el hermano de Sayama respondió lo siguiente:

—Me avergüenza la deshonra que ha cometido mi hermano. En cuanto al motivo de su muerte, la prensa ha dicho de todo, pero yo no sé cómo funciona la administración pública y tampoco sé, naturalmente, si es cierto que mi hermano se quitó la vida para encubrir un caso de corrupción que, de otro modo, habría salpicado a importantes cargos del ministerio.

»La última vez que lo vi fue hace tres semanas y no me pareció que estuviera muy animado, pero mi hermano era un hombre parco en palabras y no me explicó nada. Hace tres años perdió a su mujer y yo llevaba tiempo intentando convencerlo de que volviera a casarse, pero él no parecía muy entusiasmado con

la idea y tampoco parecía hacer nada para cambiar. No supe que mi hermano estaba con una mujer hasta que murió. Antes de venir aquí, uno de sus mejores amigos me comentó que Kenichi tenía un carácter honesto y formal que le había procurado más de un disgusto con las mujeres. ¿Por qué no me había contado sus problemas amorosos, el muy necio? Por desgracia, ahora ya es tarde. Aunque, hablando de desgracias, la peor de todas es que su amante fuera una camarera de un restaurante de Akasaka. Si hubiera sido otra mujer, no tendría más remedio que resignarme, pero esto me parece intolerable y me causa un gran dolor. Estoy convencido de que mi pobre hermano, que tenía más bien poca experiencia en asuntos amorosos, cayó en manos de una mujer más astuta que un zorro viejo, que lo convenció de que se suicidaran juntos. Apuesto a que ella se encontraba en una situación desesperada en la que la muerte era la única salida y eligió a mi hermano como compañero de viaje. ¡Cuánto la odio! Me parece indignante que un hombre como él, con un prometedor futuro por delante, tuviera que renunciar a todo por su culpa.

Parecía que aquel director de banco quisiera descargar toda su furia contra las personas que habían ido a recoger el cuerpo de la mujer. Daba la sensación de que, si no hubiera habido nadie más delante y si no le hubiera importado tanto mantener su actitud presuntuosa y arrogante, no se habría conformado solo con ignorarlas sino que las habría insultado e incluso agredido.

Y esta fue la respuesta de la madre de Toki ante las preguntas del inspector:

—El verdadero nombre de mi hija era Hideko Kuwayama. Mi familia vive en Akita y lleva mucho tiempo dedicada a la agricultura. Mi hija estuvo casada, pero no tuvo suerte con su marido y, cuando se separaron, se fue a trabajar a Tokio. Antes de empezar a servir en el Koyuki, estuvo trabajando en dos o tres restaurantes más, pero solo me escribía un par de cartas al año, así que ignoro la clase de vida que llevaba en la ciudad. El caso es que tengo cinco hijos más aparte de ella. Por supuesto que me preocupaba, pero yo no puedo estar al corriente de la situación concreta de cada uno de ellos. He venido en avión en cuanto he recibido el telegrama del Koyuki. ¡Qué tristeza más grande, lo que ha hecho mi pobre hija!

No fue un discurso fluido. La mujer hablaba con dificultad, titubeando y balbuceando. Tenía profundas arrugas y rojeces en el contorno de los ojos que denotaban algún tipo de enfermedad ocular.

A continuación llegó el turno de Tomiko, la compañera de Toki en el restaurante.

—Toki era mi mejor amiga en el Koyuki, por eso mi jefa me pidió que viniera en representación de todo el personal. Solo llevaba tres años trabajando en el restaurante, pero era muy buena tratando a los clientes y ellos la adoraban. Aun así, no creo que tuviera citas fuera del restaurante con ninguno de ellos. Toki era una chica muy formal y no solía hablar de sus cosas. Ni siquiera yo, que tenía mucha confianza con ella, sabía gran cosa de su vida privada. Lo que sí es cierto es que nunca había oído rumores sobre sus líos amorosos, por eso me sorprendió tanto saber que se había suicidado con su amante. Todas sus compañeras, empezando por nuestra jefa, nos preguntamos desde cuándo tenía una relación con un hombre. No conozco a ese tal Sayama. Vimos su fotografía en los periódicos, pero a ninguna de nosotras nos sonaba su cara, de modo que no era un cliente del restaurante. Solo lo conocíamos Yaeko y yo porque lo habíamos visto con Toki en la estación de Tokio. Yaeko es una amiga mía que también trabaja en el...

—¿Los visteis en la estación? —la interrumpió el comisario—. ¿Me puedes explicar cómo ocurrió?

—Fue la tarde del día 14. Yaeko y yo salimos a almorzar con el señor Yasuda, un cliente habitual del restaurante, y él nos pidió que lo acompañáramos a la estación porque tenía que coger un tren. Y entonces fue como, por casualidad, vimos a Toki subiendo al tren con ese hombre. Estábamos en el andén 13, pero el tren aún no había llegado y veíamos perfectamente el andén 15. De repente, el señor Yasuda dijo: «¿Esa no es Toki?». Yaeko y yo seguimos la dirección de su mirada y vimos a Toki en el andén junto a ese hombre. A continuación, ambos subieron al tren rápido de Kyushu. Nos quedamos mudas de asombro. Nos pareció muy extraño que Toki se fuera de viaje en compañía de un hombre. «Qué cosas pasan», pensé. Convencidas de que acabábamos de descubrir la faceta más íntima de Toki y movidas por la curiosidad, Yaeko y yo nos despedimos del señor Yasuda y fuimos corriendo al andén 15 para echar un vistazo a través de la ventanilla del tren. Toki estaba sentada al lado de su acompañante, hablando con él. Nos quedamos atónitas.

—¿No le dijisteis nada?

—Al ver que se habían esforzado tanto en mantenerlo en secreto, no quisimos molestarlos, así que nos fuimos sin decirles nada, pero ya habíamos visto la cara del hombre, y era, sin duda, ese tal Sayama que sale en todos los periódicos. ¡Cómo iba yo a saber que se suicidarían! Jamás me lo habría imaginado. Al parecer, el día anterior Toki le había pedido a nuestra jefa unos

días de vacaciones, así que supongo que ya habían tomado la decisión. Era muy buena chica, es una lástima. No comprendo por qué alguien como ella querría suicidarse. Ya le he dicho antes que no solía hablar de su vida privada, de modo que no sé qué pudo ocurrir, pero los periódicos dicen que el señor Sayama estaba implicado en un caso de corrupción y se encontraba en una situación muy comprometida. Solo se me ocurre que Toki aceptó suicidarse con él por compasión.

Así fue como transcurrieron las conversaciones con las tres personas que habían ido a recoger los cuerpos de las víctimas. Un poco apartado, el inspector Jutaro Torigai escuchaba con atención.

Sin más novedad, los cuerpos fueron entregados a los familiares de las víctimas, que los incineraron y regresaron a sus casas con las urnas de las cenizas. La polvareda que había levantado el caso del doble suicidio de la playa de Kashii se fue disipando con el tiempo, rápida y pacíficamente, sin que nadie levantara la voz.

Jutaro Torigai no tuvo ocasión de expresar su punto de vista. Había dos pequeños detalles que le quitaban el sueño. En primer lugar, el misterioso recibo del vagón restaurante para un único comensal o la cuestión del hambre y el amor tan bien expresada por su hija. En segundo lugar, no podía evitar preguntarse dónde había estado Toki durante los cinco días que Sayama había pasado solo en la pensión.

Sin embargo, sus sospechas eran demasiado inconsistentes como para presentar objeciones a la teoría del doble suicidio. El comisario no se lo habría tomado en serio. En realidad, objetivamente hablando, la base de sus sospechas apenas se sostenía. Por eso, a pesar de que no estaba del todo convencido, decidió mantener la boca cerrada mientras maduraba su hipótesis, pero el silencio que se había impuesto no consiguió aplacar su inquietud. Y, es más, su sombrío estado de ánimo empeoró cuando decidió no hablar. No descansaría hasta que hubiera encontrado la respuesta a aquellos dos enigmas.

«¿Y si solo fuera un doble suicidio?», reconsideró por un momento. Sin embargo, por extraño que parezca, no podía evitar ponerlo en duda. «No es un crimen —intentaba convencerse—. Será mejor dejar las cosas tal y como están.» Cada día llegaban nuevos casos de los que debía ocuparse. Aun así, estaba convencido de que su mal humor no mejoraría hasta que hubiera resuelto

aquellas dos inquietantes cuestiones.

—Seguiré investigando por mi cuenta sin decírselo a nadie —murmuró. En cuanto hubo tomado esa decisión, sintió un gran alivio en su atormentado espíritu.

El doble suicidio suscitó cierto revuelo entre la prensa, que lo relacionó con el escándalo de corrupción política, pero los periodistas se tomaron el asunto muy a la ligera y llegaron a la conclusión de que se trataba de un doble suicidio, saltándose las operaciones que hay que llevar a cabo para resolver cualquier problema matemático; Jutaro tenía la sensación de que las fases previas del razonamiento se habían escapado a través de una rendija.

El inspector quiso volver a echar un vistazo al lugar donde habían aparecido los cuerpos, la playa de Kashii.

Bajó del tranvía en Hakozaki y cogió el tren de la red privada de ferrocarriles, la Nishitetsu, en dirección a Wajiro, puesto que le pareció más rápido que coger el tren de vapor y tener que consultar antes el horario. Los trenes de la red privada, a diferencia de los de la red nacional, viajaban a lo largo de la costa.

Bajó en la estación de Kashii. Hasta la playa solo había diez minutos andando. En los alrededores de la estación había algunas casas solitarias y desperdigadas a ambos lados de la calle, pero pronto se acababan para dar paso a un bosque de pinos, al final del cual empezaba la ancha orilla rocosa. Toda aquella zona era terreno ganado al mar.

El viento todavía era frío, pero el mar había perdido su áspero y gélido color de invierno y había adoptado un tono más suave y primaveral. La niebla cubría la isla de Shika.

Jutaro Torigai llegó al lugar de los hechos. Era una zona sin ninguna particularidad. Entre aquel mar de rocas negras y rugosas, era casi imposible distinguir el punto exacto donde habían aparecido los cadáveres. Aunque hubiera habido un forcejeo, no habría dejado ningún rastro fácil de encontrar. Sin duda alguna, era el paisaje más inhóspito de la zona.

Jutaro se preguntó por qué Kenichi Sayama y Toki habrían escogido un sitio tan desapacible para morir. Se le ocurrían cientos de lugares mucho más apropiados. Los amantes que decidían suicidarse solían escoger sitios más suntuosos como, por ejemplo, unas termas naturales o un lugar de interés turístico. Allí también había buenas vistas, pero parecía mucho más agradable morir en un prado de hierba mullida que en una playa de rocas duras y ásperas.

Entonces, Jutaro cayó en la cuenta de que las víctimas habían muerto de noche. Sayama salió de la pensión sobre las ocho y murió en aquella playa sobre las diez. Parecía que se hubieran dirigido directamente hacia un lugar escogido de antemano. Era noche cerrada, así que debían de conocer muy bien la zona.

Eso significaba, pensó el inspector, que Sayama o Toki ya habían estado antes allí. La policía lo llama «el olfato del criminal». Sus acciones no se podrían explicar a menos que conocieran bien el terreno en el que se movían.

A paso rápido, Jutaro regresó por donde había llegado. Dejó atrás la estación de la red privada Nishitetsu y se dirigió hacia la estación nacional, que se hallaba a tan solo quinientos metros de distancia. A ambos lados de la calle se extendía un barrio bastante animado.

Cuando llegó a la estación, se dirigió a la oficina de telégrafos, sacó una vieja agenda del bolsillo, consultó las direcciones que tenía anotadas y envió dos telegramas con dos preguntas, una para el hermano de Kenichi Sayama y otra para la madre de Toki. Hizo un gran esfuerzo para sintetizar el contenido de los mensajes en menos de veinte caracteres.

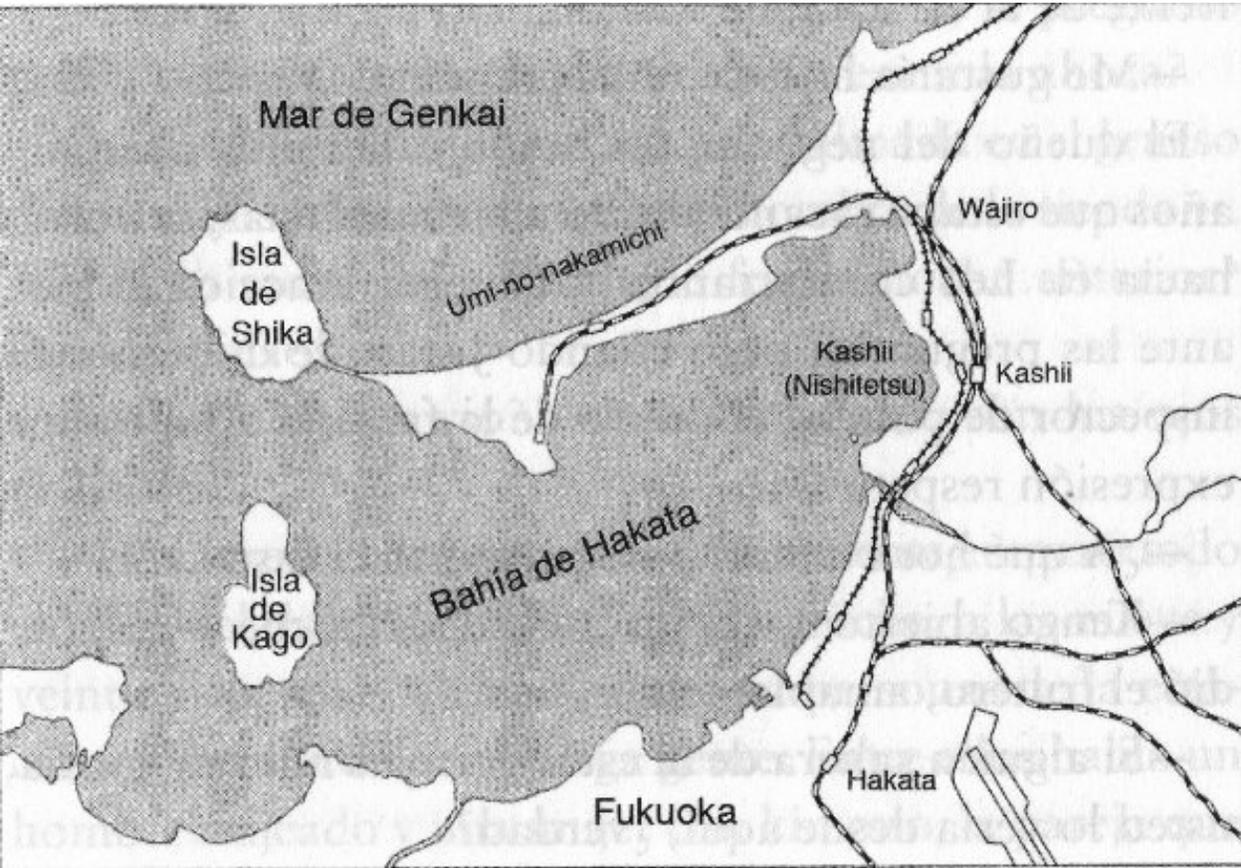
Al terminar, entró en la estación y consultó el panel horario. El tren en dirección a Hakata tardaría veinte minutos.

Mientras esperaba, se dirigió a la entrada de la estación con las manos en los bolsillos y contempló distraídamente el paisaje monótono y desierto que suele rodear las estaciones de tren. Había un restaurante, un pequeño bazar y una frutería. Un camión se detuvo en la plaza, donde jugaban un par de niños. El sol brillaba.

De repente, mientras estaba absorto contemplando el paisaje, una pequeña duda asaltó a Jutaro.

Hasta entonces había estado convencido de que Sayama y Toki habían bajado del tren de la red privada Nishitetsu, pero también podrían haber salido de la estación de la red nacional, donde él se encontraba ahora. Levantó la vista para volver a consultar el horario y vio que había un tren procedente de Hakata que llegaba a las 21:25.

Jutaro Torigai cerró los ojos. Tras un minuto de reflexión, decidió que no cogería el tren. Salió de la estación y cruzó despacio hacia las tiendas del otro lado de la calle. Quería preguntar una cosa. Tenía un vago presentimiento.



4. Los pasajeros de Tokio

Jutaro Torigai se detuvo ante la frutería que había enfrente de la estación de Kashii.

—Me gustaría hacerle unas preguntas.

El dueño del negocio, un hombre de unos cuarenta años que estaba sacando brillo a las manzanas, se volvió hacia él. Los comerciantes no suelen reaccionar bien ante las preguntas, pero cuando Jutaro le dijo que era inspector de policía, el dueño de la frutería adoptó una expresión respetuosa.

—¿A qué hora cierra? —le preguntó el inspector.

—Tengo abierto hasta las once de la noche —respondió el frutero, amablemente.

—Si alguien saliera de la estación a las nueve y media, usted lo vería desde aquí, ¿verdad?

—¿A las nueve y media? Sí, así es. Suelo ver a los que llegan en el tren de las nueve y veinticinco. A esa hora no hay mucho trabajo, así que estoy pendiente de los viajeros que salen de la estación por si alguno de ellos quiere comprar fruta.

—Claro. ¿Recuerda si el día 20 de enero, más o menos a esa hora, vio salir a un hombre de unos treinta años vestido con ropa occidental acompañado de una mujer un poco más joven que llevaba kimono y abrigo de invierno?

—¿La noche del 20 de enero, dice? Déjeme pensar...

El frutero ladeó ligeramente la cabeza mientras intentaba recordar. Jutaro sabía que era una pregunta difícil, puesto que habían pasado varias semanas. Tal vez al frutero no le bastara con el día y la hora. Jutaro intentó reformular la pregunta:

—¿Recuerda el doble suicidio de la playa de Kashii?

—Sí. Encontraron los cadáveres por la mañana, ¿verdad? Oí hablar del caso y lo leí en los periódicos.

—Exacto. Fue la mañana del día 21 y yo le pregunto por la noche anterior, la del 20. ¿Lo recuerda ahora?

—¡Ah, sí! —El frutero se dio una palmada en el grueso delantal, justo donde aparecía el nombre de la tienda—. Ahora lo recuerdo. ¿Dice que fue la noche anterior? Pues sí que los vi.

—¿Cómo? ¿Los vio? —insistió Jutaro, con los ojos brillantes.

—Sí. Lo recuerdo porque al día siguiente empezó todo el jaleo del doble suicidio. Aquella noche, a las nueve y veinticinco, solo salieron unas diez personas de la estación. A esa hora apenas llega gente. Entre ellos había un hombre trajeado y una mujer con kimono, la pareja que usted ha descrito antes. Me fijé en ellos porque tuve la sensación de que se acercarían a comprarme fruta.

—¿Y le compraron algo?

—No, al final no. Siguieron caminando a paso rápido hacia la otra estación, la de la Nishitetsu, y enseguida desaparecieron de mi vista. Me llevé un buen chasco. A la mañana siguiente, encontraron dos cuerpos en la playa. En su momento pensé que tal vez los suicidas fueran ellos, por eso me acuerdo.

—¿Recuerda sus caras?

Incómodo bajo la insistente mirada de Jutaro, el frutero empezó a acariciarse la mejilla con la mano.

—Estaban un poco lejos. Además, las luces de la estación los iluminaban a contraluz, de modo que solo vi sus sombras. Me resultó imposible distinguir las caras. Cuando vi en los periódicos la fotografía del hombre que se había suicidado, no lo reconocí.

—Ya. —Jutaro dejó caer los hombros—. ¿Cómo iban vestidos?

—Eso tampoco lo recuerdo bien, los vi cuando ya se iban. El hombre llevaba un abrigo y la mujer iba vestida al estilo japonés. Esa es la única imagen que conservo en mi memoria y, la verdad, un poco borrosa.

—¿Podría decirme cómo era el estampado del kimono de la mujer?

—Imposible —contestó el frutero, con una risita incómoda.

Jutaro se sintió un poco decepcionado. En la frutería había un cliente comprando mandarinas que parecía muy interesado en la conversación.

—La dirección que tomaron, la que conduce a la estación de la Nishitetsu, es la misma que lleva a la playa, ¿no es así?

—Sí, eso es. Solo hay que seguir la calle. La playa está al final.

Jutaro le dio las gracias y salió de la tienda.

«Al menos, ya sé algo más», pensó mientras caminaba. El instinto no le había fallado. Desde la estación había pensado que quizá en la frutería de

enfrente sabrían algo y así era: el dueño los había visto. Era una lástima que no les hubiera visto la cara, pero era evidente que aquella joven pareja eran Kenichi Sayama y Toki. Habían llegado a la estación de Kashii procedentes de Hakata el 20 de enero a las 21:24. Eso significaba que habían cogido el tren sobre las 21:10.

Cuando Sayama habló por teléfono con la mujer y abandonó la pensión eran más de las ocho, de modo que tardaron una hora aproximadamente en coger el tren en la estación de Hakata. ¿Dónde se encontraron? ¿Qué estuvieron haciendo? Sería, sin duda, una investigación muy compleja y, tal vez, infructuosa. Buscar su rastro en un barrio tan grande como Hakata sería como buscar una aguja en un pajar.

Sumido en estas reflexiones, Jutaro Torigai caminaba hacia la estación de la Nishitetsu cuando, de repente, alguien detrás de él le habló.

—Disculpe. —Jutaro se volvió y vio a un hombre joven con aspecto de oficinista que se le acercaba con una tímida sonrisa—. ¿Es usted policía?

—Sí.

Jutaro reparó en él y se dio cuenta de que llevaba una bolsa de mandarinas en la mano. Era el hombre con el que había coincidido en la frutería.

—Estaba comprando mandarinas en la frutería y no he podido evitar escuchar su conversación —le dijo el hombre, deteniéndose a su lado—. Resulta que yo también vi a la pareja que se suicidó. Fue el 20 de enero, sobre las nueve y media.

—¿De veras? —exclamó Jutaro, con los ojos como platos. Echó un vistazo a su alrededor y vio un pequeño establecimiento, medio cafetería medio restaurante. Jutaro invitó al hombre a tomar algo. Mientras daba un sorbo de un café con color de agua azucarada, el inspector miró al hombre que tenía enfrente.

—Cuénteme más detalles.

—Tampoco puedo contarle gran cosa más —se excusó este, rascándose la cabeza—. He escuchado su conversación con el frutero y se me ha ocurrido que mi versión podría interesarle.

—Pues tiene toda la razón. Hable, por favor —lo alentó Jutaro.

—Vivo en la ciudad y trabajo en una empresa de Hakata —empezó el joven oficinista—. La noche anterior a la aparición de los dos cadáveres, es decir, la noche del 20 de enero, creo que vi a la pareja que se suicidó. Fue sobre las nueve y treinta y cinco, cuando llegué a la estación de la Nishitetsu.

Jutaro levantó la mano para pedirle que se detuviera.

—¿En la otra estación?

—Sí. Cogí el tren que sale del velódromo a las nueve y veintisiete. Tarda ocho minutos justos en llegar aquí.

El velódromo estaba en Hakozaki, en el extremo este de Hakata. Hakozaki se encontraba en el antiguo campo de batalla de la invasión mongola, cerca del río Tataru, donde aún se podían ver las ruinas de una parte de la fortaleza de la época. Desde allí, se divisaba la bahía de Hakata a través de un pinar.

—De acuerdo. ¿Vio a la pareja dentro del tren?

—No, no fue dentro. Era un tren de dos vagones y yo viajaba en el último. Había muy pocos pasajeros, de modo que los habría visto enseguida si hubieran estado en el mismo vagón que yo. Por eso puedo asegurarle que viajaban en el primero.

—Entonces, ¿dónde los vio?

—Cuando salí de la estación y me disponía a volver a casa. Había estado tomando algo en Hakata y había bebido un poco más de la cuenta, de modo que caminaba a paso lento y me adelantaron dos o tres personas que habían bajado del tren conmigo. A algunos los reconocí porque viven en el barrio, pero vi pasar a un hombre y una mujer que no había visto nunca. Me adelantaron y siguieron caminando a paso rápido. Él llevaba un abrigo occidental y ella, uno de estilo japonés. Tomaron la solitaria calle que conduce a la playa. En ese momento no les presté atención y doblé la esquina hacia la calle secundaria donde vivo, pero a la mañana siguiente vi la noticia del doble suicidio. Según los periódicos, la muerte se había producido sobre las diez de la noche anterior y eso me hizo pensar que tal vez se tratara de aquella pareja —terminó el hombre.

—¿Llegó a verles la cara?

—Como ya le he dicho, primero iban detrás de mí y luego me adelantaron, así que solo los vi de espaldas.

—Ya. ¿Recuerda de qué color era el abrigo del hombre o el kimono de la mujer?

—La verdad es que no. Las farolas no iluminaban mucho y, además, iba borracho. Solo recuerdo un comentario de la mujer.

—¿Cuál? —lo apremió Jutaru, con los ojos brillantes—. ¿Qué fue lo que dijo?

—Cuando pasaron por mi lado, ella dijo: «Qué lugar más solitario».

—«Qué lugar más solitario» —repitió Jutaru en voz baja, sin proponérselo—. ¿Y qué le respondió el hombre?

—Nada. Luego se alejaron rápidamente.

—¿Hubo algo que le llamara la atención en la voz de la mujer?

—Ahora que lo dice... tenía una voz muy clara. Además, hablaba la lengua estándar, sin acento. No hablaba como la gente de aquí. Por su entonación, me pareció que era de Tokio.

Jutaro sacó un cigarrillo de un arrugado paquete y lo encendió. Mientras el humo blanco subía hacia el techo, meditaba la siguiente pregunta.

—Ha dicho que el tren llegó a la estación a las nueve y treinta y cinco minutos, ¿verdad?

—Estoy absolutamente seguro. Aunque me quede tomando algo en Hakata, siempre procuro volver en ese tren.

Jutaro reflexionó. ¿El hombre y la mujer que había visto el oficinista eran los mismos que había visto el frutero saliendo de la estación de la red nacional? En realidad, el oficinista no los había visto dentro del tren. Como lo habían adelantado en la calle junto con los demás pasajeros, supuso que habían viajado en el mismo tren, pero puede que se equivocara. El tren de la red nacional llegó a la estación de Kashii a las nueve y veinticuatro minutos. El tren de la red privada Nishitetsu llegó a las nueve y treinta y cinco minutos en la otra estación. Había un intervalo de once minutos y las dos estaciones se encontraban a unos quinientos metros de distancia. El camino que bajaba a la playa desde la estación de la red nacional pasaba por la estación de la Nishitetsu, de modo que ambas versiones coincidían tanto en el espacio como en el tiempo.

—Es todo lo que puedo decirle —concluyó el oficinista, levantándose mientras observaba el rostro meditabundo del inspector—. He oído que hablaba con el frutero sobre la pareja que se había suicidado y he decidido explicarle lo que vi.

—Se lo agradezco mucho.

Jutaro se apuntó el nombre y la dirección del oficinista e inclinó la cabeza para mostrarle su más sincero agradecimiento. Había sido una conversación muy fructífera, aunque solo fuera por ese comentario de la mujer que el oficinista había captado al vuelo.

Cuando salieron de la cafetería, ya era noche cerrada.

«Qué lugar más solitario.»

Las palabras del oficinista se habían grabado en la mente de Jutaro Torigai

como si las hubiera escuchado él mismo.

De aquella breve frase se deducían tres elementos:

En primer lugar, que la mujer no vivía en aquella región porque hablaba la lengua estándar propia de Tokio. Ni en la prefectura de Fukuoka ni en ninguna otra región de la meridional isla de Kyushu se utilizaba la variante estándar.

En segundo lugar, que era la primera vez que visitaba la ciudad.

En tercer lugar, que no buscaba la confirmación de su acompañante. Solo quería transmitir la primera impresión que se había llevado del lugar a alguien que ya lo conocía. El hecho de que el hombre hubiera seguido caminando sin responderle reforzaba esa hipótesis.

En resumidas cuentas, se podría decir que el hombre conocía el lugar desde hacía tiempo, mientras que la mujer lo visitaba por primera vez. Ella tenía acento de Tokio y, además, según la hora estimada de la muerte, estaba a punto de suicidarse (si había muerto pasadas las diez de la noche faltaban treinta o cuarenta minutos y, si había muerto sobre las once, faltaba una hora y media, puesto que el forense había dejado un margen de dos o tres horas). Jutaro estaba convencido de que la pareja que habían visto el frutero y el oficinista era la que luego se suicidó.

Sin embargo, era cauteloso y sabía que los hechos no eran concluyentes, puesto que había miles de personas que se desplazaban a diario de Tokio a Hakata y el hecho de que dos personas caminaran por la calle a aquella hora podía ser una simple casualidad que no tuviera nada que ver con el doble suicidio, pero el inspector pensaba que no merecía la pena considerar tantas variantes y partió de la premisa de que dos testigos habían visto a las víctimas justo antes de morir.

Soplaba un gélido viento que azotaba los banderines de las tiendas vacías. Las estrellas centelleaban en el cielo oscuro.

Jutaro Torigai regresó a la estación. Cuando llegó, consultó su reloj de pulsera. Era viejo, pero extremadamente preciso.

Luego empezó a andar como si hubiera puesto en marcha un cronómetro. Cabizbajo, con las manos hundidas en los bolsillos, a paso rápido. Se dirigía de nuevo a la estación de la Nishitetsu mientras el viento agitaba los faldones de su abrigo.

Llegó a la estación iluminada y consultó de nuevo el reloj. Había tardado un poco menos de seis minutos. Ahora sabía cuánto tiempo se tardaba en recorrer a pie la distancia que separaba ambas estaciones.

El inspector reflexionó. Volvió a mirar el reloj y dio media vuelta para regresar de nuevo a la estación de la red nacional, pero en aquella ocasión redujo ligeramente el ritmo de la marcha. Parecía medir su velocidad guiándose por el ruido de sus pasos.

Cuando llegó, constató que había tardado algo más de seis minutos.

A continuación, recorrió el camino de vuelta otra vez, pero a paso muy lento. Parecía caminar sin prisa mientras contemplaba las casas que se erigían a ambos lados de la calle. A paso lento, solo tardó ocho minutos en llegar a la estación de la Nishitetsu.

Tras aquel pequeño experimento, llegó a la conclusión de que cualquier persona que caminara a paso normal tardaba entre seis y siete minutos en recorrer la distancia que separaba las dos estaciones de Kashii.

Las dos víctimas habían llegado a la estación de la red nacional. Cuando el frutero los vio pasar, eran las nueve y veinticuatro minutos. Desde entonces hasta que los vio el oficinista había un intervalo de once minutos, puesto que la pareja lo adelantó junto con los demás pasajeros del tren que habían llegado a la estación de la Nishitetsu a las nueve y treinta y cinco. Suponiendo que se tratara de la misma pareja y no de dos parejas distintas, tardaron once minutos en recorrer la distancia entre las dos estaciones.

Jutaro Torigai empezó a preguntarse cómo era posible que hubieran tardado tanto en recorrer una distancia que, a paso muy lento, se cubría en siete minutos a lo sumo.

Entonces le vinieron a la cabeza las palabras del oficinista: «El hombre y la mujer me adelantaron y siguieron caminando a paso rápido».

Exacto. Caminando a buen ritmo, habrían tardado poco más de cinco minutos. ¿Cómo se explicaba aquella considerable demora, excesiva a todas luces?

Una posible explicación era que se hubieran detenido a medio camino a hacer algún recado.

Otra opción era que la pareja que había visto el frutero no fuera la misma que había visto el oficinista.

Ambas hipótesis eran plausibles.

La primera hipótesis parecía la más lógica, pero la segunda resolvía el problema temporal. De hecho, Jutaro no tenía pruebas de que los dos testigos hubieran visto a la misma pareja. Los únicos puntos en común eran el abrigo del hombre y el kimono de la mujer. Nadie había visto sus caras ni el color del

kimono.

En ese caso...

El inspector siguió reflexionando.

Kenichi Sayama y Toki encajaban más con la pareja que el oficinista había visto salir de la estación de la Nishitetsu. Las palabras de la mujer habían intrigado al inspector. Sin embargo, no podía asegurar que la pareja que había visto el frutero saliendo de la otra estación no fueran ellos mismos. La hipótesis más probable seguía siendo que solo hubiera una única pareja.

Al final, incapaz de llegar a una conclusión irrefutable, Jutaro regresó a Hakata, volvió a su casa y se acostó.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la comisaría, encontró dos telegramas en la mesa de su despacho.

Abrió el primero. «Kenichi solía ir a Hakata por trabajo. Sayama.»

El segundo decía lo siguiente: «Hideko nunca había estado en Hakata».

Eran las respuestas a los telegramas que Jutaro había enviado desde la estación de Kashii al hermano de Kenichi Sayama y a la madre de Toki, cuyo verdadero nombre era Hideko Kuwayama.

Tal y como suponía, Kenichi Sayama iba a Hakata de vez en cuando por asuntos de trabajo. Toki, en cambio, no conocía la zona.

Delante de sus ojos vio aparecer, como sombras negras, las siluetas de un hombre silencioso que caminaba a paso rápido hacia la playa guiando a una mujer que le decía: «Qué lugar más solitario».

Durante la mañana, Jutaro Torigai estuvo trabajando en la comisaría.

Cuando salió, cogió el tranvía, bajó en Hakozaeki y fue andando hasta la estación frente al velódromo. Allí empezaba la línea de la red privada Nishitetsu que terminaba en el puerto de Tsuyazaki, en la costa norte, y que pasaba por la estación de Kashii.

Hacía un día radiante. Para ser invierno, la temperatura era muy suave.

Jutaro se presentó en la oficina del jefe de estación y le dio su tarjeta de visita.

—¿En qué puedo ayudarle? —se ofreció el jefe de estación, un hombre de cara redonda y colorada.

—Necesito saber a qué hora salió de aquí el tren que llegó a la estación de Kashii a las 21:35 del día 20 de enero —le preguntó Jutaro.

—A las 21:27 —repuso rápidamente el jefe de estación.

—Me gustaría hablar con el revisor que estaba en la estación ese día. ¿Está por aquí?

—Espere un minuto.

El hombre le pidió al subjefe que lo comprobara. El revisor con el que quería hablar Jutaro estaba en la estación, así que el subjefe fue a avisarlo.

—¿Ha ocurrido algo? —le preguntó el jefe a Jutaro mientras esperaban.

—Sí —contestó el inspector, después de beber un sorbo del té verde que le habían ofrecido.

—Pues vaya.

Un joven empleado entró en la oficina. Se detuvo ante el jefe de estación y lo saludó con una reverencia.

—Aquí tiene a su hombre —le anunció el jefe al inspector.

—Magnífico, gracias por su celeridad. —A continuación, Jutaro se volvió hacia el joven empleado—: ¿Estuviste controlando los billetes para acceder al tren de las 21:27 del día 20 de enero?

—Sí, ese día estaba de servicio.

—¿Recuerdas haber visto a un hombre de unos treinta años con abrigo que viajaba con una mujer de unos veinticinco años vestida con kimono?

—Pues... —El joven parpadeó unas cuantas veces seguidas—. Había muchos hombres con abrigo, ¿de qué color era? —preguntó.

—Azul marino. El pantalón era marrón. Ella llevaba un abrigo gris y un kimono castaño rojizo —respondió el inspector, describiendo la ropa que llevaban puesta los cadáveres. El joven miró al techo, reflexionando.

—No lo recuerdo. Lo único que veo es mi propia mano perforando los billetes. A menos que ocurra algo especial, no suelo prestar atención a las caras de los pasajeros. Además, como esta estación es la primera de la línea, cuando abro la puerta todos los pasajeros acceden al andén al mismo tiempo.

—Pero a las nueve y media de la noche no debía de haber mucha gente, ¿verdad?

—No. Unas treinta o cuarenta personas, como siempre.

—Últimamente hay muchas mujeres que visten al estilo occidental y muy pocas que lleven kimono. ¿Seguro que no la viste?

—Lo siento, no lo recuerdo.

—Piénsalo bien —insistió Jutaro.

Aunque se esforzó en hacer memoria, el joven acabó diciendo que no

recordaba más detalles. De repente, a Jutaro se le ocurrió una nueva pregunta.

—¿Viste alguna cara conocida ese día mientras revisabas los billetes?

—Sí, conozco a algunos de los pasajeros.

—¿De veras? ¿Sabes sus nombres?

—Son pasajeros habituales, incluso sé cómo se llaman y dónde viven. Son tres.

—Te agradecería mucho que me dieras sus datos.

Jutaro anotó los nombres y las direcciones que le dio el joven revisor. Acto seguido, le dio las gracias y salió de la oficina del jefe de estación. Sin perder ni un minuto, el inspector se puso en marcha. Las tres direcciones que tenía anotadas se encontraban a lo largo de la línea ferroviaria. Hizo tres paradas en Wajiro, Shingu y Fukuma.

El hombre al que visitó en Wajiro le dijo lo siguiente:

—Subí al primer vagón. Había dos mujeres con abrigos grises. Una de ellas tendría alrededor de cuarenta años y la otra tendría veintiséis o veintisiete. Las dos parecían volver del trabajo. No recuerdo haber visto a ningún hombre con un abrigo azul marino.

Jutaro sacó la foto de Toki que llevaba en el bolsillo y se la enseñó.

—¿La mujer más joven era esta?

—No. No se parecía en nada.

El hombre al que visitó en Shingu le dijo que había subido al último vagón.

—¿Una mujer con un abrigo gris? Pues no lo recuerdo, la verdad. Puede que hubiera alguna, pero enseguida me quedé dormido. Tampoco recuerdo haber visto a un hombre con abrigo azul.

Jutaro también le enseñó las fotografías de ambas víctimas, pero fue en vano.

El último pasajero, el que vivía en Fukuma, dijo lo siguiente:

—Viajé en el último vagón. Es cierto, había una mujer joven con abrigo, de unos veinticinco o veintiséis años.

—¿El abrigo era gris?

—No recuerdo el color, pero los abrigos de invierno suelen ser oscuros. Es posible que fuera gris. Charlaba animadamente con el hombre que viajaba a su lado.

—¿Un hombre? ¿Podría describirlo?

Jutaro estaba excitado, pero la respuesta lo decepcionó.

—Parecían un matrimonio. El hombre tendría más de cuarenta años y llevaba un kimono de tela de Oshima.

Jutaro le enseñó las fotografías, pero el hombre no los reconoció. Para terminar, añadió que no recordaba haber visto a un hombre con abrigo azul marino entre los pasajeros.

Sin haber encontrado ninguna prueba que demostrara que Toki y Sayama hubieran viajado en ese tren, Jutaro regresó a Hakata con el ánimo por los suelos.

Cuando llegó a la comisaría, agotado, el comisario, que estaba esperándolo, se levantó de la mesa y le gritó:

—¡Torigai! Ha venido a verte un inspector de la Policía Metropolitana de Tokio.

Sentado al lado del comisario, sonriente, había un hombre joven trajeado al que nunca había visto.

5. Las primeras dudas

El hombre, que se levantó mirando a Jutaro Torigai con una tímida sonrisa en los labios, debía de tener poco más de treinta años. No era muy alto y su constitución robusta le daba un aspecto más bien achaparrado. Sin embargo, tenía una cara de expresión infantil y color saludable, los ojos redondos y las cejas pobladas.

—¿Es usted el inspector Torigai? Soy Kiichi Mihara, subinspector del segundo departamento de investigación de la Policía Metropolitana de Tokio. Es un placer —se presentó el visitante, dejando al descubierto su blanquísima dentadura al sonreír.

Al saber que venía del segundo departamento de investigación, Torigai tuvo el presentimiento de que había venido por el suicidio de Sayama. El primer departamento investigaba los delitos violentos, mientras que el segundo se ocupaba de los casos más complejos.

La prensa estaba revolucionada con la trama de corrupción del ministerio X que se estaba investigando en Tokio, en cuyo núcleo se encontraba el departamento al que pertenecía Kenichi Sayama. Uno de sus compañeros, también subdirector, ya había sido detenido. Hacía una semana habían caído dos de los dirigentes de una influyente organización no gubernamental estrechamente relacionada con dicho ministerio y todo parecía indicar que el caso iba a adquirir unas dimensiones considerables. La investigación estaba en manos del segundo departamento de la Policía Metropolitana de Tokio.

—He venido a investigar el suicidio de Kenichi Sayama, el subdirector del ministerio X —anunció, sentándose de nuevo, el subinspector Mihara, tal y como Torigai había supuesto—. El señor comisario estaba poniéndome al corriente del caso —añadió dirigiéndole la mirada al comisario, que asintió para confirmarlo—. He reunido todo el material del que disponen ustedes para hacerme una idea del caso. —Encima de la mesa había algunos documentos, como las fotografías que la policía científica había tomado en el lugar del suicidio y los informes de ambas autopsias—. Sin embargo, tengo entendido que

usted tiene dudas acerca del caso Sayama, ¿no es así, inspector Torigai?

Torigai miró al comisario de reojo. Este exhaló el humo de su cigarrillo y le dijo:

—Torigai, el otro día expresaste tu punto de vista sobre el caso. Se lo he comentado al inspector Mihara y se ha mostrado muy interesado en conocer más detalles. ¿Serías tan amable de ponerlo al corriente?

—Exacto, el señor comisario me ha dicho que usted tenía alguna duda en cuanto al suicidio de Sayama. Me interesa mucho su opinión, por eso estaba esperándolo.

Los redondos ojos de Mihara rebosaban simpatía. El comisario, en cambio, tenía una expresión ambigua.

—No tengo nada demostrable, solo son conjeturas.

Torigai se sentía un poco cohibido bajo la atenta mirada del comisario. Al inspector Mihara, en cambio, le centelleaban los ojos.

—Me basta con sus conjeturas. Por favor, póngame al corriente.

Viendo que no tenía alternativa, Torigai le habló del recibo del vagón restaurante para un único comensal. Mientras se lo explicaba, le vino a la cabeza la teoría del hambre y del amor que había discutido con su hija, pero decidió guardarla para más adelante.

—Es una observación interesante —admitió Mihara, sonriendo. Tenía el carácter apacible de un comercial—. ¿Todavía conserva ese recibo?

—Al no tratarse de un homicidio, los efectos personales de los difuntos se devolvieron a las familias cuando fueron a recoger los cuerpos —intervino el comisario.

—Entendido —dijo Mihara, mientras una sombra de decepción le oscurecía la mirada—. ¿La fecha que aparecía en el recibo del vagón restaurante es la del 14 de enero? —le preguntó a Torigai.

—Así es.

—Coincide con el día en el que Sayama partió de la estación de Tokio en el tren rápido *Asakaze* con Toki, la camarera del Koyuki. Entonces... —empezó, interrumpiéndose para sacar una libreta de su bolsillo—. Aquí tengo anotados los horarios del *Asakaze*. Salió de Tokio a las 18:30, pasó por Atami a las 20:00, por Shizuoka a las 21:01, por Nagoya a las 23:21 y llegó a Osaka a las dos de la madrugada del día siguiente, es decir, el 15 de enero. El recibo del vagón restaurante es del día 14, ¿no es así? La última estación en la que se detuvo el *Asakaze* ese día fue Nagoya, a las 23:21.

Mientras escuchaba el razonamiento de Mihara, Torigai iba comprendiendo lo que quería decir y presintió que las sospechas del inspector iban en la misma dirección que las suyas. «Aunque tenga aspecto de comercial, es un buen policía», pensó.

—Me gustaría ir al lugar donde aparecieron los cuerpos —dijo Mihara, dirigiéndose al comisario—. No quisiera causarle ninguna molestia, pero ¿podría pedirle al inspector Torigai que me acompañara?

El comisario aceptó con una mueca de resignación.

—El comisario parece un hombre malhumorado —le susurró el subinspector Mihara a Jutarō Torigai ya en el tranvía, sujetándose al pasamanos que tenía a su lado. Torigai esbozó una sonrisa cansada que acentuó las profundas arrugas que le surcaban el contorno de los ojos—. Los comisarios son todos iguales. Sus hipótesis me han parecido muy interesantes, pero no quería seguir discutiéndolas delante de él. Por eso le he pedido que me acompañara al lugar de los hechos.

—Seguiremos hablando en cuanto lleguemos —dijo Torigai, satisfecho ante la buena disposición del joven inspector.

Cogieron el tren frente al velódromo y bajaron en la estación de Kashii de la red privada Nishitetsu. Desde allí hasta la playa solo había diez minutos andando.

Cuando llegaron a la ensenada de Kashii, Mihara observó el paisaje con gran curiosidad. El cielo estaba despejado y el mar lucía un tono primaveral. Una fina capa de bruma difuminaba la superficie del agua y las islas de enfrente.

—¿Este es el famoso mar de Genkai? Me ha parecido verlo desde el tren, pero es mucho más bonito desde la orilla —dijo Mihara, fascinado ante la belleza del paisaje que contemplaba.

Torigai le enseñó el lugar donde fueron descubiertos los cadáveres.

—Estaban así —dijo, describiéndole la posición de ambos cuerpos. Mihara sacó del bolsillo las fotografías de los cadáveres y las comparó con el lugar de los hechos, mientras asentía con leves gruñidos.

—Es una playa muy accidentada —observó Mihara, examinando el suelo.

—Efectivamente. La superficie rocosa se prolonga hasta que empieza la playa de arena.

—Aquí es imposible dejar huellas —musitó Mihara, como si reflexionara en voz alta—. Me gustaría escuchar su punto de vista sobre lo sucedido, inspector

Torigai —le pidió entonces.

Los dos hombres se sentaron en una gran roca un poco alejada del lugar de los hechos. El sol del atardecer les calentaba los hombros. Parecían dos amigos descansando al sol.

—En primer lugar, tenemos el recibo del vagón restaurante para un único comensal —empezó Torigai para pasar a explicarle los motivos que tenía para sospechar y luego referirle la teoría del hambre y del amor que había estado discutiendo con su hija—. Eso me hace pensar que quizá Sayama viajaba solo en el tren.

Mihara escuchó con atención el relato de su colega.

—Es muy interesante. En realidad, comparto sus sospechas —dijo, abriendo de par en par sus ojos de mirada bonachona—. Pero hubo dos testigos, las dos compañeras de la mujer fallecida, que la vieron subir al tren en la estación de Tokio.

—Así es. Por eso podríamos deducir que Toki bajó del tren a medio camino, en otra estación —aventuró Torigai.

—Es una posibilidad. En ese caso... —Mihara volvió a sacar su libreta de notas del bolsillo—. Puesto que el recibo del vagón restaurante corresponde al día 14, la mujer tuvo que bajar como muy tarde en Nagoya, donde el tren realizó su última parada del día a las 23:21, o en alguna estación anterior. Sin embargo, el vagón restaurante cierra a las diez de la noche, de modo que Sayama tuvo que cenar antes. Suponiendo que ya estuviera solo cuando cenó, Toki debió de bajar en Atami, donde el tren llegó a las 20:00, o en Shizuoka, donde se detuvo a las 21:01.

—Exacto, eso es —asintió Torigai, al escuchar en boca de Mihara el razonamiento que él mismo había estado haciendo para sus adentros.

—Estupendo. No sé si dará resultado porque ya ha pasado bastante tiempo, pero podríamos empezar preguntando en las estaciones de Atami y de Shizuoka y en las pensiones de los alrededores. Sin duda alguna, una mujer viajando sola llamaría mucho la atención —propuso Mihara—. ¿Qué otras hipótesis tenemos?

—Sayama se alojó solo en una pensión de Hakata llamada Tambaya, donde estuvo del 15 al 20 de enero. El día 15 fue cuando llegó de Tokio.

A continuación, Torigai le explicó a su colega que Sayama había estado esperando una llamada del exterior hasta que a las ocho de la noche del día 20 le había llamado una mujer preguntando por el señor Sugawara, su nombre falso, entonces Sayama había abandonado la pensión de inmediato y se había

suicidado aquella misma noche.

Mihara escuchó de nuevo con gran interés.

—Toki debía de ser la única persona que conocía el nombre falso de Sayama. Supongo que se habían puesto de acuerdo entre ellos para utilizar ese nombre en la pensión.

—Opino lo mismo, pero, de momento, solo hemos resuelto uno de los misterios.

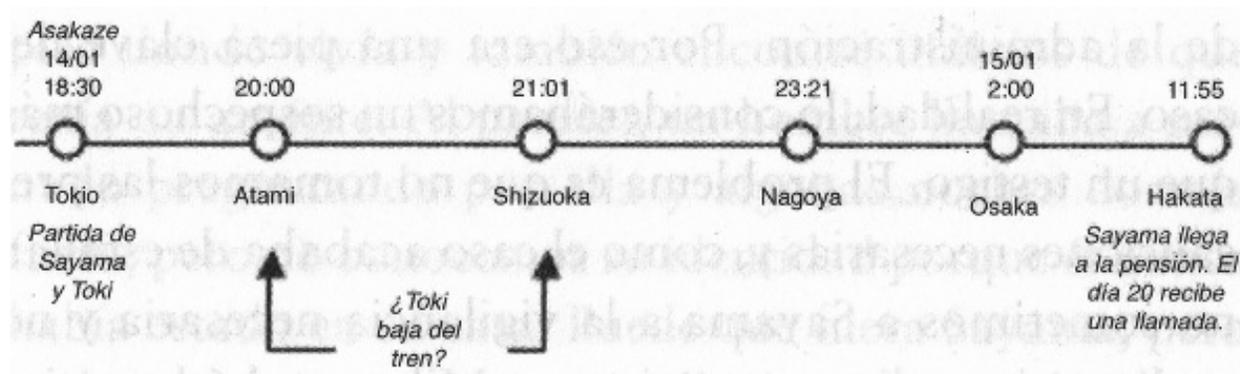
—¿Cuál?

—Hasta ahora, pensábamos que Sayama y Toki habían llegado juntos a Hakata y que se habían separado nada más llegar, pero usted me ha ayudado a convencerme de que Toki bajó en alguna estación a medio camino y llegó a Hakata más adelante. Esto significa que bajó en Atami o en Shizuoka el día 14, que Sayama siguió viajando en el tren y que ella no llegó a Hakata hasta el día 20, cuando llamó a la pensión donde se hospedaba Sayama. Teniendo en cuenta que él estaba esperando su llamada, podemos deducir que también lo habían acordado así —resumió Torigai—. Solo hay una cosa que no habían decidido de antemano.

—¿A qué se refiere?

—No sabían cuándo llegaría Toki. Día tras día, Sayama estuvo esperando impaciente su llamada. Esto indica que ninguno de los dos conocía la fecha exacta de su llegada.

Mihara sacó un lápiz y anotó algo en la libreta. Cuando terminó, le enseñó a Torigai el siguiente esquema:



—Es una cronología de los hechos.

—Sí, ya lo veo —afirmó Torigai, examinando el esquema.

—La pregunta es por qué Toki bajó a medio camino —planteó Mihara.

En efecto, esa era la cuestión. Torigai no conocía la respuesta. Por mucho que lo pensara, no se le ocurría ningún motivo.

—La verdad es que no lo sé. ¿Por qué lo hizo? —se preguntó, apoyando la mejilla en la mano.

Mihara cruzó los brazos y su mirada se perdió en el horizonte, como si el mar pudiera darle la clave para resolver el problema. La isla de Shika flotaba sobre la superficie del agua, envuelta en la bruma.

—Inspector Mihara —dijo Torigai de repente, para satisfacer su curiosidad—. ¿Por qué la policía de Tokio ha decidido investigar el doble suicidio de Sayama?

Antes de responderle, Mihara cogió un cigarrillo y le ofreció otro a Torigai que encendió con un chasquido del mechero. Luego se llevó el suyo a la boca y exhaló sin prisas una bocanada de humo blanco.

—Mire, inspector Torigai. Como usted ha sido tan sincero conmigo, yo tampoco quiero esconderle nada —dijo al fin—. Kenichi Sayama era un testigo muy valioso en el caso de corrupción del ministerio X. Como subdirector, era un hombre muy activo y dominaba los entresijos de la administración. Por eso era una pieza clave del caso. En realidad, lo considerábamos un sospechoso más que un testigo. El problema es que no tomamos las precauciones necesarias y, como el caso acababa de estallar, no sometimos a Sayama a la vigilancia necesaria y no pudimos impedir que muriera. —Mihara echó la ceniza al suelo y siguió hablando—. Sin embargo, su muerte ha beneficiado a muchas personas. Cuanto más investigamos, más preguntas se nos ocurren para Sayama. La verdad es que dejamos escapar a un testigo importantísimo y no se imagina lo mucho que hemos lamentado su pérdida. La muerte de Sayama ha sido un golpe muy duro, pero mientras nosotros la lamentamos, hay otros que la celebran. Al principio pensábamos que Sayama se había suicidado para encubrir a otras personas, pero nos han asaltado algunas dudas acerca de su muerte.

—¿Qué clase de dudas?

—Sospechamos que tal vez no se suicidó por voluntad propia sino que fue un suicidio inducido.

Torigai se volvió hacia Mihara.

—¿Han encontrado alguna prueba?

—Nada sólido —contestó Mihara—, pero él no dejó ninguna nota de suicidio y la mujer tampoco. —Esa era exactamente la misma sospecha que Torigai le había comunicado al comisario—. Además, hemos investigado el

entorno de Sayama en Tokio y no hay nada que lo relacione con Toki.

—¿Cómo es posible?

—Sabemos que Sayama estaba con una mujer, pero no podemos confirmar que se tratara de Toki. Por otro lado, fui al restaurante Koyuki a hablar con las compañeras de trabajo de la chica y estuve investigando en el piso donde vivía y también encontré indicios de que tenía un amante. Al parecer, un hombre llamaba a menudo preguntando por ella y algunas noches dormía fuera, pero no conocemos su identidad porque él nunca había estado en su casa. Puede que fuera Sayama, pero no hay nada que nos permita llegar a esa conclusión.

«Qué raro —pensó Torigai—. A ver si, al final, resultará que Sayama y Toki no se suicidaron...»

—Sin embargo, inspector Mihara, las chicas del Koyuki aseguran que Sayama y Toki charlaban animadamente cuando subieron al *Asakaze*. Había otro testigo, un cliente habitual del restaurante. Los tres vieron lo mismo. Luego se suicidaron juntos en esta playa. Tanto usted como yo hemos visto las fotografías y el lugar donde aparecieron los cuerpos.

—Tiene razón —admitió Mihara, quien, por primera vez, parecía confundido—. Las fotografías y la inspección del escenario me han confirmado que se trató de un suicidio. Por eso estoy tan molesto, porque he salido de Tokio con una serie de sospechas que no concuerdan con la realidad.

Torigai comprendió enseguida lo que significaban para el inspector Mihara las sospechas que albergaba.

—Deberíamos volver —propuso Mihara. Los dos hombres se levantaron y regresaron por donde habían venido.

De repente, cuando llegaron a la estación de la Nishitetsu, Torigai le dijo a Mihara:

—En Kashii hay otra estación de tren, la de la red nacional de ferrocarriles, que se encuentra a unos quinientos metros de distancia. El otro día hice un par de comprobaciones que le parecerán curiosas.

A continuación, le habló de la pareja que fue vista en las dos estaciones la noche del 20 de enero. Le contó que había recorrido el camino de ida y vuelta entre ambas estaciones calculando el tiempo que tardaba.

—Tiene razón, es muy curioso —reconoció Mihara, con un súbito destello de interés en la mirada—. Si no le importa, me gustaría repetir el experimento.

Acompañado del inspector Mihara, Torigai recorrió tres veces la distancia que separaba las dos estaciones a una velocidad distinta en cada ocasión.

—Es verdad. Caminando a paso muy lento, no se tardan más de siete minutos —constató Mihara, una vez consultado su reloj—. Once minutos me parece excesivo, a menos que se detuvieran a medio camino por algún motivo que desconocemos o que...

—O que hubiera dos parejas distintas y que cada una de ellas fuera vista en una de las estaciones.

—Sí, es otra posibilidad. Aun así... —Mihara levantó la vista al cielo en actitud reflexiva—. Tengo el presentimiento de que no había dos parejas sino solo una. Bajaron en la estación de Kashii de la red nacional y pasaron por delante de la segunda estación mientras se dirigían hacia la playa, donde los encontraron muertos horas más tarde.

A continuación, Torigai le dijo que había hablado con el revisor que ese día estaba de servicio en la estación de Hakata, de la red Nishitetsu, y le puso al corriente de las declaraciones de los tres pasajeros a los que había interrogado. Mihara lo anotó todo en su libreta.

—Al final no estamos seguros de nada, pero precisamente por eso es un caso interesante. ¡Cuánto trabajo nos espera! —dijo para consolar al viejo Torigai mientras observaba su cuerpo flacucho.

A la mañana siguiente, por la tarde, Torigai fue a la estación de Hakata para despedirse del subinspector Mihara, que regresaba a Tokio en el tren rápido *Unzen* de las seis y dos minutos.

—¿A qué hora llegará?

—Mañana, a las cuatro menos veinte de la tarde.

—Le agradezco la visita.

—Al contrario, soy yo quien le está agradecido por haber compartido conmigo todo lo que ha averiguado.

Mihara le sonrió con sus mejillas sonrosadas y le dirigió una pequeña reverencia.

—Gracias a usted —insistió Torigai.

—No hay de qué. Esta visita a Kyushu ha resultado de lo más provechosa —repitió Mihara, mirándolo fijamente y hablando con sinceridad.

Todavía faltaban doce o trece minutos para que el *Unzen*, fabricado en Nagasaki, llegara a la estación. Los dos hombres siguieron esperando de pie, uno al lado del otro.

En el andén, la circulación de trenes era constante. Al fondo había un tren de mercancías estacionado. Se respiraba el ajetreo propio de las estaciones. El

rostro de Mihara reflejaba la melancolía que sentía ante la perspectiva de un viaje tan largo.

—La estación de Tokio también debe de ser un constante ir y venir de trenes —comentó Torigai, imaginándose la estación de Tokio, donde nunca había estado.

—Sí, siempre está abarrotada. No dejan de entrar y salir trenes en ningún momento —dijo Mihara, en un tono de voz despreocupado. Justo después tuvo un ligero sobresalto, como si acabara de recibir una descarga. Se había dado cuenta de un detalle trascendental.

Tres testigos habían visto cómo Sayama y Toki subían al *Asakaze* en la estación de Tokio. Los testigos se encontraban en el andén 13, desde donde habían visto el tren estacionado en el 15. Sin embargo, entre los andenes 13 y 15 estaba el 14. ¿Era posible ver sin ningún obstáculo el tren estacionado en la vía 15 desde el andén 13 en una estación como la de Tokio, donde el tráfico ferroviario no se interrumpía ni por un instante?

6. Un intervalo de cuatro minutos

Kiichi Mihara llegó a la estación de Tokio al atardecer.

Después del largo viaje en tren desde Kyushu, ardía en deseos de tomar un buen café. En cuanto salió de la estación, cogió un taxi que lo llevó directamente al barrio de Ginza y entró en su cafetería favorita.

—Cuánto tiempo sin verlo, señor Mihara —lo saludó, con una sonrisa, una de las camareras habituales.

Mihara tomaba café en aquel establecimiento prácticamente a diario. La camarera lo había echado en falta porque llevaba cinco o seis días sin aparecer, pero, naturalmente, no sabía dónde había estado. Vio un par de caras conocidas en el local. Nada había cambiado. Tanto las camareras como los clientes parecían seguir con sus rutinas habituales. La vida en Ginza, que se extendía al otro lado de las ventanas, parecía desarrollarse con la normalidad acostumbrada. Mihara tenía la sensación de que era el único que se había desviado de la rutina durante unos días y nadie sabía en qué había empleado el tiempo que había durado su ausencia. Su rostro impassible no revelaba nada extraordinario. A pesar de todo, se sentía muy solo.

El café era exquisito. Era imposible encontrar un café como ese fuera de la capital. Cuando terminó, se levantó con el maletín en la mano y volvió a permitirse el lujo de coger un taxi para dirigirse a la comisaría.

Abrió la puerta del despacho del comisario del segundo departamento de investigación, donde había una placa que anunciaba: «Comisario Kasai». Aún estaba en el despacho.

—Ya he vuelto.

El comisario torció su grueso cuello hacia Mihara.

—Bienvenido a casa —lo recibió, sonriendo. Los demás empleados ya se habían ido y un joven inspector le sirvió una taza de té a Mihara—. Cuéntame, ¿cómo ha ido?

Mihara abrió el maletín y sacó el material relacionado con el doble suicidio que había tomado prestado de la comisaría de Fukuoka. Dejó los documentos

ante su jefe.

—Aquí tiene. La comisaría de Fukuoka lo considera un suicidio de dos amantes.

—Ya.

El comisario Kasai examinó con detalle las fotografías tomadas en el lugar de los hechos, revisó el resultado de las autopsias practicadas por el forense y leyó el informe de la investigación.

—Así que un doble suicidio —masculló a continuación entre sus gruesos labios, apartando las manos del material extendido sobre la mesa. Parecía contrariado por tener que renunciar a seguir investigando—. Ha sido un viaje inútil —le dijo a Mihara, como si tratara de disculparse por aquella pérdida de tiempo.

—No, en absoluto —lo contradijo el inspector. El comisario Kasai levantó las cejas, sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—He averiguado algunos detalles curiosos.

—¿De veras?

—Un veterano inspector de la policía de Fukuoka, un tal Torigai, me ha revelado un punto de vista muy interesante que, sin embargo, sus superiores no comparten.

A continuación, Mihara expuso ante su jefe la cuestión del recibo del vagón restaurante y le habló del experimento que habían realizado recorriendo a pie la distancia que separaba las dos estaciones.

—Sin duda alguna, lo del vagón restaurante es muy significativo —admitió el comisario, tras unos instantes de reflexión—. Toki habría bajado del tren en Atami o en Shizuoka, donde se habría quedado cuatro o cinco días. Luego se habría dirigido a Fukuoka y habría llamado a Sayama, que estaba esperándola. Esta versión suena bastante coherente.

—En efecto, jefe.

—Para empezar, habría que investigar por qué Toki bajó del tren a medio camino y qué estuvo haciendo los días que pasó en Atami o en Shizuoka.

—¿Tiene el mismo presentimiento que yo? —El comisario se volvió hacia Mihara y sus miradas se encontraron—. Según el informe del caso y el material relacionado con él, todo indica que fue un doble suicidio, pero tengo la sensación de que hay gato encerrado —añadió Mihara. El comisario fijó la mirada en un punto lejano.

—Puede que estemos equivocados, Mihara. La muerte de Sayama ha supuesto un duro revés para la investigación de la trama corrupta en el ministerio y eso nos hace dudar de que fuera un doble suicidio. Nuestras sospechas son instintivas.

Bien mirado, podría ser que el instinto les estuviera jugando una mala pasada.

Sin embargo, Mihara quería llegar hasta el fondo del asunto. Si sus teorías resultaban erróneas, siempre estaría a tiempo de abandonar la investigación, pero se negaba a resignarse y aceptar el dictamen oficial.

Al escuchar sus argumentos, el comisario asintió. Sin duda compartía la misma opinión.

—Bien. Entonces, seguiremos investigando, aunque tengo la sensación de que nos estamos metiendo en un buen atolladero —dijo, cruzando los brazos—. El *Asakaze* es un tren rápido, ¿verdad? Los asientos están reservados, incluso los de segunda clase. Si Toki bajó del tren en una estación intermedia, su asiento debió de quedar vacío. Es un buen punto de partida, ¿no crees? Deberíamos hablar con el revisor que hizo el control de billetes en el tren esa noche.

Al día siguiente, Kiichi Mihara fue a la estación de Tokio. Había dormido profundamente, de modo que se sentía despejado y animado. Como aún era joven, un buen sueño reparador le servía para quitarse todo el cansancio de encima.

Se plantó en el andén 13, mirando en dirección a la salida de Yaesu, y se quedó más de una hora de pie, como si estuviera esperando a alguien.

No llegó a ver lo que quería. Los trenes que pasaban constantemente ante sus ojos le obstaculizaban la visión y le impedían ver más allá. El andén 13 era el de la línea de Yokosuka, frecuentada por largos trenes que entraban y salían de la estación sin cesar. En el andén contiguo, el 14, el tráfico ferroviario también era constante. Debido al incesante ir y venir de trenes, desde el andén 13 era imposible ver lo que ocurría en el 15. Cuando un tren se iba, había otro estacionado en el andén 14, puesto que la estación de Tokio era el principio de la línea. Cuando al fin se ponía en marcha, otro tren de la línea de Yokosuka entraba deslizándose en la estación. En resumidas cuentas, el espacio entre los andenes 13 y 15 estaba siempre obstaculizado por trenes eléctricos o de vapor y era imposible tener una visión limpia.

Mihara, que había tenido un presentimiento gracias al comentario de Torigai en el andén de la estación de Hakata, acababa de confirmar sus sospechas.

—Efectivamente —gruñó. A pesar de que llevaba más de una hora allí, no había conseguido ver lo que ocurría en el andén 15.

«¿Cómo se explica esto? Los testigos que vieron a Sayama y a Toki subiendo al *Asakaze* estaban aquí, en el andén 13, esperando el tren de la línea de Yokosuka. El *Asakaze* salió del andén 15. ¿Es posible que el campo visual estuviera despejado precisamente cuando ellos estaban aquí?»

Tras unos instantes de reflexión, Mihara cruzó el andén a paso lento, bajó las escaleras y se dirigió hacia el interior del edificio.

Fue a buscar al subjefe de estación y le planteó la siguiente duda:

—Disculpe que le moleste. Antes de que el *Asakaze* salga del andén 15 a las 18:30, ¿hay alguna posibilidad de verlo desde el andén 13?

El subjefe de estación, un hombre de pelo medio canoso, observó a Mihara con extrañeza.

—¿Si se puede ver el *Asakaze* desde el andén 13, dice? Ah, se refiere a si hay algún intervalo de tiempo durante el cual no haya ningún tren en los andenes 13 y 14, ¿verdad?

—Eso mismo.

—Me parece que siempre hay algún tren que pasa por delante, pero lo comprobaré por si acaso. Espere un segundo, por favor —le pidió el subjefe. Acto seguido, extendió un diagrama encima de la mesa y recorrió con el dedo un intrincado plano lleno de innumerables líneas ferroviarias—. Efectivamente, tiene usted razón. Es un intervalo muy corto durante el cual no hay ningún tren en los andenes 13 y 14, de modo que se podría ver el *Asakaze* estacionado en el andén 15. De hecho, ni siquiera yo lo sabía —se admiró el hombre, como si acabara de hacer un sorprendente hallazgo.

—¿De veras? Entonces, es posible verlo —concluyó Mihara, decepcionado. Sin embargo, las siguientes palabras del subjefe de estación volvieron a despertar su interés:

—Sí, es posible, pero solo durante cuatro minutos.

—¿Cuatro minutos? —exclamó Mihara, con los ojos como platos y el corazón acelerado—. ¿Qué quiere decir?

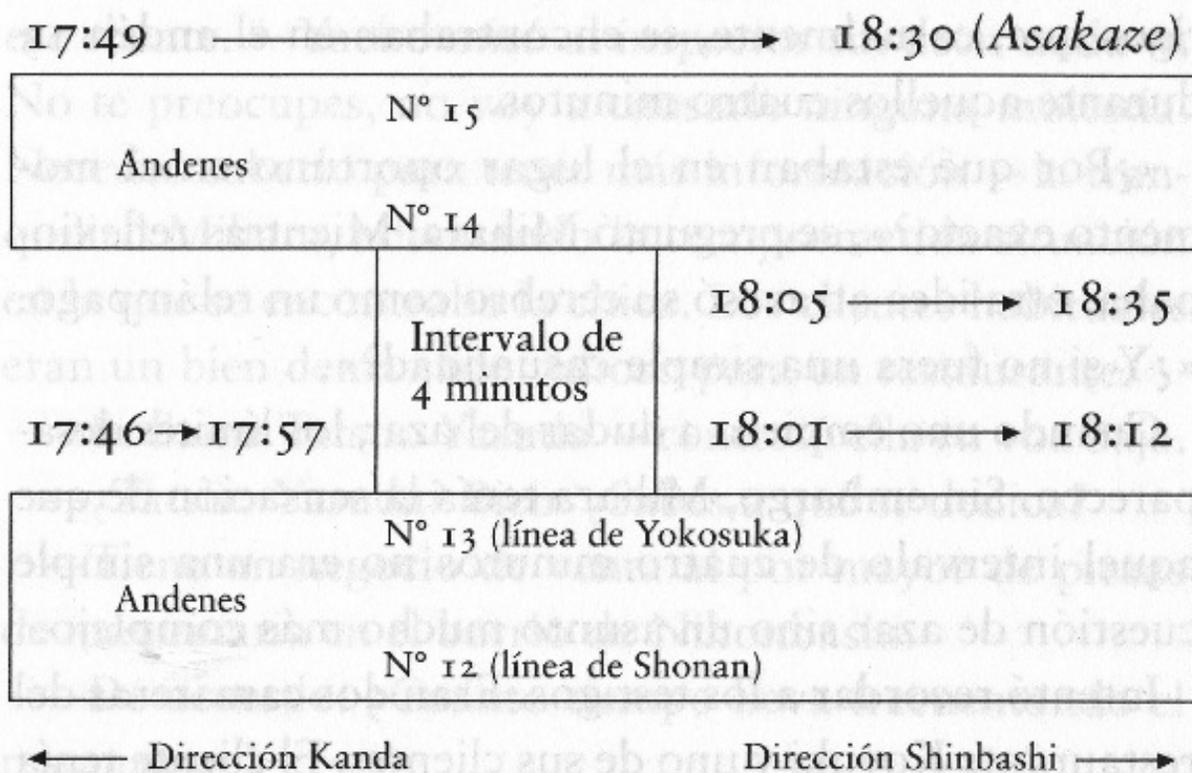
—Verá —empezó el hombre—, el *Asakaze* entra en el andén 15 a las 17:49 y sale a las 18:30, de modo que está cuarenta y un minutos estacionado en la vía. Si comprobamos el tráfico de las vías 13 y 14 durante este tiempo, vemos que el

convoy 1.703 con destino a Yokosuka entra a las 17:46 y sale a las 17:57. A continuación, por la misma vía, el convoy 1.801 entra a las 18:01 y sale a las 18:12. Sin embargo, después de su partida, como el tren lento 341 con destino a Shizuoka ha entrado por la vía 14 a las 18:05 y está estacionado hasta las 18:35, es imposible ver el *Asakaze*, puesto que queda justo detrás de ese tren.

Mihara sacó su libreta de notas al ver que no conseguiría retener tanta información.

—A lo mejor ahora le cuesta un poco entenderlo —le dijo el subjefe de estación al ver que se disponía a tomar notas—. Permítame que le ayude. —Acto seguido, empezó a anotar los horarios de los distintos trenes en la libreta.

Cuando Mihara regresó a la comisaría, estuvo examinando un rato los horarios que el subjefe de estación le había anotado. Luego sacó una hoja en blanco del cajón de su mesa y dibujó una especie de esquema a lápiz.



El esquema lo ayudó a poner en orden el galimatías de trenes y horarios que

tenía en la libreta. El convoy 1.703 salía a las 17:57 del andén 13 y el siguiente tren, el 1.801, no llegaba hasta las 18:01. Durante ese breve intervalo de cuatro minutos, no había ningún obstáculo que impidiera ver el *Asakaze*.

Por tanto, los testigos que vieron subir a Sayama y a Toki al *Asakaze* se encontraban casualmente en el andén 13 durante ese intervalo de visibilidad que duraba cuatro minutos.

En ese momento, Mihara se dio cuenta de que las declaraciones de esos testigos eran cruciales, puesto que todos ellos habían dicho prácticamente lo mismo, algo que respaldaba la teoría del doble suicidio: «Sayama y Toki subieron juntos al *Asakaze*».

A parte de sus declaraciones, no había pruebas objetivas que demostraran que las víctimas mantuvieran una relación amorosa. Las investigaciones apuntaban a que tanto Sayama como Toki tenían un amante secreto, pero los únicos que los habían visto juntos eran los testigos que, casualmente, se encontraban en el andén 13 durante aquellos cuatro minutos.

«¿Por qué estaban en el lugar oportuno en el momento exacto?», se preguntó Mihara. Mientras reflexionaba, otra idea atravesó su cerebro como un relámpago: «¿Y si no fuera una simple casualidad?».

Cuando uno empieza a dudar del azar, los límites desaparecen. Sin embargo, Mihara tenía la sensación de que aquel intervalo de cuatro minutos no era una simple cuestión de azar sino un asunto mucho más complejo.

Intentó recordar a los testigos. Eran dos camareras del restaurante Koyuki y uno de sus clientes. El cliente tenía previsto viajar a Kamakura y les pidió a las chicas que lo acompañaran al andén 13, donde vieron a Sayama y a Toki subiendo al *Asakaze*. Una de las camareras, una chica llamada Yaeko, se lo había contado a Mihara antes de que este viajara a Fukuoka. La había interrogado cuando aún no sospechaba nada, pero pensó que tendría que volver a hablar con ella y hacerle las preguntas adecuadas.

Teniendo en cuenta que el restaurante no abriría hasta el mediodía, Mihara fue al Koyuki de Akasaka y encontró a Yaeko haciendo limpieza con bata de trabajo.

—Qué vergüenza que tenga que verme con este aspecto —se lamentó la chica, sonrojándose.

—Fuiste muy amable al responder a mis preguntas la última vez —le dijo Mihara—. Me gustaría preguntarte algunas cosas más. Me dijiste que tu compañera y tú acompañasteis a un cliente a la estación de Tokio, donde visteis a

Sayama y a Toki.

—Sí —repuso Yaeko.

—El otro día se me olvidó preguntarte el nombre de ese cliente. —Yaeko miró al inspector sin decir nada—. No te preocupes, no voy a causarle ninguna molestia. Necesito saberlo para tener más información —la tranquilizó Mihara, adivinando la comprometida situación en la que se encontraba la chica. Los clientes habituales eran un bien demasiado valioso para un restaurante.

—Se llama Tatsuo Yasuda —contestó ella en voz baja.

—¿Tatsuo Yasuda? Bien. ¿Sabes a qué se dedica?

—Tiene un negocio de venta al por mayor de piezas de maquinaria en el barrio de Nihonbashi.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo lleva frecuentando el restaurante?

—Unos tres o cuatro años. Toki era la encargada de servir su mesa.

—Entonces, la conocería bien. Solo por curiosidad, ¿fue él el primero en verla desde el andén?

—Sí, el señor Yasuda la vio primero. La señaló con el dedo y nos dijo: «¿Esa no es Toki?», para que Tomiko y yo la viéramos.

—Así que fue él. Entendido —dijo Mihara, y guardó silencio como si estuviera pensando en la próxima pregunta o tal vez en algo que no tenía nada que ver.

Al cabo de un rato, esbozó una vaga sonrisa.

—Cuando el señor Yasuda os pidió a ti y a Tomiko que lo acompañarais a la estación, ¿lo decidió ese mismo día?

—Sí. Nos invitó a comer al Coq d'Or de Ginza y luego nos pidió que lo acompañáramos —le explicó Yaeko.

—¿Os invitó a comer a Ginza? Supongo que fue un plan acordado de antemano, ¿no?

—Sí. La noche anterior, el señor Yasuda vino a cenar al restaurante, nos invitó a comer al día siguiente y nos dijo que nos esperaba a las tres y media en Ginza.

—A las tres y media. ¿Qué más?

—Cuando terminamos de almorzar, dijo que tenía que ir a Kamakura y nos pidió que lo acompañáramos a la estación.

—¿Qué hora era aproximadamente?

—Pues... —Yaeko inclinó la cabeza y arrugó el entrecejo, haciendo memoria—. Sí, ya me acuerdo. Le pregunté a qué hora salía su tren y me

respondió que quería coger el tren de las 18:12 de la línea de Yokosuka. «Ahora son las cinco y media, así que llegaremos justo a tiempo», recuerdo que dijo.

—El tren de las 18:12 de la línea de Yokosuka...

Mihara visualizó el esquema horario que había confeccionado la noche anterior. El tren de las 18:12 llegaba a la estación a las 18:01 por el andén 13. Si vieron el *Asakaze* estacionado en el andén 15, los tres testigos tuvieron que llegar antes de las 18:01. «Es un detalle importante», pensó el inspector.

—Cuando llegasteis al andén 13 el tren aún no había llegado, ¿verdad?

—No, todavía no —le confirmó Yaeko sin vacilar.

—Eso significa que llegasteis sobre las seis, tal vez un poco antes —musitó Mihara, como si pensara en voz alta.

—Exacto —respondió Yaeko—. El reloj digital de la estación indicaba que faltaban unos minutos para las seis.

—¡Vaya! Qué observadora eres.

—Lo recuerdo porque, mientras íbamos a la estación en taxi, el señor Yasuda consultó varias veces su reloj de pulsera. Me preocupaba que no llegara a tiempo.

Mihara se sintió intrigado.

—¿Dices que consultó varias veces su reloj?

—Sí. De hecho, parecía un poco impaciente desde que empezamos a comer.

El inspector se sumió en una profunda reflexión. Se despidió de Yaeko, cogió el autobús y siguió pensando.

Yasuda parecía inquieto y consultó su reloj con frecuencia. ¿Lo hizo solo porque no quería perder el tren o tal vez porque le interesaba llegar a tiempo a la estación por algún otro motivo? ¿Acaso no quería perderse el intervalo de cuatro minutos?

Solo tenía aquellos cuatro minutos exactos para ver el *Asakaze*, no podía llegar demasiado pronto ni demasiado tarde. Si hubiera llegado antes de tiempo, se habría visto obligado a coger el tren de las 17:57, que también iba a Kamakura, y si hubiera llegado más tarde de las seis, el siguiente tren ya estaría en la estación y no habrían podido ver el *Asakaze*. ¿Era posible que Yasuda estuviera tan preocupado por la hora porque no quería perderse el intervalo de cuatro minutos que le permitiría ver el *Asakaze*?

«Puede que mis sospechas hayan ido demasiado lejos», pensó Mihara, intentando recapacitar, pero no lo consiguió. Cuanto más intentaba rechazar las dudas, más persistentes se volvían.

¿Cuál era el motivo de semejante maniobra? Siguiendo la hipótesis de Mihara, la respuesta era muy sencilla.

«Ese tal Yasuda quería que Yaeko y Tomiko vieran a Sayama y a Toki subiendo al *Asakaze*, es decir, creó un par de testigos.»

El corazón le dio un vuelco y la imagen de aquel personaje llamado Tatsuo Yasuda apareció flotando ante sus ojos.

«Iré a hablar con él.»

Mihara llegó a las oficinas de Tatsuo Yasuda cuando el sol del atardecer entraba por la ventana e iluminaba el recibidor. Yasuda, tras leer su tarjeta de visita, lo recibió con una amplia sonrisa y le ofreció una silla.

7. ¿Casualidad o estratagema?

—Lamento interrumpirlo, señor Yasuda. Vengo a hacerle unas preguntas que tal vez le parezcan un tanto inoportunas —empezó Mihara.

—Al contrario, será un placer atenderle. ¿Qué quería preguntarme?

Tatsuo Yasuda le ofreció un cigarrillo del paquete que había encima de la mesa. Él cogió otro y lo encendió, manteniendo en todo momento una actitud aparentemente serena. Era un hombre de unos cuarenta años, tenía el pelo ondulado y unos grandes ojos en un rostro de tono saludable. El aspecto de aquel hombre de mediana edad transmitía la confianza del empresario que dirige un gran negocio.

—Verá, estoy investigando el doble suicidio del señor Sayama, subdirector del ministerio X. Ya lo habrá leído en la prensa —dijo Mihara.

Yasuda exhaló una bocanada de humo.

—Sí —afirmó, con un amplio asentimiento—. Lo conocía bien. El señor Sayama y yo hacíamos negocios juntos. El ministerio X es uno de mis principales clientes.

«¡Claro! —pensó Mihara, comprendiéndolo al fin—. Yasuda es uno de los proveedores del ministerio.»

—Es una lástima, Sayama era un hombre bueno y tranquilo. No lo creía capaz de suicidarse con una mujer —dijo Yasuda, visiblemente afectado.

—Hábleme de él —le pidió Mihara con la mano en el bolsillo, dudando entre sacar o no sacar su libreta de notas—. Al parecer, usted estaba en la estación de Tokio y vio a Sayama subiendo al tren con una mujer. Me lo dijeron dos de las empleadas del Koyuki.

—Sí, así es —confirmó el empresario, sentándose en el sofá e inclinándose hacia delante—. Aquella tarde tenía que ir a Kamakura y las chicas del Koyuki me acompañaron a la estación para despedirse de mí. Entonces fue cuando vi al señor Sayama y a Toki subiendo al tren estacionado en otro andén. Cuando me di cuenta, avisé a las chicas. Me quedé un poco desconcertado porque los conocía a ambos. No tenía ni idea de que mantuvieran una relación amorosa y recuerdo

que pensé que el mundo era un pañuelo. —Yasuda entrecerró los ojos, que tal vez le escocieran debido al humo del tabaco—. Naturalmente, no sabía que acababan de emprender un viaje hacia la muerte. ¡Qué historia más triste! A mi modo de ver, el amor nunca debe llegar tan lejos.

Yasuda sonrió y le dirigió al inspector su encantadora mirada.

—¿Sayama había ido alguna vez al Koyuki? —preguntó Mihara.

—Me parece que no. Yo iba a menudo por negocios, pero nunca había invitado a Sayama. No da buena imagen que un empresario salga a cenar con un funcionario del gobierno —rio Yasuda—. Y que conste que no lo digo porque usted sea inspector de la policía. Además, el ministerio X ha perdido parte de su buena reputación.

—Algunos dicen que Sayama se suicidó para evitar que la trama de corrupción comprometiera a sus superiores y que Toki se suicidó con él por compasión. ¿Qué opina al respecto?

—No lo sé —dijo Yasuda, como si pensara que opinar no le correspondía a él sino a la policía—. Solo me sorprendió que fueran amantes y que hubieran llevado su relación con tanto secretismo.

—¿Conocía bien a la mujer, a Toki?

—Era la encargada de servir mi mesa cuando iba al restaurante. Sí, la conocía bien. No me malinterprete, por favor. Solo teníamos contacto dentro del restaurante, nunca nos habíamos visto en la calle. Es cierto que la conocía, sí, pero en realidad no la conocía en absoluto. Por ejemplo, no tenía ni idea de que Sayama fuera su amante.

A continuación, Mihara le hizo otra pregunta importante.

—¿Viaja a menudo a Kamakura?

Yasuda sonrió mostrando su dentadura.

—Mi mujer vive allí.

—¿Su mujer?

—Sí, está un poco delicada de los pulmones. Vivimos separados desde hace un tiempo. Tenemos un piso alquilado cerca de Gokurakuji, en Kamakura, donde vive con una vieja criada. Voy a visitarla una vez a la semana.

—¡Vaya! Debe de estar preocupado por ella —comentó el inspector. Yasuda agachó ligeramente la cabeza, como si quisiera agradecerle su consideración. Mihara tenía la sensación de que había olvidado preguntarle algo, pero en ese momento no se le ocurría nada más—. Disculpe que lo haya interrumpido en mitad de su trabajo —dijo al fin, poniéndose en pie. Yasuda también se levantó

del sofá.

—Ha sido un placer. No le he sido de gran ayuda, ¿verdad? Si necesita cualquier otra cosa, vuelva a verme cuando quiera —le ofreció amablemente, con una afable sonrisa y los ojos entrecerrados.

«Yasuda sabía lo del intervalo de cuatro minutos. Debió de darse cuenta en uno de sus frecuentes viajes a Kamakura. Es una posibilidad remota, pero real», pensó el inspector Mihara mientras caminaba por la calle. Hacía un día radiante.

Mihara regresó a la comisaría y estuvo hablando con el comisario Kasai. No lo hizo solo para informarle sino porque su jefe había expresado su curiosidad acerca del intervalo de cuatro minutos. Además, también le contó que había visto a Tatsuo Yasuda.

Sin embargo, el comisario reaccionó con un interés inesperado.

—Es muy curioso —observó, entrelazando las manos encima de la mesa—. Así que eso es lo que tenemos... y no nos habíamos dado cuenta.

Al ver que su jefe se mostraba tan interesado, Mihara sacó la libreta del bolsillo y le enseñó el esquema que había confeccionado sobre las entradas y salidas de los trenes de las vías 13, 14 y 15, desde las 17:57 hasta las 18:01. El comisario Kasai cogió la libreta y analizó el esquema detenidamente.

—Ya lo entiendo. Bien observado, Mihara —lo felicitó a continuación, mirándolo fijamente.

«El mérito no es mío —dijo Mihara para sus adentros— sino del inspector Torigai, ese veterano agente de la comisaría de Fukuoka que me puso sobre la pista.»

—Ahora es cuestión de averiguar si fue una simple casualidad o si ese tal Yasuda manipuló a las chicas para convertirlas en testigos del intervalo de cuatro minutos.

«Testigos del intervalo de cuatro minutos.» El comisario había utilizado las palabras adecuadas. A continuación, volvió a escuchar el relato de Mihara y anotó los siguientes cuatro puntos principales en la libreta:

1. La noche anterior, Yasuda invita a almorzar a dos de las camareras del Koyuki con la intención de llevarlas a la estación de Tokio.
2. Durante el almuerzo, consulta frecuentemente su reloj.

3. Llega a la estación en el momento exacto para no perderse el intervalo de cuatro minutos.
4. Ve a Sayama y a Toki subiendo al *Asakaze* y advierte a las chicas de la presencia de su compañera.

Cuando terminó de escribir, el comisario se quedó mirando la hoja mientras se golpeaba la mejilla con la punta del lápiz, como un niño de primaria.

—Bien —dijo al cabo de un rato—. Esto no es ninguna casualidad. Hay una intencionalidad evidente.

Mihara observó los brillantes ojos del comisario.

—Si todo formaba parte de un plan, se trata de un asunto grave.

—Muy grave —corroboró el comisario instintivamente. Cerró los ojos y estuvo un momento reflexionando. Acto seguido, llamó con un grito a uno de sus inspectores—. Necesito que investigues los negocios que la empresa de Tatsuo Yasuda tenía con el ministerio X. Quiero saber hasta dónde llega su implicación.

—De acuerdo —acató el inspector, y se retiró tras haber anotado el nombre del empresario.

—Veamos. —El comisario volvió a fijar la vista en las notas que él mismo había escrito, como si las estuviera analizando—. Suponiendo que Yasuda hubiera actuado intencionadamente, ¿con qué finalidad lo hizo? —se preguntó antes de encenderse un cigarrillo—. Nadie urde una maquinación sin obtener ningún beneficio. ¿Qué ganaba Yasuda manipulando a dos testigos para que vieran cómo Sayama y Toki cogían un tren con destino a Hakata?

—Tal vez necesitaba el testimonio de terceras personas —aventuró Mihara, tras una breve reflexión.

—¿De terceras personas?

—Exacto. Si Yasuda hubiera sido el único testigo, su testimonio no habría resultado creíble. Necesitaba que alguien más aparte de él presenciara los hechos.

—¿Y esa tercera persona no era el mismo Yasuda?

—No lo creo.

Mihara le lanzó una mirada interrogante que el comisario le devolvió con aire pensativo.

—Bien, recapitemos —dijo luego, prudentemente—. Sayama y Toki se

suicidaron cerca de Hakata. Salieron juntos de la estación de Tokio a bordo del tren rápido *Asakaze*. Yasuda urdió un plan para que dos testigos los vieran subir al tren, es decir, necesitaba que alguien más presenciara los hechos. No deja de ser curioso.

Mihara comprendió a qué se refería su superior con aquel comentario. Si la pareja iba a suicidarse, ¿para qué necesitaba Yasuda a los testigos? Suponiendo que el plan hubiera sido idea suya, ¿qué papel había desempeñado en el caso del doble suicidio? El inspector Mihara no lo tenía claro.

—Lo único que sé es que aquí hay gato encerrado.

—Estoy de acuerdo —convino el comisario—. Al reconstruir los hechos, todo apunta a un plan ideado por Tatsuo Yasuda. Sin embargo, es un plan sin objetivo. Si hay una estratagema, tiene que haber un propósito, pero ahora mismo no se me ocurre cuál puede ser.

—Supongo que lo sabremos cuando descubramos el porqué de la estratagema —concluyó Mihara.

—Sí —afirmó el comisario Kasai. Ambos intercambiaron una mirada llena de entusiasmo—. Supongo que comprendes por qué Yasuda llegó al andén 13 en el momento preciso para que las chicas pudieran ver a su compañera, ¿verdad? Si solo quería enseñarles lo que ocurría en el andén 15, las habría llevado allí directamente —planteó el comisario, como si estuviera poniendo a prueba la agudeza del inspector.

—Lo comprendo, jefe. En el andén 15 es donde paran los trenes de larga distancia. Si hubiera llevado a las chicas allí, habrían sospechado que todo formaba parte de una estrategia. Era mucho más natural decirles que tenía que viajar a Kamakura y dejar que ellas vieran todo de lejos, desde el otro andén. Por eso se tomó tantas molestias en llegar a la estación justo antes de que empezara ese intervalo de cuatro minutos, precisamente para simular que todo era fruto del azar.

El comisario esbozó una vaga sonrisa de aprobación.

—Por cierto, tenemos la declaración del revisor del *Asakaze* que estaba de servicio el 14 de enero —dijo el comisario.

—¿Cómo? —exclamó Mihara, inclinándose hacia delante.

—Por desgracia, no recuerda si había algún asiento libre. Dice que ha pasado demasiado tiempo. Qué lástima que sea un hombre con tan pocas luces... Si lo recordara, sabríamos enseguida en qué estación bajó Toki.

8. Hokkaido y Kyushu

A la mañana siguiente, cuando Kiichi Mihara entró en la comisaría, el comisario Kasai ya había llegado.

—Buenos días —lo saludó Mihara.

—Buenos días —le respondió su jefe, levantando la cabeza de los papeles que estaba leyendo—. Acércate un segundo —le pidió con un gesto de la mano—. ¿Has descansado del viaje a Kyushu? —le preguntó, después de dar un sorbo de té de una gran taza.

—Sí, estas dos noches he dormido bien. Ya estoy recuperado —le confirmó Mihara con una sonrisa.

—Ya. La verdad es que quería darte un día libre, pero estamos demasiado ocupados.

—No se preocupe por mí.

—Entonces, empecemos con lo de Tatsuo Yasuda —dijo el comisario—. Siéntate, por favor.

—Gracias.

Mihara se sentó en la silla de enfrente.

—Al parecer, Yasuda tiene negocios con el ministerio X.

—Me lo imaginaba...

—El volumen de mercancía que les suministra no es desproporcionado, pero se ve que es muy amigo de Yoshio Ishida, director de la sección X.

—¿De veras? ¿El director Ishida?

Mihara miró al comisario. Yoshio Ishida era el director de sección sobre el cual pesaban las sospechas de corrupción. En el departamento lo consideraban un hombre listo y competente, pero según las investigaciones secretas era uno de los cerebros de la trama.

—Sí, tienen una estrecha relación. Es un dato interesante, ¿verdad?

—En efecto.

Mihara evocó el rostro de Tatsuo Yasuda, con el que se había entrevistado el día anterior. Él también parecía un hombre inteligente. Dentro de sus ojos

grandes y atractivos, sus pupilas inquietas revelaban un sexto sentido para los negocios. A Mihara le pareció un hombre difícil de tratar, cuya excesiva confianza en el trabajo pesa como una losa sobre la gente que lo rodea. Un hombre como él era capaz de ganarse fácilmente el favor del director de la sección X.

—¿Y qué relación tenía Yasuda con el fallecido Sayama? —preguntó Mihara.

—Mucho más simple de lo que parece —dijo el comisario, rodeando la taza de té con la mano—. Como subdirector del departamento, Sayama se encargaba de los contratos, de modo que no podemos decir que no hubiera tratado nunca a Yasuda. Sin embargo, con lo que hemos averiguado hasta ahora, aún no sabemos si algunos funcionarios tenían otro tipo de relaciones secretas con sus proveedores. Todavía no ha salido a la luz.

—Ya veo.

Mihara aceptó el cigarrillo que le ofrecía el comisario y lo encendió. Era de la marca Shinsei.

—¿Qué te parece si investigamos a Yasuda?

El comisario Kasai inclinó el cuello hacia delante, como hacía siempre que algo despertaba su interés.

—Me parece imprescindible. Deberíamos investigarlo —convino Mihara sosteniendo la mirada de su superior, al que le brillaban los ojos.

—¿Casualidad o estratagema? —se preguntó el comisario, recordando la conversación que habían mantenido el día anterior y dando muestras de su excelente estado de ánimo.

—Apuesto por la estratagema. Las probabilidades de coincidir casualmente con un intervalo de cuatro minutos son muy escasas.

—Ayer dijiste que, si investigáramos el porqué de la estratagema, descubriríamos qué objetivo se escondía detrás.

—Sí, eso dije.

—¿Por qué Yasuda necesitaba que otros testigos vieran cómo Sayama y Toki partían hacia la muerte? Como muy bien observaste, Yasuda se tomó muchas molestias en fingir que todo era fruto del azar.

—Sí, eso creo.

—Bien. Opino lo mismo que tú —dijo el comisario—. Procede de la forma que te parezca más conveniente.

—De acuerdo. Investigaré el caso a fondo hasta resolverlo —se

comprometió Mihara, haciendo una leve reverencia tras aplastar el cigarrillo en el cenicero, pero el comisario no estaba dispuesto a dejar que se fuera sin más.

—¿Por dónde vas a empezar? —le preguntó, fingiendo desinterés pero con las mejillas arboladas de excitación.

—En primer lugar, trataré de averiguar dónde estuvo Yasuda los días 19, 20 y 21 de enero —repuso Mihara.

El comisario fijó la mirada en un punto lejano.

—19, 20 y 21 de enero. Los cuerpos fueron descubiertos en Kashii la mañana del 21 de enero y tú quieres saber qué pasó los dos días anteriores. Dos días es el tiempo que se tarda en viajar en tren de Tokio a Kyushu, ¿no es así?

—Exacto, pero creo que también le preguntaré dónde estuvo el día 22.

—¿Cuántas horas hay de Tokio a Hakata?

—Poco más de veinte. El tren rápido, el famoso *Asakaze*, creo que tarda diecisiete horas y media.

—Así que, entre ida y vuelta, se necesitan unas cuarenta horas.

Sin soltar el cigarrillo, el comisario se frotó las sienes con los pulgares en actitud pensativa.

Mihara entró en el mismo recibidor que el día anterior. Una empleada le ofreció una taza de té y le pidió que esperase un momento, puesto que el señor Yasuda estaba hablando por teléfono. Tatsuo Yasuda tardó un buen rato en aparecer. Mientras tanto, Mihara se dedicó a contemplar el bodegón colgado en la pared. «Si es una llamada de negocios, va para largo», pensó. Justo entonces, el empresario salió a recibirlo con su inquebrantable sonrisa.

—Lamento haberle hecho esperar —se disculpó. Igual que el día anterior, Mihara se sintió empujado bajo la aplastante personalidad de su interlocutor.

—Siento volver a interrumpirle —murmuró, levantándose.

—En absoluto, no se preocupe. Era una llamada importante —se justificó Yasuda, imperturbable, con una sonrisa bailándole en los ojos.

—Que esté ocupado es buena señal.

—Por supuesto, pero no era una conversación de negocios. He llamado a mi casa, en Kamakura.

—¿Estaba hablando con su esposa?

Mihara recordó que, el día anterior, Yasuda le había dicho que su esposa

vivía en Kamakura recuperándose de una enfermedad.

—No, con la mujer que cuida de ella. Últimamente, mi esposa no se encuentra muy bien. Como no puedo ir a verla todos los días, llamo por teléfono para preguntar cómo está —le explicó Yasuda, sin borrar la sonrisa.

—Debe de ser duro.

—Le agradezco su interés.

—Señor Yasuda, he venido a hacerle más preguntas —dijo el inspector Mihara, procurando abordar el asunto sin levantar suspicacias.

—¿De qué se trata? —preguntó Yasuda, sin la menor sombra de inquietud.

—Sé que ya ha pasado un tiempo, pero me gustaría saber si estuvo en Tokio del 20 al 22 de enero. Se trata de una mera formalidad, por supuesto.

Yasuda soltó una carcajada.

—¡Vaya! ¿Acaso me considera sospechoso?

—En absoluto, señor Yasuda. Solo es un trámite.

Mihara creía que Yasuda empezaría a hablar del suicidio de Sayama, pero no dijo nada. Su expresión imperturbable no le permitió adivinar qué significaba para él ese intervalo de tres días, del 20 al 22 de enero.

—Ha dicho el 20 de enero, ¿verdad? —Yasuda cerró los ojos y, a continuación, sacó una pequeña agenda de un cajón y se puso a hojearla—. Ya lo tengo. Ese día fui a Hokkaido por negocios.

—¿Al norte?

—En Sapporo tenemos a uno de nuestros mejores clientes, la compañía Futaba. Tuve que ir a atender unos asuntos. Pasé dos noches en Hokkaido y el día 25 regresé a Tokio —explicó Yasuda mientras consultaba su agenda.

Hokkaido. Mihara no salía de su asombro. ¿Hokkaido no estaba en el extremo opuesto a Kyushu, el lugar donde habían aparecido los cuerpos?

—¿Necesita más detalles del viaje? —le preguntó Yasuda, observando atentamente la expresión del inspector. Unas finas arrugas aparecieron alrededor de sus ojos.

—Se lo agradecería mucho.

Mihara sacó la libreta y el lápiz.

—El 20 de enero cogí el tren rápido que salía de Ueno a las 19:15. Lo llaman *Towada*.

—Disculpe que lo interrumpa. ¿Viajó solo?

—En efecto. Cuando viajo por negocios, siempre voy solo.

—De acuerdo. Siga, por favor.

—Llegué a Aomori a las 9:09 de la mañana del día siguiente. Una vez allí, cogí el *ferry* de Seikan, que salía a las 9:50 —prosiguió Yasuda, revisando las notas de su agenda—. El *ferry* atracó en el puerto de Hakodate a las 14:20. Media hora más tarde, cogí un tren rápido llamado *Marimo* con destino a Nemuro y llegué a Sapporo a las 20:30. El señor Kawanishi, representante de la sociedad Futaba, me estaba esperando en la estación y me acompañó al Maruso, el hotel del centro de la ciudad donde me alojaba. Fue la noche del 21 de enero. Los días 22 y 23 estuve alojado en el hotel y el día 24 salí de Hokkaido. Llegué a Tokio el 25 de enero. —Mihara anotó toda la información en su libreta—. Espero haberle sido útil —concluyó Yasuda, sonriendo, tras guardar la agenda.

—Por supuesto. Muchas gracias por su colaboración —le agradeció Mihara, sonriendo a su vez.

—¡Menudo trabajo tienen ustedes! ¡No debe de ser fácil andar investigando todo el día!

Yasuda habló sin alterarse, pero Mihara percibió un ligero sarcasmo en su voz.

—No se ofenda, por favor. Solo se lo he preguntado porque necesitamos disponer de toda la información.

—No se preocupe, no me lo he tomado a mal. Si necesita cualquier otra cosa, no dude en venir a verme.

—Gracias por su tiempo, señor Yasuda.

Yasuda acompañó al inspector a la puerta y esperó a que se fuera, mostrando en todo momento una actitud tranquila y sin un ápice de nerviosismo.

Antes de regresar a comisaría, Mihara entró en la cafetería de Ginza a la que solía ir y pidió un café. Mientras esperaba, repasó la información que le había proporcionado Yasuda y ordenó los datos en una hoja:

20 de enero. Salida de Ueno a las 19:15 (tren rápido *Towada*) → Llegada a Aomori el día 21 a las 9:09. Salida de Aomori a las 9:50 (*ferry* de Seikan) → Llegada a Hakodate a las 14:20.

Salida de Hakodate a las 14:50 (tren rápido *Marimo*) → Llegada a Sapporo a las 20:34 (alguien lo esperaba en la estación).

Hospedado en el hotel Maruso del 21 al 24 de enero. Salida el 24, llegada a Tokio el 25.

—¡Vaya, señor Mihara! ¿Tiene previsto viajar a Hokkaido? —le preguntó la chica que le trajo el café, mirando la hoja desde encima de la mesa.

—Bueno, sí —repuso vagamente Mihara, con una media sonrisa.

—¡Qué bien! La última vez estuvo en Kyushu y ahora se va a Hokkaido. Es como viajar del sur al norte —comentó la chica, con cierta envidia.

Tenía razón. El escenario de la investigación abarcaba casi todo el país, de punta a punta.

Cuando regresó a comisaría, el inspector Mihara fue a hablar con el comisario Kasai y le expuso el relato de Yasuda y la cronología que él mismo había confeccionado.

—Hummm... —gruñó el comisario, mientras examinaba el esquema sumamente interesado—. Entendido. Ese viaje a Hokkaido sí que no me lo esperaba. Está en el extremo opuesto a Kyushu, ¿verdad?

—Sí, señor. La entrevista ha sido un poco decepcionante —comentó Mihara con sinceridad.

—¿Crees que te ha dicho la verdad? —preguntó el comisario Kasai, con la barbilla apoyada en las manos.

—Yasuda es un hombre muy listo, no es de los que dicen mentiras que se puedan descubrir enseguida. Parecía sincero.

—Ya. Aun así, necesitaremos pruebas.

—Por supuesto. Hablaré con la policía de Sapporo para que localicen al representante de la compañía Futaba que fue a la estación a esperar a Yasuda y que comprueben el hotel donde se hospedó.

—Estupendo. Espera un segundo, Mihara —lo detuvo el comisario cuando ya estaba a punto de levantarse—. ¿Sabes algo de la familia de Yasuda?

—Sí. Está casado, pero no vive con su mujer. Ella padece una enfermedad pulmonar y está convaleciente en Kamakura.

—Es verdad, me lo dijiste ayer. Precisamente dedujimos que conocía el intervalo de cuatro minutos gracias a sus frecuentes viajes a Kamakura.

—Eso es. Se ve que su esposa no se recupera como sería de esperar. Hoy, cuando he llegado a sus oficinas, estaba hablando por teléfono con la mujer que cuida de ella.

—Ya. Entonces, ¿aquí vive solo?

Yasuda vivía solo en su casa de Asagaya con dos empleadas. Ya lo había

comprobado. Al oír la respuesta de Mihara, el comisario se quedó absorto, sin decir nada.

Mihara envió un largo telegrama a la comisaría central de Sapporo. La respuesta llegaría enseguida, al día siguiente o al cabo de dos días a más tardar. Sin embargo, no albergaba muchas esperanzas, puesto que Tatsuo Yasuda parecía un hombre demasiado astuto y cauteloso como para haberle mentido descaradamente.

Mihara se sentía atascado. Una ligera impaciencia hervía en su interior, aunque no conocía el motivo. Tal vez, sin ser consciente de ello, estaba ansioso por leer la respuesta a su telegrama.

Quizá fuera ese estado de ánimo lo que hizo que, de repente, una duda lo asaltara: ¿era cierto que la esposa de Yasuda vivía en Kamakura?

No creía que la señora Yasuda tuviera nada que ver con el caso que investigaba. Sin embargo, el intervalo de cuatro minutos pesaba como una losa en el espíritu de Mihara. Yasuda conocía ese intervalo porque viajaba a Kamakura con frecuencia para visitar a su esposa enferma. Entonces, otra duda lo asaltó: ¿y si no fuera su esposa la que estaba enferma sino otra persona? Yasuda sabía que, tarde o temprano, la policía comprobaría si había estado en Hokkaido. Sin embargo, cualquiera iba a creer que su mujer estaba enferma sin necesidad de demostrarlo. Se trataba de algo normal, absolutamente comprensible.

«Cuidado, cuidado», susurró, como si fuera una advertencia para sí mismo.

Echó un vistazo al despacho del comisario, pero no se encontraba allí. Habría salido hacía un rato. Mihara le dejó una nota encima de la mesa en la que decía: «Voy a Kamakura», y salió de la comisaría. Cuando regresara, ya sería noche cerrada.

Compró una caja de galletas en la estación de Tokio por si le surgía la oportunidad de visitar a una persona enferma.

Subió al tren desde el andén 13. Como ya sabía, los trenes estacionados en las vías 13 y 14 estorbaban la visión e impedían ver el andén 15.

«Debió de costarle mucho dar con esos cuatro minutos», pensó, reafirmando en la idea de que no era una cuestión de azar sino una estratagema. «Yasuda debió de pensar que, tarde o temprano, lo investigaríamos. Por eso necesitaba el testimonio de las dos camareras del Koyuki», intuyó.

El tren se puso en marcha. El trayecto hasta Kamakura duró aproximadamente una hora y el inspector la dedicó a reflexionar. Algo había

movido a Yasuda a actuar de aquella forma, pero ¿qué? ¿Acaso no se trataba solo del suicidio de dos amantes? ¿Para qué molestarse en crear dos testigos? Mihara no comprendía los motivos que se escondían tras las maniobras del empresario.

Además, Tatsuo Yasuda estaba viajando a Hokkaido la noche del 20 al 21 de enero, cuando Sayama y Toki se suicidaron. Kyushu y Hokkaido. No parecía que hubiera ningún vínculo aparente entre ambas islas, situadas en extremos opuestos del país.

Cuando llegó a la estación de Kamakura, Mihara hizo transbordo y cogió el tren con destino a Enoshima. El vagón estaba lleno de estudiantes que iban de viaje de fin de curso y que parloteaban como una bandada de golondrinas.

Mihara bajó en la estación de Gokurakuji. No había comprobado la dirección exacta, pero como se encontraba en un pequeño barrio en mitad de un angosto valle, pensó que, si la casa existía, la encontraría enseguida.

Entró en la comisaría de policía y se presentó ante un joven agente, al que le preguntó si en el barrio vivía alguien apellidado Yasuda.

—¿Se refiere a una mujer enferma? —preguntó el agente. El inspector Mihara se sintió extrañamente decepcionado al oír esa respuesta. Entonces, todo era verdad. Yasuda no le había mentado.

El viaje había sido en vano. Con la caja de galletas bajo el brazo, el inspector se dirigió hacia la dirección que el agente le había indicado.

Era una zona muy tranquila donde aún quedaban casas con tejados de paja. A un lado se erigían las montañas y, al otro, el mar azul asomaba entre los tejados.

9. Un paisaje de cifras

Era una casa alejada de la vía del tren, construida en una suave pendiente. Muchas de las viviendas del vecindario estaban rodeadas de cercas de bambú o de cedro. La esposa de Yasuda vivía en una pequeña casa de una sola planta cercada por una tupida hilera de cedros y arbustos. Parecía el lugar ideal para dar cobijo a una mujer enferma.

El mar azul asomaba entre casa y casa.

Mihara pulsó el timbre, que resonó en el interior de la vivienda, e intentó controlar la respiración. Era consciente de que se enfrentaba a una visita difícil.

Una criada de unos sesenta años le abrió la puerta.

—Me llamo Mihara y vengo de Tokio, soy un conocido del señor Yasuda. Estaba de paso y he pensado en visitar a su esposa.

La mujer escuchó la presentación de Mihara con una postura respetuosa, ligeramente inclinada hacia delante. A continuación, desapareció en el interior para anunciar su visita.

—Pase, por favor —le pidió, con una ligera reverencia, cuando volvió a aparecer.

La sirvienta lo acompañó hasta una gran habitación situada al fondo de la casa. Los rayos del sol, que irrumpían a través de la puerta de cristal orientada al sur, bañaban la mitad de la estancia donde se encontraba la cama, reluciente bajo la luz de aquella incipiente primavera.

Una mujer de rostro pálido estaba medio incorporada en la cama, esperando su visita. La sirvienta le cubrió los hombros con una bata negra con lunares rojos que realzó su presencia y la envolvió en una extraña luminosidad. Era una mujer joven de unos treinta y dos o treinta y tres años. Llevaba el pelo recogido en una coleta floja y tenía un rostro estrecho que parecía haberse maquillado a toda prisa para recibir aquella inesperada visita.

—Encantado de conocerla —le dijo el inspector—. Siento haber aparecido sin previo aviso. Me llamo Mihara, he tenido el honor de conocer al señor Yasuda en Tokio. Le pido disculpas, sé que no es muy elegante decir que vengo

a verla porque estaba de paso —se disculpó Mihara, evitando en todo momento sacar su tarjeta de visita con el membrete de la policía de Tokio.

—Al contrario, es un placer recibir su visita. Soy la mujer de Yasuda. Mi marido le agradecerá mucho que haya venido a verme.

Era una mujer muy hermosa. Sus ojos eran grandes y su nariz, recta y fina. Tenía el mentón anguloso, pero no tenía la cara demacrada ni enfermiza. Su ancha frente, su palidez y su delgadez le daban un aspecto de mujer inteligente.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Mihara, intentando disimular su culpabilidad.

—Gracias por preguntarlo. Es una larga enfermedad, no tengo esperanzas de recuperarme pronto —contestó ella, esbozando una triste sonrisa.

—¡Cuánto lo siento! De todas formas, ahora empieza el buen tiempo. Supongo que eso la ayudará a recuperar el ánimo. Este invierno ha sido muy frío.

—En esta zona —empezó la esposa de Yasuda, mirando con los ojos entrecerrados el sol que entraba por la ventana—, los inviernos son cálidos, la temperatura siempre está unos tres grados por encima de la de Tokio, pero este invierno ha sido gélido. Afortunadamente, el tiempo ya ha empezado a mejorar. —A continuación, levantó la vista y miró a Mihara. Tenía unas pupilas bonitas y luminosas, y parecía consciente del efecto que su mirada producía en los demás —. Disculpe, ¿ha dicho que mi marido había colaborado con usted?

—Más o menos —admitió vagamente Mihara. Se sentía tan culpable que se hizo el firme propósito de pedirle disculpas a Yasuda.

—Ah. Entonces, ¿es usted quien ha colaborado con él?

—No, más bien al revés. —Mihara tenía la frente perlada de sudor—. ¿El señor Yasuda viene a visitarla a menudo? —le preguntó, cambiando de tema ágilmente.

—Es un hombre muy ocupado, pero viene a verme una vez a la semana —respondió ella, con una apacible sonrisa. Su respuesta coincidía con todo lo que el empresario le había contado.

—Es bueno que tenga trabajo, aunque para usted es una lástima que no pueda venir más a menudo —dijo Mihara, observando discretamente la habitación mientras hablaba. Al lado del altar doméstico había unos cuantos libros amontonados. Debía de aburrirse mucho, encerrada en casa todo el día. Unas revistas de literatura coronaban la montaña de libros. A Mihara le sorprendió un poco que no fueran revistas ligeras. Encima de otra columna de

libros, había algunas novelas extranjeras y, justo debajo, una especie de revista del mismo grosor pero un poco más pequeña. La portada quedaba oculta bajo el libro que había encima y Mihara no pudo leer el título.

La sirvienta apareció con el té. Mihara pensó que había llegado la hora de irse e hizo ademán de levantarse.

—Le ruego de nuevo que disculpe mi grosera intromisión. Espero que se recupere pronto.

La esposa de Yasuda levantó la cabeza y le dirigió su brillante mirada, clara y transparente.

—No se disculpe, por favor. Le agradezco que haya venido a verme.

Cuando Mihara le dio la caja de galletas, ella le dedicó una amable reverencia de agradecimiento. Entonces fue cuando él se percató de la extrema delgadez de sus hombros.

La sirvienta lo acompañó a la entrada.

—¿Quién es el médico que la visita? —le preguntó Mihara mientras se ponía los zapatos, simulando indiferencia.

—El doctor Hasegawa. Tiene el consultorio frente a la estatua del Gran Buda —contestó ella sin vacilar, dando muestras de su buena fe.

Mihara cogió el tren de Enoshima y bajó frente a la estatua del Gran Buda. El lugar, como de costumbre, estaba lleno de niños de primaria que avanzaban alborotando en grandes grupos.

Enseguida vio la clínica Hasegawa, donde se presentó con su tarjeta de visita oficial.

El director era un hombre corpulento, de cara roja y pelo canoso muy bien peinado. Dejó la tarjeta de Mihara encima de la mesa y lo invitó a entrar.

—Me gustaría preguntarle por la enfermedad de la esposa del señor Yasuda —anunció Mihara. El hombre deslizó la mirada por su tarjeta de visita y luego volvió a depositarla en el rostro del inspector.

—¿Se trata de una investigación oficial?

—Sí, eso me temo.

—¿La información que necesita viola el secreto profesional? —inquirió entonces.

—No, en absoluto. Solo quiero conocer el estado de salud de la señora Yasuda. Me basta con una explicación superficial, sin entrar en detalles —aclaró Mihara.

El director asintió y le pidió a la enfermera que le trajera el historial clínico

de la paciente.

—Padece tuberculosis pulmonar. Erradicar el germen que causa esta enfermedad es muy difícil y muy lento. La señora Yasuda lleva tres años enferma y, para serle sincero, hay pocas probabilidades de que se recupere por completo. Su marido ya lo sabe. Lo único que podemos hacer es controlar el avance de la enfermedad inyectándole un nuevo medicamento —le explicó el médico.

—¿No puede levantarse de la cama?

—Sí, se levanta de vez en cuando, pero se cansa mucho.

—Pero no puede salir a la calle, ¿verdad? —insistió Mihara.

—Puede dar paseos y hacer alguna salida. Se ve que tiene parientes en Yugawara con los que pasa un par de noches de vez en cuando, pero no puede hacer gran cosa más —le explicó el médico.

—¿Y usted la visita a diario?

—No hace falta, porque está estable y no sufre cambios repentinos. Suelo visitarla los martes y los viernes. A veces también voy los domingos por la tarde. —Al ver que Mihara ponía cara de extrañeza, el director de la clínica se apresuró a sonreír—. Esa mujer tiene una gran afición por la literatura. Tengo muchos pacientes que escriben poemas breves, *haikus* o *tankas*, pero ella lee muchas novelas e incluso escribe pequeños relatos. —Mientras lo escuchaba, Mihara recordó las revistas de literatura y las novelas extranjeras que había visto en la habitación de la esposa de Yasuda—. La verdad es que a mí también me gusta la literatura. Soy amigo del escritor Masao Kume. En Kamakura viven muchos escritores, pero yo solo me relaciono con él. Me da un poco de vergüenza, ¡a mi edad! Es mi gran pasión. El viejo Kume y yo nos reunimos como amigos y escribimos ensayos y poemas que luego publicamos en una revista. Es como cuidar de un bonsái. La señora Yasuda es tan aficionada a la literatura como nosotros, por eso voy a visitarla algún domingo y charlamos un rato. Ella se divierte mucho. Hace unos seis meses, me dio el manuscrito de un relato que había escrito.

El médico hablaba de su pasión con gran entusiasmo. Le preguntó si quería ver la revista que había publicado el relato de la señora Yasuda y Mihara le pidió que se la enseñara.

—Aquí está.

La revista se titulaba *Nanrin* y apenas tenía treinta páginas. Mihara consultó el índice y la abrió. El relato se titulaba *Un paisaje de cifras* y la autora era

Ryoko Yasuda. Así fue como Mihara averiguó el nombre de pila de aquella mujer. A continuación, empezó a leer el escrito publicado bajo aquel enigmático título:

Cuando llevo mucho rato en la cama, me apetece leer. Sin embargo, últimamente todas las novelas me resultan pesadas. Cuando llevo más de la mitad, pierdo el interés y acabo cerrándola. Un día, mi marido olvidó la guía de horarios de los trenes. La cogí y la hojeé para matar el aburrimiento. Viajar no significa nada para mí porque apenas puedo levantarme de la cama, pero aquella guía me pareció extrañamente interesante, mucho más que cualquier novela de poca monta. Mi marido viaja mucho por trabajo y suele comprar guías de horarios. Tiene la costumbre de consultarlas a menudo con una finalidad puramente práctica, pero, para mí, que me paso el día encerrada en casa, tienen una utilidad mucho más interesante.

Leo los nombres de todas las estaciones de Japón que aparecen en la guía y visualizo los paisajes que corresponden a cada una de ellas. Las líneas de cercanías me sirven para dar rienda suelta a mi imaginación. Toyotsu, Saigawa, Sakiyama, Yusubaru, Magarikane, Ita y Gotoji son estaciones que pertenecen a pueblos de Kyushu, mientras que Shinjo, Masukata, Tuya, Furukuchi, Takaya, Karikawa y Amarume corresponden a una línea secundaria de Tohoku, al norte. El nombre de Yusubara me recuerda un pueblecito anclado en mitad de un valle de exuberante vegetación típicamente meridional, mientras que Amarume me trae imágenes de una ciudad del noreste situada en una región árida y cubierta de un cielo plomizo. Ante mis ojos aparecen las formas de las montañas que rodean estos pueblos y ciudades, veo las casas e incluso la gente que camina por las calles. El monje budista Kenko Yoshida, en su colección *Ensayos ociosos*, escribió: «Tengo la sensación de poder adivinar el aspecto de una persona escuchando solo su nombre». A mí me pasa lo mismo. Cuando no tengo nada que hacer, me distraigo abriendo la guía de horarios por una página al azar y paseo por Sanin, Shikoku y Hokuriku.

A continuación, mi imaginación se traslada del espacio al tiempo. Consulto el reloj y resulta que son, por ejemplo, las 13:36 del mediodía. Entonces hojeo la guía en busca de una estación que tenga una llegada programada a las 13:36 y descubro que, a esa hora, el convoy 122 de la línea

de Echigo llega a la estación de Sekiya. A la misma hora, los pasajeros bajan del convoy 139 de Akune, la línea principal de Kagoshima, y el convoy 815 llega a Hidamiyata. La línea Sanyo de Fuku, la línea Iida de Shinshu, la línea Joban de Kusano, la línea Ou de Higashinoshiro y la línea principal de Kansai, llamada Oji. Todos los trenes entran en las estaciones y se detienen en sus andenes correspondientes.

Durante el breve instante en el que mi flaco dedo recorre los horarios desde la cama, varios trenes se detienen al mismo tiempo en distintos lugares del país y multitudes de gente suben y bajan para continuar con sus vidas. Entonces cierro los ojos y visualizo la escena. Siguiendo el mismo método, también me entretengo buscando en qué estaciones se cruzan los trenes de cada línea. Es muy divertido. En algunas franjas horarias el cruce de trenes es inevitable. En cambio, el cruce en el espacio de los pasajeros es accidental. En estos instantes, puedo imaginar sin límites las vidas de las personas que van y vienen de los distintos lugares. Me interesa mucho más ejercitar mi propia imaginación que leer una novela fruto de la imaginación de otra persona. Es una distracción solitaria, un sueño en suspensión.

Últimamente, esta guía de horarios llena de cifras y de nombres se ha convertido en mi lectura favorita.

—Es una distracción curiosa, ¿verdad? —comentó el médico cuando Mihara terminó de leer. Cuando sonreía, sus ojos se convertían en dos estrechas líneas —. Parece mentira las cosas que se le ocurren a una persona postrada en la cama.

—Ya lo creo —convino Mihara en un tono indiferente, devolviéndole la revista. Por un instante había olvidado la presencia del médico y no podía pensar en nada más que en la frase con la que Ryoko Yasuda empezaba su escrito: «Mi marido viaja mucho por trabajo y suele comprar guías de horarios. Tiene la costumbre de consultarlas a menudo».

Cuando Mihara regresó a la comisaría, habían dado las ocho de la noche. El comisario ya se había ido.

Encontró un telegrama sujeto bajo el tintero de su mesa. «Ha llegado antes de lo que esperaba», pensó Mihara. Lo abrió inmediatamente, antes de sentarse. Tal y como sospechaba, era la respuesta al telegrama que había enviado a la

comisaría central de Hokkaido, en Sapporo: «Según el señor Kawanishi de la compañía Futaba, el 21 de enero fue a recoger al señor Yasuda en la estación de Sapporo. Los días 21, 22 y 23, Yasuda se hospedó en el Maruso».

Mihara se sentó en su silla, vagamente decepcionado a pesar de que no esperaba recibir otra respuesta.

«Un tal Kawanishi, representante de la compañía Futaba, fue a recoger a Yasuda a la estación el 21 de enero. Los días siguientes, Yasuda se alojó en el hotel Maruso. Coincide con todo lo que él mismo me contó.»

Mihara encendió un cigarrillo y empezó a fumar. Estaba solo. Se encontraba en el ambiente ideal para reflexionar.

De aquel telegrama se desprendía lo que ya sospechaba. Se equivocó al pensar que Yasuda podía haberle mentado. Era demasiado astuto como para haberle contado una mentira que se pudiera descubrir fácilmente. Así pues, Yasuda llegó a Hokkaido el 21 de enero. Sayama y Toki se suicidaron en Kyushu la noche del 20 y sus cadáveres fueron descubiertos a la mañana del día siguiente, mientras Yasuda estaba, sin lugar a dudas, a bordo del tren rápido *Towada* rumbo a Hokkaido. De no ser así, no se habría encontrado con su contacto en Sapporo, que lo estaba esperando en la estación.

Sin embargo, Mihara no descartaba la teoría de que Yasuda hubiera llegado a la estación de Tokio en el momento oportuno para que, durante un breve intervalo de cuatro minutos, dos testigos pudieran ver a Sayama y a Toki subiendo al tren. El inspector aún no sabía por qué. Tampoco entendía por qué durante dos días —desde el 20, la noche del suicidio, hasta la mañana del 21, cuando aparecieron los cadáveres— los movimientos de Yasuda parecían vinculados a Kyushu. Mihara era consciente de que se aferraba a aquella intuición porque deseaba que fuera realidad. Sin embargo, Yasuda no estaba en Kyushu sino en el extremo opuesto del país. En vez de ir al sur, ¡había ido al norte!

«Un momento. Es un poco extraño que viajara precisamente en la dirección opuesta.»

Mihara encendió el segundo cigarrillo. Del mismo modo que el intervalo de cuatro minutos olía a estratagema, su intuición le decía que Yasuda había escogido deliberadamente la dirección contraria.

Entonces tuvo una idea. Abrió un cajón y sacó la carpeta que contenía la documentación del caso Sayama que el inspector Torigai de la comisaría de Fukuoka había tenido la amabilidad de proporcionarle. Por primera vez después

de una buena temporada, recordó las mejillas hundidas y las arrugas que surcaban los ojos de Jutaro Torigai.

Tal y como constaba en el informe de las autopsias, el suicidio de Sayama y de Toki, que murieron envenenados por ingestión de cianuro potásico, se había producido el día 20 de enero entre las diez y las once de la noche.

Mihara consultó la guía de horarios que había en la comisaría. A aquella hora, el expreso *Towada* circulaba por la línea Joban a la altura de Nakoso, un lugar célebre por sus ruinas históricas, dejaba atrás Taira y pasaba por Hisa-nohama y Hirono.

A continuación, Mihara comprobó que a las seis de la mañana del día 21, cuando aparecieron los dos cadáveres, el tren acababa de salir de la estación de Ichinohe, en la prefectura de Iwate. Si Yasuda viajaba en ese tren, no pudo coincidir con lo ocurrido en la playa de Kashii, ni temporal ni espacialmente.

Sumido en estas reflexiones, Mihara se dio cuenta de que su forma de consultar la guía de horarios se parecía mucho a la que utilizaba la esposa de Yasuda y no pudo evitar sonreír.

La mujer había escrito que su marido consultaba la guía con frecuencia. Eso significaba, por extensión, que conocía muy bien los horarios de los trenes.

«Resulta sospechoso. ¿Podría haber utilizado los horarios como coartada?»

Era extraño hablar de coartadas, puesto que Yasuda había demostrado que aquellos días no había estado en Tokio y que, por tanto, tampoco había ido a Kyushu.

Mihara volvió a desplegar el telegrama de respuesta que había recibido. Cuando terminó de releerlo, sus dedos empezaron a jugar con la punta de la hoja. No tenía motivos para desconfiar del telegrama. No cabía duda de que los hechos habían ocurrido de aquella forma. Aun así, se sentía como si estuviera viendo la construcción de un edificio desde la calle y hubiera vicios ocultos detrás de la fachada.

«Tendré que ir a Hokkaido.»

Para descubrir qué vicios ocultos se escondían tras el edificio en construcción, tendría que tantear todas las paredes, una por una, y escuchar atentamente su reacción.

A la mañana siguiente, Mihara esperó al comisario Kasai frente a su despacho.

—Ayer recibí la respuesta de Sapporo —le anunció mientras le enseñaba el telegrama. El comisario lo leyó atentamente.

—Así que Yasuda dijo la verdad —concluyó, levantando la vista hacia Mihara.

—Sí.

—Cuéntame —lo alentó entonces, sospechaba que Mihara tenía algo que decir.

—Ayer fui a Kamakura. Usted había salido un momento.

—Sí, vi tu nota al regresar.

—Visité a la mujer de Yasuda para comprobar la versión de su marido. Tal y como me había dicho, su esposa padece una enfermedad pulmonar y está en la cama.

—Entonces, todo lo que te contó Yasuda era verdad.

—En principio, sí, pero hay algo curioso.

Mihara le explicó al comisario que el médico le había dejado leer el escrito de la esposa de Yasuda, en el que ella misma insinuaba que su marido conocía muy bien los horarios de las líneas ferroviarias.

—Tienes razón, es curioso —admitió el comisario, entrelazando las manos encima de la mesa—. Eso explicaría el hecho de que Yasuda descubriera ese intervalo de cuatro minutos en la estación de Tokio.

—Yo opino lo mismo —dijo Mihara, un poco más animado ante el apoyo de su superior—. Tengo el presentimiento de que la estratagema de Yasuda para crear testigos significa que tuvo algo que ver con el suicidio de Sayama. Es una mera intuición, todavía no veo nada claro, pero estoy seguro de que algo encontraré.

Mihara quería decir que sospechaba que el doble suicidio, en realidad, podría haber sido un crimen.

—Estoy de acuerdo —dijo enseguida el comisario.

—El caso es que quisiera pedirle permiso para ir a Hokkaido. No creo que Yasuda estuviera viajando hacia el norte el día del suicidio. Sé que la información que recibí de la policía de Sapporo es cierta, pero sospecho que puede tratarse de una especie de artimaña de Yasuda. Cuando descubra la verdad, sabré también por qué Yasuda tenía la necesidad de que dos testigos vieran a Sayama y a Toki en la estación.

El comisario desvió la mirada y estuvo reflexionando unos instantes antes de responder.

—Bien. Ya que hemos llegado hasta aquí, seguiremos hasta el final. Hablaré con mi superior —dijo de repente, con una expresión sombría. Mihara no pudo

evitar preocuparse.

—¿Cree que se opondrá a la investigación?

—No, no creo que se oponga —respondió Kasai—. El problema es que le parece absurdo seguir investigando un doble suicidio, por eso se muestra un poco reacio, pero no te preocupes, haré lo que pueda para convencerlo.

El comisario Kasai sonrió para tranquilizar a Mihara.

10. El testigo de Hokkaido

Al día siguiente, por la tarde, Mihara cogió el tren rápido *Towada* que salía de la estación de Ueno. Era el mismo en el que había viajado Yasuda. Eligió el *Towada* porque era la forma más cómoda y rápida de llegar a Hokkaido, pero también porque quería reproducir fielmente los pasos del empresario.

Pasado Taira, empezó a adormilarse, pero la pareja que ocupaba los asientos de enfrente charlaba ruidosamente con un marcado acento del norte y no pudo descansar como habría deseado. Aun así, alrededor de las once lo invadió el cansancio acumulado durante toda la jornada y el sueño lo venció poco a poco. A la altura de Sendai, se despertó por las irregularidades del trazado ferroviario, pero no recordaba nada más hasta que el tren llegó a Asamushi.

El mar resplandecía bajo el cielo blanco lechoso del alba. En el vagón, todo el mundo empezaba a prepararse para descender.

Entró un revisor que se quedó de pie en la puerta y saludó a los pasajeros deseándoles los buenos días.

—Pronto llegaremos a la estación de Aomori, el final de nuestro trayecto. Gracias por haber realizado con nosotros este largo viaje. Rogamos a los pasajeros que se dirijan a Hakodate en el *ferry* de Seikan que se inscriban en la lista de pasajeros mediante los formularios que les facilitaremos a continuación.

El revisor empezó a repartir los formularios entre los pasajeros que levantaban la mano para pedirselos. Mihara también pidió uno. Era la primera vez que viajaba a Hokkaido. El formulario tenía una única hoja, pero había que escribir la misma información en dos columnas diferentes. Mihara lo entregó a la salida de la estación.

El tren llegó a Aomori a las 9:09. A pesar de que todavía faltaban 41 minutos para que saliera el *ferry*, los pasajeros se enzarzaron en una especie de carrera enloquecida a lo largo del embarcadero para ocupar los mejores asientos. Mihara se llevó varios empujones.

El *ferry* llegó a Hakodate a las 14:20. El tren rápido *Marimo* salía media hora más tarde. Los enlaces se sucedían en cadena, uno tras otro.

A pesar de que el paisaje de Hokkaido era nuevo para Mihara, el viaje en tren de cinco horas y media lo dejó agotado. De noche, cuando llegó a la estación de Sapporo, estaba exhausto. Supuso que Yasuda habría viajado desde Ueno en un confortable coche cama de primera clase. El inspector, sin embargo, tenía un presupuesto muy ajustado para viajar y no podía permitirse grandes lujos. El trasero le dolía como nunca.

Se alojó en la pensión más barata que encontró cerca de la estación. Hospedarse en el hotel Maruso le habría resultado muy conveniente para poder investigar a Yasuda y matar así dos pájaros de un tiro, pero tuvo que adaptarse al presupuesto del que disponía.

Aquella noche, empezó a llover. Mihara estaba demasiado cansado para pensar en nada más que no fuera dormir y concilió el sueño mientras la lluvia repiqueteaba en la ventana.

A la mañana siguiente, se despertó sobresaltado. Eran más de las diez. La lluvia de la víspera había desaparecido y el sol iluminaba el tatami. Hacía un poco de frío y Mihara recordó que se encontraba en el extremo norte de Japón.

Después de desayunar, se dirigió a la comisaría central de Sapporo por pura cortesía. Saludó a sus compañeros y les agradeció que hubieran investigado lo que les había pedido.

—¿Hay algo que no va bien? —quiso saber el comisario, inquieto al descubrir que había venido expresamente desde Tokio. Mihara lo tranquilizó diciéndole que estaba allí por otro asunto. Añadió que le gustaría ir al hotel Maruso y le asignaron un agente para que lo guiara por la ciudad. Mihara aceptó porque le pareció que le sería de ayuda.

Una vez en el hotel, los trámites se desarrollaron sin complicaciones porque la policía de Sapporo ya había estado investigando el mismo asunto. La encargada salió a recibirlo y enseguida le enseñó la hoja que Tatsuo Yasuda había rellenado al inscribirse.

—Llegó a las nueve de la noche del 21 de enero. Los días 22 y 23, estuvo alojado aquí. Salía por la mañana para ir a trabajar y regresaba temprano por la noche. No observé nada raro en él, parecía una persona tranquila.

La encargada le describió su aspecto físico, que coincidía con el de Yasuda. Mihara decidió llevarse la hoja de inscripción por si la necesitaba más adelante. Cuando salió del hotel, le pidió al agente que lo acompañaba que regresara a comisaría. Prefería continuar solo.

La compañía Futaba tenía una tienda bastante grande de venta de piezas para

maquinaria en la calle principal de la ciudad. En el escaparate había unos cuantos motores expuestos.

Kawanishi era un hombre calvo de unos cincuenta años. Se presentó como el director comercial. Al leer la tarjeta de visita de Mihara, abrió los ojos como platos.

—El otro día también vino a verme un inspector de la comisaría central de Sapporo para preguntarme si había ido a recoger al señor Yasuda a la estación. ¿Acaso ha cometido algún delito? —inquirió Kawanishi, que parecía muy sorprendido.

—No, no tiene nada que ver con eso. Estoy investigando otro asunto, no se preocupe. ¿Lleva mucho tiempo haciendo negocios con el señor Yasuda? —le preguntó Mihara, sin inmutarse.

—Unos cinco o seis años. Es un hombre honrado que merece toda mi confianza —declaró Kawanishi. Mihara asintió varias veces para tranquilizar a su interlocutor.

—Cuando el señor Yasuda llegó a Sapporo el día 21 de enero, ¿fue a recogerlo a la estación?

Mihara acababa de formular la pregunta clave que lo había hecho viajar hasta tan lejos.

—Sí. Recibí un telegrama en el que me dijo que llegaría el día 21 en el tren rápido *Marimo* y me pedía que lo esperase en el vestíbulo de la estación. Por desgracia, no conservo el telegrama —repuso Kawanishi.

—¿Tiene por costumbre recoger al señor Yasuda en la estación? —le preguntó Mihara.

—No, la verdad es que no voy nunca. Lo hice porque era de noche, la tienda ya estaba cerrada y él me dijo que teníamos que tratar un asunto urgente.

—Entendido. Cuando el señor Yasuda llegó en el *Marimo*, ¿se reunió con usted inmediatamente? —inquirió el inspector. Kawanishi reflexionó unos instantes.

—Pues, ahora que lo dice, no apareció enseguida. El tren llegó a las 20:34. A través del cristal del vestíbulo, vi cómo los pasajeros salían de la estación y se dispersaban en la plaza de enfrente. Recuerdo que pensé que el señor Yasuda saldría enseguida, pero se demoró unos diez minutos.

Aquellos diez minutos de retraso no significaban nada. Era evidente que Yasuda, tal y como él mismo afirmaba, había llegado en el tren rápido *Marimo*. Mihara estaba alicaído. Había previsto un resultado semejante, pero aún

conservaba recelos y había querido asegurarse de que el hombre que había llegado a Sapporo era, en efecto, Tatsuo Yasuda.

Yasuda había llegado a Sapporo en el tren de las 20:34 del 21 de enero. Durante su estancia, se había alojado en el hotel Maruso. Los hechos eran irrefutables. A Mihara le pareció que se encontraba frente a un sólido muro de piedra.

Todos sus esfuerzos habían sido en vano. ¿Cómo se lo explicaría al comisario Kasai, que lo había apoyado en todo momento? Su superior se había mostrado reacio a continuar con la investigación y había sido precisamente Kasai quien lo había convencido. Mihara no podía evitar sentirse responsable.

Al ver la sombría expresión del inspector, Kawanishi le dijo en voz baja, vacilando:

—Ha dicho que se llamaba Mihara, ¿verdad? Verá, inspector Mihara, ya que ha venido expresamente desde Tokio, le explicaré una cosa que me llamó la atención, aunque al señor Yasuda le importaría mucho saber que voy a decírselo. Es un simple detalle, no quiero que le otorgue demasiada importancia.

—De acuerdo. ¿De qué se trata? —quiso saber Mihara, mirando fijamente a Kawanishi.

—El señor Yasuda me dijo que quería reunirse conmigo para tratar un asunto urgente, por eso me telegrafió pidiéndome que fuera a la estación, pero al final resultó que no había ninguna urgencia.

—¿De veras? —dijo Mihara, engullendo saliva ruidosamente.

—Así es. Al día siguiente, el señor Yasuda vino a verme a la tienda y estuvimos discutiendo el asunto sin prisas, por eso me extrañó que me hubiera convocado en la estación.

Una súbita grieta resquebrajó el muro de piedra que se había erigido frente a Mihara y el corazón le dio un vuelco, aunque procuró ocultar sus emociones. Interrogó a Kawanishi con una actitud reposada y le hizo repetir otra vez lo mismo.

¿Por qué Tatsuo Yasuda había citado a Kawanishi en la estación si no tenía ningún asunto urgente que tratar con él?

«Yasuda necesitaba un testigo que confirmara que el 21 de enero había llegado a la estación de Sapporo en el *Marimo* y escogió a Kawanishi.»

Tenía que ser eso. Esa era la única explicación plausible. Del mismo modo que había utilizado a dos chicas para convertirlas en testigos de lo ocurrido en la estación de Tokio, en aquella ocasión había utilizado a Kawanishi. Ambas

estrategias coincidían.

Suponiendo que todo formara parte de un plan, Yasuda quería demostrar que había hecho algo que no había hecho. Eso significaba que, en realidad, no había llegado a la estación de Sapporo en el *Marimo*.

Entonces Mihara se percató de una cosa importante. Intentó reprimirse, pero los ojos le brillaban.

—Señor Kawanishi, el señor Yasuda se reunió con usted en el vestíbulo de la estación, ¿no es así?

—En efecto.

Kawanishi observaba angustiada el efecto que sus palabras habían producido en el inspector.

—Por tanto, no lo esperó en el andén.

—No. El señor Yasuda me pidió explícitamente que nos reuniéramos en el vestíbulo.

—Eso significa —insistió Mihara, para asegurarse de que estaba en lo cierto— que usted no vio al señor Yasuda bajando del tren.

—No, pero...

El «pero» de Kawanishi significaba que, como Tatsuo Yasuda se había reunido con él en la estación, le parecía imposible que no hubiera llegado en ese tren.

Mihara salió de la tienda. Ni siquiera recordaba cómo se había despedido de Kawanishi, ni el momento en el que se había levantado de la silla. Se adentró en la ciudad de Sapporo, donde no había estado nunca. Las altas acacias bordeaban las anchas calles. Mihara, sin embargo, caminaba con una única idea fija en su mente, sin reparar en el paisaje urbano que lo rodeaba.

Yasuda le había mentado. Simuló que viajaría a Sapporo en el tren rápido *Marimo* y, a la hora de llegada prevista, se reunió en el vestíbulo de la estación con Kawanishi, al que había avisado previamente por telegrama. El objetivo era encontrarse en la estación. Eso mismo decía la respuesta que había recibido de la comisaría de Sapporo: «Fue a recogerlo en la estación». La respuesta parecía indicar que Kawanishi se había reunido con un pasajero del tren. Yasuda se había aprovechado de aquella falsa deducción.

En la estación de Tokio, había utilizado a las dos camareras del Koyuki para convertirlas en testigos. En Hokkaido, había utilizado a Kawanishi.

«Voy a desenmascarar a Yasuda.»

Mihara sacó su libreta y consultó las notas que había escrito. Yasuda había

declarado lo siguiente: «Salida de Ueno el día 20 en el *Towada*. Llegada a Aomori el 21 por la mañana. Salida a las 9:50 en el *ferry* de Seikan y llegada a Hakodate a las 14:20. Salida en el tren rápido *Marimo* y llegada a Sapporo a las 20:34».

Al ver sus propias notas, Mihara contuvo el aliento.

«¿Cómo es posible que no me hubiera dado cuenta hasta ahora?»

Todos los pasajeros que cogían el *ferry* de Seikan debían rellenar el formulario para inscribirse en la lista de pasajeros. Solo tenía que consultar esa lista para desmontar definitivamente la coartada de Yasuda.

Si, por el contrario, era cierto que Yasuda había subido al *ferry*, su nombre aparecería en la lista de pasajeros.

La excitación de Mihara pronto derivó en inquietud. Había pasado más de un mes desde el 21 de enero y no sabía si la compañía aún conservaría las listas de pasajeros de ese día. En caso de que las hubieran destruido, su único hilo de esperanza se rompería definitivamente.

Dispuesto a averiguarlo, el inspector se precipitó hacia la estación de Sapporo.

Entró en la oficina de seguridad ferroviaria, se identificó y preguntó cuánto tiempo conservaban las listas de pasajeros.

—¿Las del *ferry* de Seikan? —reflexionó, rascándose la cabeza, un hombre de mediana edad que resultó ser el jefe de seguridad—. Las conservamos durante seis meses.

¡Seis meses! Era tiempo suficiente. Mihara exhaló un suspiro de alivio.

—Supongo que las listas se guardan en la estación de Aomori, ¿no es así?

—¿El *ferry* zarpó de Aomori?

—Sí.

—No tiene por qué ir hasta allí, en la estación de Hakodate también guardan una copia. —Mihara hizo una mueca de extrañeza y el jefe de seguridad añadió—: Los pasajeros deben anotar su nombre y dirección en las dos columnas del formulario. Una vez en la estación, la hoja se divide en dos. Una copia se guarda en la estación de partida, mientras que la otra es para el capitán del *ferry*, que la entrega en la estación de destino, por eso le digo que en Hakodate conservan una copia de todas las listas. —Mihara recordó que él mismo había tenido que inscribir sus datos por duplicado—. ¿Qué día es el que desea consultar? —

preguntó el jefe de seguridad.

—El 21 de enero. Quisiera ver la lista de pasajeros del *ferry* que llegó a Hakodate a las 14:20.

—Es el *ferry* número 17. ¿Quiere que llame por teléfono a Hakodate y les comunique el motivo de su visita? Puedo pedirles que preparen la lista que necesita consultar.

—Pues sí, se lo agradecería mucho.

Mihara salió de la oficina de seguridad ferroviaria después de haber pedido que alguien lo esperase en la estación de Hakodate a primera hora de la mañana del día siguiente, puesto que viajaría en el tren nocturno.

El tren salía a las diez de la noche, de modo que aún faltaban ocho horas. Estaba impaciente por conocer el resultado de sus pesquisas. Ardía en deseos de consultar la lista de pasajeros cuanto antes. Sin embargo, sumando el tiempo que faltaba para subir al tren y la duración del trayecto, dieciséis largas horas se interponían entre él y su objetivo.

Sin saber qué hacer con las ocho horas que le sobraban antes de coger el tren, Mihara decidió dar una vuelta por la ciudad de Sapporo. Aun así, la ansiedad apenas le permitía reparar en el paisaje de su alrededor.

Al fin empezó a anochecer.

Pronto hubieron pasado las dieciséis horas de impaciencia y de sueño. El tiempo había transcurrido con una lentitud exasperante.

Cuando el tren llegó a la estación de Hakodate, eran poco más de las seis de la mañana y soplaba un viento gélido.

Mihara esperó al encargado durante dos largas horas que no hicieron más que acrecentar su ansiedad. El encargado era un hombre joven.

—Ayer me llamaron por teléfono para avisarme y ya tengo preparado lo que necesita —dijo cuando Mihara le expuso el motivo de su visita—. El *ferry* número 17 del 21 de enero, ¿no es así? —Acto seguido, desató un fajo de listas que guardaba atadas con un cordel—. Están clasificadas en primera y segunda clase, ¿cuáles quiere consultar? —le preguntó.

—Supongo que las de primera, pero también podría haber viajado en segunda —le explicó Mihara. El fajo de segunda clase era mucho más voluminoso y habría tardado más tiempo en revisar los datos de todos los pasajeros.

—En primera clase solo hay esto —le dijo el encargado, señalándole un fajo que debía de contener una treintena de formularios.

Mihara empezó a buscar por uno de los extremos. «El nombre de Tatsuo Yasuda no estará, es imposible que esté», repetía para sus adentros, como una letanía, mientras buscaba. Cuando llevaba doce o trece hojas, algo le llamó la atención y sus ojos se detuvieron en un nombre: «Yoshio Ishida, funcionario, 50 años, Tokio».

Mihara sabía que Yoshio Ishida era el director de la sección X del ministerio X donde trabajaba Sayama. En realidad, su departamento estaba en el núcleo de la trama de corrupción que estaba investigando la Policía Metropolitana de Tokio.

«¿El director Ishida cogió el *ferry* en dirección a Hokkaido?», reflexionó. Un mal presentimiento se cernió sobre él.

Mihara siguió revisando minuciosamente las fichas de pasajeros. Cuando llegó a la quinta, no pudo evitar soltar una exclamación.

¡Estaba ahí!

«Tatsuo Yasuda. Empresario. 42 años. Tokio.»

Mihara se quedó mirando aquel nombre con los ojos desorbitados, sin dar crédito a lo que veía. Era imposible. Sin embargo, los caracteres estaban expuestos ante sus ojos, indiferentes a su reacción.

Mihara empezó a jadear. Con dedos temblorosos, sacó de su cartera la hoja que Yasuda había rellenado al inscribirse en el hotel Maruso y comparó la letra. Coincidió al detalle, como si se estuviera burlando de él.

Tatsuo Yasuda había viajado en el *ferry* de Seikan.

Mihara empalideció.

Una vez demostrado que Yasuda había viajado en el *ferry*, no quedaba ninguna duda de que también habría subido al tren rápido *Marimo*, el siguiente enlace para llegar a Sapporo. El empresario había dicho la verdad.

La grieta que Mihara había creído ver en el muro había sido una simple ilusión. Ante aquella realidad irrefutable, no podía más que admitir su derrota. Hundió la cabeza entre las manos y permaneció inmóvil durante unos instantes ante las listas de pasajeros.

11. Un muro infranqueable

Mihara cogió el tranvía enfrente de la comisaría de Tokio hacia el barrio de Shinjuku.

Eran más de las ocho y la hora punta ya había pasado. El tranvía estaba vacío. Mihara se sentó cómodamente con los brazos cruzados, dejándose mecer por el agradable vaivén.

Le gustaba mucho viajar en tranvía. Por extraño que pudiera parecer, a veces lo cogía sin un destino concreto. Cuando se atascaba en una de sus investigaciones y necesitaba pensar con calma, subía al tranvía y se dejaba llevar. La lentitud de la marcha y el suave vaivén le permitían sumirse en sus reflexiones. Se reclinaba en el asiento del tranvía, que se detenía frecuentemente y que, cada vez que arrancaba de nuevo, lo hacía con una brusca sacudida. Mihara se recluía en sí mismo y se sumergía en una nube de reflexiones.

«Si el asunto que trajo a Yasuda a Sapporo no era urgente, ¿por qué telegrafió a Kawanishi para que lo esperara en la estación? ¿Qué necesidad tenía de reunirse con él cuanto antes?», pensaba Mihara, cansado y abatido. No le molestaban las conversaciones de los demás pasajeros ni la gente que entraba y salía constantemente.

Yasuda avisó a Kawanishi porque quería que este pudiera confirmar que había llegado a la estación de Sapporo en el tren rápido *Marimo*, es decir, utilizó a Kawanishi para que respaldara su coartada.

¿Coartada? Mihara se quedó pensando en aquella palabra que flotaba en su mente. Una coartada servía para demostrar que el sospechoso no se encontraba en el escenario del crimen en el momento de los hechos. ¿De qué lugar pretendía Yasuda demostrar su ausencia?

Mihara intentó dar forma a todo aquello que, hasta entonces, solo eran ideas vagas. El único «escenario» posible era la ensenada de Kashii, en Kyushu. Yasuda quería demostrar que, la noche del suicidio, se encontraba lejos de allí.

El inspector sacó del bolsillo el horario de los ferrocarriles. Sayama y Toki habían muerto entre las diez y las once del 20 de enero. El único tren rápido que

salía a partir de las once y recorría el trayecto entre Hakata y Tokio era el *Satsuma*, que llegaba a la estación de Tokio a las 7:24 de la mañana siguiente. A las 20:44, hora en la que Yasuda apareció en la estación de Sapporo, según la versión de Kawanishi, el expreso *Satsuma* apenas acababa de salir de Kioto.

Yasuda programó el viaje a Hokkaido para demostrar que no había estado en el escenario del doble suicidio, pero ¿para qué necesitaba una coartada?

—Disculpe, señor.

El conductor del tranvía le llamó la atención. Sin darse cuenta había llegado a Shinjuku, la estación final. Mihara bajó del tranvía. Todavía desconcertado por aquella interrupción, echó a andar por una calle muy iluminada y cogió otro tranvía que se dirigía a Ogikubo.

«El viaje de Yasuda me recuerda algo», pensó tras haberse sentado de nuevo, retomando el hilo de sus meditaciones.

Se trataba de los testigos que habían estado en la estación de Tokio durante el intervalo de cuatro minutos. Hasta entonces, Mihara creyó que Yasuda solo necesitaba a las chicas del Koyuki para que vieran cómo Sayama y Toki subían juntos al tren, pero en ese instante se dio cuenta de que había otro motivo. Yasuda también quería demostrarles que él no había viajado en la misma dirección que los amantes suicidas. Ese día, Yasuda les había dicho a las dos camareras: «¡Mirad! ¿Esa (que sube al tren con un hombre) no es Toki?». Aquella forma de llamarles la atención le había servido para posicionarse como un testigo más y desvincularse por completo de lo que iba a ocurrir. Las chicas del Koyuki vieron cómo Sayama y Toki subían juntos al *Asakaze* y también vieron que Yasuda no estaba con ellos. Las dos noches siguientes, Yasuda se dejó ver en el Koyuki, como si quisiera destacar su presencia.

Los testigos de ambas estaciones no eran casuales sino imprescindibles. El mismo Yasuda había generado aquella necesidad. Tanto Kawanishi en la estación de Sapporo como las dos chicas en la estación de Tokio habían sido utilizados como testigos. Yasuda los necesitaba para demostrar que no había estado en el lugar de los hechos.

Las estrategias que Yasuda había llevado a cabo en Sapporo y en Tokio coincidían en Kashii, a las afueras de Hakata, en la isla de Kyushu. Ambos planes tenían como objetivo crear la imagen de que Yasuda no había estado allí.

En ese punto de su razonamiento, Mihara no pudo evitar reafirmarse en la convicción de que, en realidad, Tatsuo Yasuda había estado en el lugar de los hechos. Su forma premeditada de actuar significaba que la imagen que había

creado era falsa, de modo que la imagen real solo podía ser la opuesta: el 20 de enero, entre las diez y las once de la noche, Tatsuo Yasuda estaba en la playa de Kashii, en Kyushu, el lugar donde se habían suicidado Sayama y Toki. ¡E hizo algo! Hizo algo, pero Mihara aún no sabía qué. El caso es que aquel día, a aquella hora, Yasuda había estado allí. Mihara estaba convencido de que Yasuda había visto cómo Kenichi Sayama y Toki tomaban el veneno y fallecían. No solo había estado allí sino que había ido con algún propósito. Eso, por lo menos, era lo que se deducía de sus esfuerzos por intentar demostrar su coartada.

Mihara ya había formulado una hipótesis. Para que su hipótesis fuera válida, sin embargo, Yasuda tuvo que salir de Hakata en el tren rápido de las 7:24 en dirección este. El *Satsuma* llegaba a Tokio a las 20:30 y salía catorce minutos más tarde, pero a aquellas horas Yasuda ya había llegado a Hokkaido y se había reunido con Kawanishi en la estación de Sapporo. Era poco probable que Kawanishi hubiera mentido. En realidad, era inconcebible. Yasuda se registró en la recepción del hotel Maruso sobre las nueve de la noche, hora en la que el *Satsuma* bordeaba el lago Biwa a la altura de Omi. ¿Cómo se resolvía aquella contradicción entre la lógica y la realidad?

Además, estaba la lista de pasajeros del *ferry* de Seikan, una prueba irrefutable que respaldaba la versión de Yasuda y un mazazo que hacía añicos las conjeturas de Mihara.

Pero el inspector no pensaba rendirse. Albergaba una especie de ansia combativa contra Yasuda que lo empujaba a seguir adelante, una desconfianza instintiva hacia el empresario.

—Señor, ya hemos llegado.

Era el conductor del tranvía, que ya había alcanzado su destino. El vagón estaba vacío. Mihara bajó e hizo transbordo para coger otro tranvía y emprender el camino de vuelta.

«Yasuda ha ideado un plan casi perfecto. Parece una estrategia muy astuta, pero tiene que tener un punto débil. ¿Cuál es?», siguió pensando Mihara, con los ojos entrecerrados, mientras el aire que entraba por la ventana le azotaba la cara.

Cuarenta minutos más tarde, abrió los ojos de repente y fijó la vista en un cartel que se balanceaba colgado en mitad del vagón. Se trataba de un anuncio de productos cosméticos que no significaba nada para él.

Se había acordado de Yoshio Ishida, director de la sección X del ministerio X, cuyo nombre había visto por casualidad revisando las listas de pasajeros del *ferry* en la estación de Hakodate.

—Estoy al corriente de los movimientos del director Ishida —le dijo el comisario Kasai.

El hecho de que la policía interrogara abiertamente al director de una sección ministerial se habría interpretado como una provocación. El comisario opinaba que había que actuar con pies de plomo, puesto que el director Ishida se encontraba en una situación delicada por el caso de corrupción que afectaba a altos cargos de su departamento, así que la policía había tenido que investigar con la máxima discreción.

—El 20 de enero, el director Ishida hizo un viaje oficial a Hokkaido. Cogió el tren rápido *Towada*, que salía de la estación de Ueno a las 19:15, y llegó a Sapporo en el *Marimo* a las 20:34 del día siguiente. Hizo el mismo viaje que Tatsuo Yasuda.

El comisario Kasai le enseñó a Mihara un esquema con el recorrido del director Ishida. Según las notas del comisario, Ishida no había bajado del tren en Sapporo sino que había continuado hasta Kushiro, donde había visitado a las autoridades de la región.

—Le pregunté discretamente por Tatsuo Yasuda y me confirmó que habían viajado en el mismo tren hasta Sapporo. Yasuda también iba en primera clase, pero en otro vagón. Sin embargo, se saludaron algunas veces durante el viaje. Se conocen bien porque Yasuda es un proveedor importante del ministerio —terminó el comisario, resumiéndole el interrogatorio.

—Bien —dijo Mihara, abatido ante la aparición de un nuevo testigo que podía confirmar que Yasuda había viajado en tren hasta Sapporo. Además, en aquella ocasión no se trataba de un testigo expresamente creado para serlo sino de un funcionario que ostentaba un alto cargo en el ministerio y que debía de tener el viaje planeado con varios días de antelación. Su nombre salía en la lista de pasajeros del *ferry*. No cabía la menor duda.

—Oye, Mihara —dijo el comisario Kasai, poniéndose en pie al ver la evidente decepción del inspector—. ¿Qué te parece si salimos cinco minutos a dar una vuelta para aprovechar el buen tiempo?

Tal y como había dicho el comisario, el sol bañaba las calles de la capital. La intensa luz anunciaba la llegada del verano y había mucha gente paseando con el abrigo bajo el brazo.

El comisario, que caminaba delante, cruzó la calle surcada por los raíles del tranvía y se detuvo de pie junto al canal. Los muros blancos del palacio imperial

relucían bajo el sol y deslumbraban a Mihara, acostumbrado a la escasa luz de las oscuras dependencias policiales.

El comisario dio unos pasos más en dirección al canal y, cuando encontraron un banco, se sentaron. Parecían dos empleados cualesquiera que acabaran de salir de la oficina para hacer un descanso.

—Mientras estabas en Hokkaido, he investigado la relación entre Kenichi Sayama y Toki —empezó el comisario, sacando un cigarrillo y ofreciéndole otro a Mihara.

Mihara miró distraídamente a su jefe. ¿La relación entre la pareja que se había suicidado? No entendía nada. ¿Qué pretendía descubrir?

—Ya sé que no hay ninguna necesidad de husmear en la relación de una pareja que, sin duda, estaba muy unida, puesto que decidieron suicidarse juntos, pero no quería dejar ningún cabo suelto —prosiguió el comisario, como si hubiera percibido las dudas del inspector—. El caso es que, aunque nos parecieron una pareja unida, nadie conocía su relación. Las camareras del Koyuki se sorprendieron al saber que Toki se había suicidado con un tal Sayama. Las chicas de su profesión suelen tener un sexto sentido para estas cosas, pero ninguna de ellas sospechó que su compañera tuviera una relación. Sin embargo —añadió el comisario, interrumpiéndose para dar una calada a su cigarrillo, como si estuviera a punto de decir algo importante—, es cierto que Toki tenía un amante. Vivía sola en un piso pequeño, pero se ve que recibía llamadas con frecuencia. Según el conserje, la llamaba una mujer que se identificaba como Aoyama. Como se oía la música de un gramófono de fondo, el conserje pensó que debía de ser la dueña de un bar. Aun así, el conserje asegura que la mujer que llamaba no era su verdadera interlocutora y que alguien le pedía que hiciera la llamada en su nombre, puesto que cuando Toki descolgaba el teléfono era un hombre quien hablaba con ella. Después de recibir esas llamadas, Toki se vestía a toda prisa y salía de su casa. Las llamadas empezaron unos seis meses antes del suicidio. La muchacha nunca había invitado a ningún cliente del restaurante a su casa. Era muy prudente.

—¿Cree que el hombre que la llamaba era Sayama? —preguntó Mihara, ligeramente inquieto.

—Es posible. A él también lo he investigado, pero no he averiguado mucho más. Era un hombre tímido y discreto, no era de los que van contando su vida amorosa con todo lujo de detalles. Sin embargo, es evidente que mantenía una relación con Toki, puesto que se suicidaron juntos —concluyó el comisario,

hablando con una voz grave y vacía que no hizo más que acrecentar la vaga desazón que sentía Mihara—. Luego investigué en secreto las relaciones amorosas de Tatsuo Yasuda —prosiguió, levantando la mirada hacia las copas de los pinos del palacio imperial. Encima del muro de piedra se divisaba la pequeña silueta de un solitario centinela.

Mihara fijó la mirada en el comisario. Mientras él estaba en Hokkaido, una corriente invisible había empezado a girar en forma de torbellino alrededor de su jefe, que era como un granito de arena en mitad de una tormentosa investigación.

—Aquí tenemos otro misterio —musitó el comisario, ignorando la mirada de Mihara—. Una vez a la semana, Tatsuo Yasuda visita en Kamakura a su esposa enferma. Sospecho que tiene una relación con otra mujer, pero no he podido demostrarlo. De ser así, la lleva con gran habilidad y discreción. También es posible que solo sea una sospecha personal mía y que Yasuda sea un marido fiel y devoto. Por lo que he podido averiguar, están felizmente casados. —Mihara asintió. Él había sacado la misma conclusión después de haber conocido a la esposa de Yasuda en Kamakura—. El caso es que, tanto Toki como Sayama y Yasuda, suponiendo que este último tenga una amante, llevaban sus relaciones con un secretismo absoluto.

Al oír sus palabras, a Mihara le dio un vuelco el corazón. De repente, el vago presentimiento que se había expandido en su interior empezó a contraerse adoptando una forma concreta.

—Jefe —dijo Mihara, con el corazón desbocado—, ¿qué ha pasado?

—Mi superior ha mostrado un repentino interés por el caso del doble suicidio —le respondió enseguida.

Mihara sospechó que, si el comisario de sección se había interesado por el caso, era porque había recibido órdenes de más arriba.

Kasai le confirmó que estaba en lo cierto.

*

Al día siguiente, cuando Mihara llegó a la comisaría, su jefe lo hizo llamar.

—Hemos recibido una declaración del director Ishida. —El comisario Kasai apoyó los codos encima de la mesa y entrelazó los dedos de las manos. Ese era el gesto que solía hacer cuando estaba desconcertado—. No ha venido personalmente, ha enviado a un funcionario que ha dejado su tarjeta aquí.

La tarjeta de visita rezaba: «Kitaro Sasaki. Funcionario del ministerio X». Mihara le echó un vistazo y esperó a que el comisario siguiera hablando.

—Según este funcionario, Ishida fue interrogado hace unos días por su relación con Tatsuo Yasuda. Viendo que el asunto suscitaba el interés de la Policía Metropolitana, Ishida declara que el día 20 de enero partió de viaje oficial hacia Hokkaido y que Tatsuo Yasuda viajó en el mismo tren que él. No compartían vagón, pero de vez en cuando se saludaban y charlaban un rato. También dice que un tal Katsuzo Inamura, funcionario de la delegación de Hokkaido, también viajó en el mismo tren y que podemos hablar con él si necesitamos otro testigo que confirme su versión, puesto que Ishida le presentó a Yasuda pasado Otaru. Casualmente, el señor Inamura cogió el mismo tren que ellos en Hakodate y debe de acordarse de Yasuda, que fue a despedirse de ellos antes de bajar en Sapporo. Este es el resumen de la declaración.

—Parece un alegato a favor de Yasuda —observó Mihara.

—Sí, ¿verdad? Aunque también podría ser una señal de su voluntad de colaborar con la policía.

El comisario esbozó una sonrisa que a Mihara le pareció muy significativa.

—¿Qué relación tiene el director Ishida con Yasuda?

—La relación normal que puede existir entre un funcionario y uno de sus proveedores. No olvidemos que Ishida es sospechoso de formar parte de una trama corrupta. Por ahora, sin embargo, no hemos encontrado nada digno de mención. Supongo que, como Yasuda hacía negocios con el ministerio X, visitaba regularmente al director Ishida y le hacía regalos en los días señalados. Su declaración a favor de Yasuda podría ser una forma de darle las gracias. —El comisario hizo chasquear sus dedos entrelazados—. De todos modos, si Ishida dice la verdad, no tenemos nada que hacer. He enviado un telegrama a ese tal Inamura de la delegación de Hokkaido, solo por si acaso, pero su respuesta será idéntica a la de Ishida. Declarará que Yasuda viajó en el tren rápido *Marimo* el día 21 de enero.

Había aparecido un nuevo testigo dispuesto a certificar que Yasuda había cogido ese tren. Contrariado, Mihara salió del despacho de su jefe.

Era mediodía. Mihara entró en el restaurante de la comisaría, situado en la quinta planta. Era tan grande como el restaurante de un centro comercial. La luz del sol irrumpía por la ventana. Como no tenía hambre, Mihara pidió un té, bebió un sorbo y, de repente, se le ocurrió una idea. Abrió su libreta de notas y anotó lo siguiente a lápiz:

Viaje a Hokkaido de Tatsuo Yasuda.

1. Escribe de su puño y letra su nombre en la lista de pasajeros del *ferry* de Seikan número 17. En Hakodate, hace transbordo y coge el tren rápido *Marimo*.
2. Declaración del director Ishida.
3. Un funcionario de la delegación de Hokkaido conoce a Yasuda pasado Otaru.
4. Se reúne con Kawanishi en la estación de Sapporo.

Mihara se puso a reflexionar analizando las notas que había escrito.

Aquellos cuatro puntos parecían cuatro rocas superpuestas imposibles de derribar, pero Mihara necesitaba derribarlas. Es más, tenía que encontrar la forma de hacerlo.

¿Cómo se relacionaban el tren rápido *Satsuma*, que había salido de Hakata el día 21 a las 7:24 de la mañana, y el *Marimo*, que había llegado a Sapporo ese mismo día a las 20:34? Era imposible que ambas líneas estuvieran conectadas. Que fuera imposible no significaba que no existiera ningún punto de enlace, pero... a fin de cuentas, Tatsuo Yasuda había aparecido en la estación de Sapporo, en Hokkaido.

Con la cabeza entre las manos, Mihara clavó la mirada en la hoja por enésima vez. En ese preciso instante, tuvo una súbita revelación.

Inamura, el funcionario de la delegación de Hokkaido, conoció a Tatsuo Yasuda cuando el tren ya había dejado atrás la estación de Otaru. Luego Yasuda fue al vagón de Ishida para despedirse de él antes de que el tren llegara a Sapporo, pero resultaba un tanto extraño que hasta entonces no hubiera aparecido ni una sola vez.

El director Ishida y Tatsuo Yasuda viajaron en distintos vagones desde Hakodate. ¿Por qué Inamura no había coincidido con Yasuda hasta pasado Otaru, cuando el empresario empezó a aparecer de vez en cuando en el vagón donde viajaban los dos funcionarios?

Mihara sacó el horario de los ferrocarriles y comprobó que, en el tren rápido, había cinco horas de viaje entre Hakodate y Otaru. Si tan buena era la relación que Yasuda tenía con el director, ¿por qué pasarse cinco horas encerrado en su vagón sin saludarlo ni una sola vez? Y, para rizar el rizo, ¿por qué no subir en el

mismo vagón que el director Ishida y entretenerse charlando para matar el aburrimiento de aquel largo viaje? Suponiendo que hubiera decidido mantenerse al margen por pura discreción, era incomprensible que hubiera estado cinco horas sin acercarse a Ishida.

Inamura era un testigo imparcial. ¿Qué podía significar que no hubiera visto a Yasuda hasta pasado Otaru?

Entonces, una idea atravesó la mente de Mihara: «¿Y si Tatsuo Yasuda hubiera subido al tren en la estación de Otaru?».

En ese caso, sería comprensible que Inamura lo hubiera visto por primera vez pasado Otaru y tendría lógica que Yasuda hubiera viajado en otro vagón, puesto que no le interesaba que el director lo viera coger el tren a medio camino. Yasuda podría haber subido en la estación de Otaru y aparecer tranquilamente ante el director Ishida y su compañero Inamura como si hubiera cogido el tren en Hakodate, que fue lo que pensó Inamura.

Mihara volvió a divisar una tenue luz entre el denso manto de niebla que lo rodeaba y creyó vislumbrar una silueta borrosa que empezaba a cobrar forma.

Sin embargo, Yasuda no pudo haber cogido el tren en Otaru. Para que eso fuera posible, tendría que haber salido de Hakodate a tiempo para llegar a la estación de Otaru antes de que lo hiciera el *Marimo*. Teniendo en cuenta los horarios, eso era del todo imposible.

Aun así, la idea de que Yasuda hubiera subido al tren en la estación de Otaru era un gran estímulo para Mihara. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que había algo oculto, pero aún no sabía de qué se trataba. Además, ese algo se había disfrazado con una máscara de realidad para camuflarse mejor.

Al fin, Mihara cogió la taza de té, que ya se había enfriado, la apuró de un trago y salió del comedor. Bajó las escaleras como si estuviera dentro de un sueño, medio inconsciente, viendo todo lo que había a su alrededor envuelto en una especie de nebulosa.

¿Por qué Yasuda había subido al *Marimo* en la estación de Otaru? ¿Por qué precisamente en Otaru? Mihara se repetía esas preguntas para sus adentros, murmurándolas una y otra vez como en una eterna letanía.

Si hubiera subido al *Marimo* en Otaru, habría tenido que llegar antes a la estación. El tren anterior salía de Hakodate a las 11:39. Antes había dos trenes normales y el primer rápido del día, que salía a las seis de la mañana, pero cada

una de las opciones era más improbable que la anterior.

Mihara insistía en situar a Yasuda en la playa de Kashii, el escenario del doble suicidio, la noche del 20 de enero entre las diez y las once. Ya encontraría el motivo más adelante. Por ahora, tenía que centrarse en desmontar su coartada. Para eso, Yasuda habría tenido que coger el tren rápido que salía de Hakata al día siguiente, a las 7:24, en dirección a Tokio. Por más vueltas que le daba, aquello no tenía ningún sentido.

«A menos que tenga alas, es imposible que Yasuda llegara a Hokkaido a tiempo», murmuró para sus adentros. Justo entonces, el pie le resbaló en los dos últimos escalones. ¡Qué estúpido había sido!

Soltó una exclamación involuntaria. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Los oídos le zumbaban.

Regresó precipitadamente a su despacho y, con dedos temblorosos, hojeó la guía de horarios hasta la última página, donde salían los vuelos nacionales. Consultó los horarios de enero:

Fukuoka 8:00 → Tokio 12:00 (vuelo 302)

Tokio 13:00 → Sapporo 16:00 (vuelo 503)

—¡Lo tengo! —exclamó Mihara, conteniendo el aliento. Los oídos todavía le zumbaban.

Así era como Yasuda había podido salir de Hakata a las ocho de la mañana y llegar a Sapporo a las cuatro de la tarde. ¿Por qué no se le había ocurrido antes la idea del avión? Solo había considerado la posibilidad de que hubiera viajado en tren y se había quedado atascado con el tren rápido que salía de Hakata a las 7:24. Tenía ganas de darse un bofetón a sí mismo. Por fin la niebla empezaba a disiparse.

Mihara llamó por teléfono a las oficinas de la compañía aérea nacional y preguntó cuánto tiempo tardaba el autobús que unía Chitose, el aeropuerto de Sapporo, con el centro de la ciudad.

—Una hora y veinte minutos aproximadamente —le respondieron—. De la parada del autobús a la estación de tren hay diez minutos andando.

Sumando una hora y media a las 16:00, la hora resultante eran las 17:30. A esa hora, Tatsuo Yasuda pudo aparecer en la estación de Sapporo cuando aún faltaban tres horas para que llegara el *Marimo* a las 20:34. ¿Qué habría hecho

mientras esperaba?

Mihara buscó con el dedo el principio de la línea que empezaba en Hakodate.

Había un tren normal que salía de la estación de Sapporo a las 17:40. Mihara siguió con el dedo el recorrido del tren y averiguó que llegaba a Otaru a las 18:44. A continuación, buscó el final de la misma línea. El tren rápido *Marimo*, que salía de Hakodate a las 14:50, llegaba a Otaru a las 19:51. Ambos trenes llegaban a la misma estación con una hora y siete minutos de diferencia. Yasuda solo tuvo que esperar tranquilamente en la estación de Otaru para coger el *Marimo*, que lo llevaría de vuelta a Sapporo, y hacerse pasar por un pasajero más. Justo después de subir al tren en Otaru, Yasuda se presentó ante Ishida e Inamura.

Ahora sabía por qué Inamura no había visto a Tatsuo Yasuda hasta que el tren dejó atrás la estación de Otaru. Aprovechó muy bien las tres horas que le sobraban una vez hubo llegado a Sapporo. Cogió el autobús en el aeropuerto y bajó en la última parada, fue andando a paso rápido hasta la estación y cogió el tren que se dirigía a Otaru que salía diez minutos más tarde.

En Sapporo le sobraron diez minutos y en Otaru, una hora y siete minutos que supo utilizar a la perfección, del mismo modo que supo jugar con el intervalo de cuatro minutos en la estación de Tokio. «Tatsuo Yasuda es un genio del tiempo», se maravilló Mihara.

El inspector se dirigió al despacho de su jefe para enseñarle los horarios y exponerle su hipótesis. La voz aún le temblaba de emoción al hablar.

—¡Enhorabuena! —lo felicitó el comisario cuando terminó de escucharlo, mirándolo de frente. Los ojos también le brillaban de satisfacción—. Enhorabuena —murmuró por segunda vez, como si no pudiera contener los elogios que se le agolpaban en la garganta—. Has desmontado la coartada de Yasuda. Aunque... es un poco raro hablar de coartadas, ¿no crees? —añadió a continuación.

—En absoluto, jefe. Yasuda ya no puede demostrar que no estuvo en el lugar de los hechos la noche del suicidio —argumentó Mihara, convencido de su teoría.

—Si ya no debemos suponer que no estuvo —razonó el comisario, tamborileando en la mesa con los dedos—, podemos deducir que sí estuvo, ¿verdad?

—Exacto —dijo Mihara, con una expresión triunfante.

—Ahora debes demostrar tus conjeturas —le recordó el comisario, sin dejar

de mirarlo.

—No puedo hacerlo ahora mismo, necesito un poco más de tiempo —le pidió Mihara, con la angustia reflejada en el rostro.

—¿Hay muchos puntos oscuros?

—Eso me temo.

—Deberás aportar pruebas que demuestren que la coartada de Yasuda es falsa —dijo el comisario, con una extraña expresión que Mihara comprendió enseguida.

—¿Le preocupa el director Ishida?

—Hummm... —Ambos hombres intercambiaron una mirada y la sostuvieron durante unos segundos. El comisario fue el primero en desviarla—. No te preocupes por Ishida, yo me ocuparé de él —dijo, consciente de que acababa de asumir una comprometida e importante tarea. Mihara se hizo cargo de la situación.

Lo más conveniente sería no discutirlo en ese momento sino dejarlo para más adelante. Ambos hombres se entendieron sin palabras.

—Aparte de eso, todavía hay muchas cosas que aclarar. ¿Cómo se explica el nombre de Yasuda en la lista de pasajeros del *ferry*? No es un simple testimonio sino una prueba irrefutable.

Era verdad. Al ver el nombre de Yasuda en la lista de pasajeros de la estación de Hakodate, Mihara se había hundido por completo. Sin embargo, por extraño que pueda parecer, ya no tenía aquella sensación de derrota. Si bien era cierto que aún no había terminado de derribar el muro infranqueable que se erigía frente a él, no se sentía tan impotente como entonces.

—Le demostraré que puedo resolverlo —le prometió Mihara a su jefe, que sonrió por primera vez en toda la conversación.

—Te veo mucho más animado que cuando regresaste de tu misión en Hokkaido. Adelante, entonces. —Cuando Mihara se disponía a retirarse, el comisario hizo un gesto para retenerlo—. La excesiva cautela de Yasuda ha sido lo que ha acabado traicionándolo.

Mihara creía que había logrado desmontar la coartada de Yasuda, solo tenía que aportar pruebas para demostrarlo. Empezó a escribir en su libreta los pasos que debía seguir: «Pedir a la compañía aérea los nombres de los pasajeros que reservaron el vuelo que despegó de Fukuoka el 21 de enero a las 8:00 y el vuelo

de Tokio a Sapporo de las 13:00».

«Un momento», pensó entonces. Yasuda dijo que había salido de Ueno a las 19:15 del día 20 a bordo del tren rápido *Towada* con destino a Aomori, pero en realidad no había salido de Tokio hasta más tarde. Como Yasuda sospechaba que la policía investigaría sus movimientos, habría tenido la precaución de poder justificar su presencia en Tokio durante el día 20 dejándose ver en su despacho o en cualquier otro lugar. Si hubiera cogido el tren hacia Hakata aquella misma tarde, no habría llegado a tiempo al escenario del suicidio, de modo que tuvo que haber viajado también en avión.

Mihara consultó de nuevo el horario de las líneas aéreas. El último vuelo del día 20 había despegado de Tokio a las 15:00 y aterrizado en Fukuoka a las 19:00. El aeropuerto de Haneda Tokio estaba a media hora en coche de Tokio. No sería extraño que Yasuda, simulando que tenía que ir a la estación de Ueno, hubiera salido de su despacho o del lugar donde se encontraba pasadas las dos de la tarde.

Mihara anotó los posibles movimientos de Yasuda suponiendo que hubiera viajado combinando el tren y el avión:

Día 20

Salida del aeropuerto de Tokio-Haneda a las 15:00 → Llegada a Fukuoka-Itazuke a las 19:20 (se dirige a Kashii y busca alojamiento para una noche en el centro de Fukuoka).

Día 21

Salida de Fukuoka-Itazuke a las 8:00 → Llegada a Tokio-Haneda a las 12:00.
Salida de Tokio-Haneda a las 13:00 → Llegada a Sapporo-Chitose a las 16:00.

Salida de Sapporo a las 17:40 (tren normal) → Llegada a Otaru a las 18:44.

Salida de Otaru a las 19:57 (tren rápido *Marimo*) → Llegada a Sapporo a las 20:34 (donde se reúne con Kawanishi, que lo estaba esperando).

Días 21, 22 y 23

Se aloja en el hotel Maruso. Regresa a Tokio.

«Ya está», pensó Mihara.

De repente, mientras revisaba sus anotaciones por enésima vez, una duda lo asaltó: «¿Por qué Yasuda le envió un telegrama a Kawanishi pidiéndole

explícitamente que lo esperase en el vestíbulo de la estación de Sapporo?».

Reunirse con Kawanishi en el andén habría sido una forma mucho más efectiva de asegurarse de que alguien lo viera bajando del *Marimo*. Entonces, ¿por qué le pidió que lo esperase en el vestíbulo?

Teniendo en cuenta la meticulosidad con la que Yasuda había urdido el plan, seguro que había algún motivo que justificara aquel telegrama, pero ¿cuál? Mihara se devanó los sesos en busca de una explicación, pero fue en vano.

«No importa, ya lo resolveré más adelante», se resignó al fin y elaboró una lista mental de los pasos que debía seguir para demostrar que Yasuda había alegado una coartada falsa:

En primer lugar, tendría que pedir la lista de pasajeros del día 20 a la compañía aérea nacional. También tendría que localizar el taxi que había llevado a Yasuda al aeropuerto de Tokio-Haneda y averiguar con qué medio de transporte —autobús o taxi— se había desplazado del aeropuerto de Itazuke al centro de Fukuoka y del aeropuerto de Chitose al centro de Sapporo. Eso sería complicado debido al tiempo que había pasado desde el día en cuestión.

En segundo lugar, necesitaba encontrar el hotel de Fukuoka en el que Yasuda se había alojado.

En tercer y último lugar, tendría que encontrar a alguien que hubiera visto a Yasuda en el tren de Sapporo a Otaru. En Otaru había tenido que esperar una hora y siete minutos a que llegara el *Marimo*, de modo que alguien debía de haberse fijado en él.

Esas eran, más o menos, las pruebas que necesitaba. No confiaba demasiado en el tercer paso, de modo que los decisivos serían el uno y el dos.

Mihara preparó todo lo que necesitaría y salió del edificio. Hacía un día radiante y había mucha gente paseando por el barrio de Ginza. Las caras de los transeúntes lucían pálidas bajo la intensa luz del sol.

Entró en las oficinas de la compañía aérea y solicitó una reunión con el encargado de los vuelos nacionales.

—¿Aún conservan las listas de pasajeros del mes de enero?

—¿De este año? Sí, por supuesto. Las guardamos durante un año entero.

—Quisiera consultar el nombre de un pasajero que viajó en el vuelo 305 con destino a Fukuoka el día 20 de enero, en el vuelo 302 con destino a Tokio el día 21 y en el vuelo 503 que salió de Tokio ese mismo día.

—¿Es la misma persona?

—Sí.

—Pues qué vida más ajetreada. Son pocos los que cogen tantos vuelos en tan poco tiempo, enseguida daremos con él.

El encargado sacó unos archivadores que contenían las listas de pasajeros y abrió el que correspondía al 20 de enero. El primer vuelo había hecho escala en Osaka y solo 43 pasajeros habían seguido volando hasta Fukuoka. 41 personas habían llegado a Tokio en el vuelo procedente de Fukuoka del 21 de enero y 59 pasajeros habían salido de Tokio en el vuelo de las 13:00 con destino a Sapporo. El nombre de Tatsuo Yasuda no figuraba en ninguna de las listas y no había ni un solo nombre que se repitiera en las tres.

Mihara había contemplado la posibilidad de que Yasuda hubiera viajado con una identidad falsa, pero los nombres de los pasajeros que constaban en las listas eran todos diferentes. El inspector estaba atónito. Entre las tres listas había un total de 143 pasajeros, de los cuales ninguno aparecía repetido.

Era imposible.

—Si un pasajero hace la reserva el mismo día, no puede coger el avión, ¿verdad?

—Y si la hace el día anterior, también lo tiene difícil. Nadie puede embarcar a menos que haga la reserva con tres o cuatro días de antelación.

Para llegar a tiempo a coger el tren rápido *Marimo* en Otaru, era imprescindible que Yasuda hubiera viajado en el vuelo 305 de Tokio a Fukuoka el día 20, en el 302 de Fukuoka a Tokio el día 21 y en el 503 de Tokio a Sapporo. Para asegurarse la jugada, había tenido que hacer la reserva con unos días de antelación. Aunque hubiera utilizado un nombre falso, ese nombre tenía que aparecer repetido en las tres listas de pasajeros. Mihara volvió a examinar las listas minuciosamente, pero no lo encontró.

—Gracias por su ayuda. De todas formas, necesitaré llevarme las listas durante unos días.

Mihara dejó constancia en su tarjeta de visita de que había confiscado una prueba y se llevó las listas. Salió al exterior del edificio con el ánimo decaído. No le quedaba ni una gota de la energía con la que había llegado. De vuelta a la comisaría, entró en la cafetería que solía frecuentar y pidió un café. Mientras bebía, una única idea ocupaba su mente. «No lo entiendo. Es imposible. Es imposible», repetía una y otra vez.

Salió a la calle y echó a andar rumbo a la comisaría. En el semáforo del cruce de Hibiya, tuvo que esperar un buen rato. Los coches circulaban delante de sus ojos. El semáforo continuaba en rojo.

Había coches de muchos modelos diferentes. Mihara contemplaba el tráfico distraídamente, sin ningún interés. Tal vez fuera el aburrimiento lo que hizo que una luz se encendiera en su cerebro y tuvo que reprimir una exclamación.

¡Qué estúpido había sido! No era necesario que Yasuda hubiera utilizado un único nombre. Podría haber hecho cada una de las reservas con un nombre distinto. A lo mejor no había ido personalmente a las oficinas de la compañía aérea sino que alguno de sus empleados había reservado los vuelos. El pasajero A había volado a Fukuoka, B había regresado a Tokio en el vuelo del día siguiente y C había hecho transbordo con destino a Sapporo. En Haneda, el aeropuerto de Tokio, le había sobrado una hora, tiempo suficiente para cambiar de avión sin prisas.

Como la persona que había viajado en avión era solamente una, Mihara había deducido erróneamente que habría utilizado un único nombre. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Si no hubiera estado en la calle, se habría propinado un bofetón a sí mismo. «Por ser tan duro de mollera», se lamentó.

El semáforo cambió de color y Mihara reanudó la marcha.

«Si estoy en lo cierto, en las listas habrá tres nombres falsos pertenecientes a Tatsuo Yasuda. Comprobaré uno por uno todos los pasajeros de las listas y seguro que descubriré las tres falsas identidades.»

Mientras caminaba levantó la vista al cielo y vio, por primera vez, el camino del asalto a la victoria.

De vuelta a la comisaría, Mihara le expuso su hipótesis a su jefe, que enseguida estuvo de acuerdo con él.

—Bien. En total son 143 pasajeros, ¿verdad? —preguntó, examinando las tres listas—. Más de la mitad viven en el área metropolitana y las demás direcciones pertenecen a ciudades de provincias. Reuniré un grupo de inspectores que comprobarán las direcciones de Tokio y llamaré a las comisarías locales para que investiguen las otras.

El plan del comisario se llevó a la práctica enseguida. Cada uno de los inspectores anotó en su libreta la lista de nombres y direcciones que le habían asignado.

—Podéis llamar a los hogares o las oficinas que dispongan de teléfono. Solo hay que comprobar si las personas que figuran en las listas viajaron en los aviones. —Acto seguido, el comisario se dirigió a Mihara—. Cuando hayamos

aclarado este asunto, todavía nos quedará un escollo.

—La lista de pasajeros del *ferry*.

El muro se resistía a ceder. Permanecía inmóvil, como si encajara las acometidas de Mihara con la cabeza erguida y sacando pecho.

Pero luego se le ocurrió que los casos del avión y del barco eran extrañamente semejantes, puesto que ambos utilizaban listas de pasajeros. ¿O acaso no era más que una ilusión? ¿Existía el peligro de que se fijara únicamente en las similitudes y estuviera cometiendo un grave error?

—¿Qué te ocurre? —le preguntó el comisario, al verlo preocupado.

—¿Cómo van sus investigaciones? —le preguntó a su vez Mihara, sin responderle.

—Ayer el fiscal me llamó para hablar conmigo —le confesó el comisario en voz baja—. La investigación se está complicando. Al parecer, el suicidio de Sayama ha supuesto un verdadero contratiempo. Como subdirector, Sayama tenía mucha experiencia en la materia. Tanto su superior como el director de sección le confiaban los asuntos prácticos, puesto que ellos no entienden del día a día, son hombres que ascienden rápidamente y que no tienen tiempo para estar al corriente del trabajo diario; el subdirector suele ser un veterano que domina todos los detalles: un artesano con una larga experiencia a sus espaldas. Sin embargo, ya no puede ascender, solo puede limitarse a contemplar cómo los jóvenes recién graduados le pisan los talones para tomarle la delantera. Está resignado. En el fondo, debe de sentirse frustrado, pero su cargo de funcionario no le permite quejarse.

El comisario dio un sorbo del té que le había traído un inspector.

—Sin embargo, cuando uno de sus superiores le ofrece su protección, la esperanza ilumina el mundo al que había renunciado hasta entonces y empieza a acariciar el deseo de llegar a ser alguien en el futuro. Por eso hace todo lo que está a su alcance para complacer a su superior, pero... ¿quién es ese superior? Si solo se dedica a promover el talento de su subordinado, es una persona admirable, pero si lo protege con la intención de aprovecharse de él, es como si le estuviera tendiendo una trampa. Porque, por muy importante que sea el cargo que ostente, un superior no puede hacer su trabajo a menos que tenga a su lado a un experimentado subdirector. Precisamente por eso lo protege, porque no le basta con darle órdenes. El subordinado lo sabe y acaba colaborando para complacer a su jefe. No busca su protección sino el éxito profesional. Lo hace porque los vínculos personales son un factor importante en la administración

pública.

El comisario apoyó los codos encima de la mesa.

—Todos los cabos sueltos del caso que tenemos entre manos giran en torno al subdirector Sayama. Era un profesional brillante y el fiscal lamenta profundamente que se suicidara. Su muerte ha interrumpido la investigación y la ha complicado sobremanera, puesto que Sayama tenía en sus manos la suerte de sus superiores. Él era la clave para resolver el caso. Su suicidio ha supuesto un duro revés para el fiscal. Cuanto más avance la investigación, más evidente se hará la ausencia del testigo clave mientras los peces gordos implicados sonríen tranquilamente, sintiéndose a salvo.

—¿Cree que el director Ishida es uno de los que sonreirán? —insinuó Mihara.

—Se reirá a carcajadas. El subdirector Sayama parecía un hombre con sólidos principios morales y éticos. Murió para salvar el honor del ministerio. Los hombres como Sayama son los que se sacrifican cuando se ven envueltos en un gran escándalo de corrupción.

—Entonces, la muerte de Sayama fue...

—Los hombres como él suelen suicidarse en solitario. Sayama, sin embargo, lo hizo con una mujer. Un detalle que le da al caso un extraño romanticismo.

El comisario se interrumpió bruscamente. Mihara sabía perfectamente en qué estaba pensando. A pesar de ello, no supo qué decirle. Tuvo la sensación de que el fiscal, el comisario de sección y Kasai le demostraban su apoyo con sus palabras y con sus actos y se sintió un poco más respaldado.

Ese mismo día, Mihara sacó toda la información que tenía sobre el doble suicidio de Sayama y Toki y la analizó de nuevo. Revisó minuciosamente el informe del caso y las conclusiones de las autopsias, las fotografías del lugar donde aparecieron los cadáveres y las declaraciones de los testigos, prestando atención a todos los detalles, por pequeños que fueran. Tanto el hombre como la mujer habían ingerido cianuro potásico mezclado con zumo y habían muerto abrazados. No vio nada distinto a lo que ya había visto decenas de veces hasta entonces, ni hizo ningún hallazgo sorprendente. Mihara intentó ponerse en el lugar de Tatsuo Yasuda. Quería comprender por qué se había servido de dos chicas para contar con dos testigos que vieran cómo los amantes subían al tren.

Tres días más tarde, los inspectores terminaron de verificar las identidades de las personas que figuraban en las listas de pasajeros.

No había ni un solo nombre falso. Los datos de las tres listas coincidían con

las identidades de los pasajeros.

«No hay ningún error, yo cogí ese avión», habían confirmado los 143 pasajeros.

Mihara no salía de su asombro. Desesperado, volvió a hundir la cabeza entre los brazos.

12. La carta de Jutaro Torigai

A la atención del subinspector Sr. Mihara

Muy señor mío:

Le ruego disculpe mi largo silencio. Ya han pasado tres meses desde que nos conocimos en Hakata y desde entonces no le he escrito ni una sola vez, debido sin duda a mi imperdonable pereza innata para la correspondencia escrita. Aprovecho la ocasión para agradecerle su larga carta, que recibí inesperadamente el otro día. Junto con mis disculpas por haber tardado tanto en responderle, permítame expresarle también mi más sincero agradecimiento.

Cuando nos conocimos, la primavera apenas había empezado y un frío viento soplaba desde el mar de Genkai. Ahora, en cambio, estamos en pleno mes de mayo y uno termina empapado en sudor tras un paseo bajo el sol. ¡Cómo pasa el tiempo! Todos los años, a principios de mayo, la ciudad se anima con el festival tradicional de Dontaku. El final del festival suele anunciar la llegada del verano a la región. Si algún año tiene tiempo libre, le invito a venir y a disfrutar de las fiestas de Fukuoka.

En su última carta me comentaba que sigue investigando ese caso tan complicado. Ahora que ya soy mayor, además de sentirme avergonzado por mi pereza, no puedo evitar envidiar su actividad y celeridad. «¡Ojalá fuera más joven!», le digo a mi viejo cuerpo, habituado a la vida del campo, y me siento descorazonado, pero no quiero aburrirle con mis divagaciones de anciano.

En cuanto al caso del doble suicidio del hombre y la mujer cuyos cuerpos aparecieron en la playa de Kashii la mañana del 21 de enero, hice una pequeña investigación ante la indiferencia de mis compañeros. Para usted parece un caso de inesperada magnitud y para mí es una satisfacción haberle podido ser útil. Por eso le agradezco que me haya tenido al corriente de los

detalles que ha averiguado posteriormente.

Mientras leía su carta, en la que me explicaba los múltiples esfuerzos que está haciendo para resolver el caso, saqué mis propias conclusiones. Me pidió que, si se me ocurría alguna idea, no dudara en exponérsela, pero en mi mente senil ya no hay lugar para razonamientos perspicaces y lo único que puedo hacer es expresarle mi más sincera admiración por la pasión que muestra en su trabajo.

Ni qué decir tiene que la fe de un investigador es lo que lo empuja a llegar hasta el fondo de un caso sin abandonarlo jamás. Aprovecho su amabilidad para hacerle algunas sugerencias con la esperanza de que no le disgusten las conjeturas —quizá demasiado predecibles— de un viejo como yo.

Durante los veinte años que llevo en esta profesión, me he ocupado de muchos casos sorprendentes que, por fortuna, he resuelto satisfactoriamente. Sin embargo, también he llevado varios casos que se han archivado sin resolver. Muchas veces, cuando reflexiono sobre investigaciones pasadas, pienso: «En este caso debería haber hecho tal cosa o tal otra». Tal vez sea una consecuencia de mi falta de perseverancia. Si hubiera sido un poco más insistente, quizá habría podido resolver muchos más enigmas en los que solo me faltó una pizca de constancia.

Le hablaré de uno de estos casos que no he podido olvidar. Ocurrió hace veinte años en la localidad de Hirao, a las afueras de Fukuoka, donde apareció el cadáver de una anciana en avanzado estado de descomposición. Como tenía una marca de una soga alrededor del cuello, dedujimos que había sido estrangulada, pero el cuerpo apareció en el mes de mayo y, según el forense, llevaba más de tres meses muerta. Además, el cadáver llevaba un grueso chaleco acolchado, lo que nos hizo suponer que había muerto en invierno. Localicé al que me parecía el principal sospechoso, pero resultó que se había mudado de Taiwan al barrio de la víctima a principios de abril. Eso significaba que, durante los meses de enero, febrero y marzo, que son los más fríos del año, el sospechoso estaba viviendo en Taiwan. La víctima vivía en una casa aislada en el monte y no tenía amigos ni conocidos en el barrio. El forense supuso que la habían asesinado en febrero y, como nadie la había visto desde entonces, la fecha de la muerte no fue discutida. Deduje que el asesino era el hombre que había regresado de Taiwan, pero como había una discrepancia evidente entre la fecha de la muerte, que se había producido

hacía tres meses, y la mudanza del sospechoso, que llevaba solo un mes viviendo en Fukuoka, tuve que cerrar el caso sin poder resolverlo.

Ahora, cuando lo pienso, me doy cuenta de que el forense que examinó el cadáver tiene tendencia a dejar un amplio margen cuando tiene que fijar la fecha de la muerte. Al parecer, cuanto más tiempo ha pasado desde la muerte, más difícil es calcular el día exacto en el que se produjo. Algunos forenses tienden a ajustar los plazos, mientras que otros suelen dejar márgenes más holgados. Dicho con palabras más modernas, estaríamos hablando del coeficiente de error individual. Ese médico no solía ser muy estricto con las fechas. Además, permitió que el chaleco de invierno que llevaba la víctima influyera en sus cálculos.

Bien mirado, también hay días fríos a principios de abril. Utilizando otra vez un vocabulario más moderno diríamos que, cuando pasa un frente frío, hace un tiempo impropio para la época del año. Puede que el día en el que murió la anciana hiciera frío y tuviera que sacar la ropa de invierno del armario para abrigarse. Los ancianos suelen hacerlo. El hecho de que llevara un chaleco no significa necesariamente que muriera en invierno, puesto que en abril todavía puede hacer frío. Todo esto indicaría que mi sospechoso pudo, en efecto, haber cometido el crimen.

Sin embargo, estas ideas se me ocurrieron demasiado tarde y me arrepiento de no haber llegado hasta el final del caso hace veinte años. Si hubiera investigado un poco más, tal vez habría llegado a las mismas conclusiones en cuanto a la fecha de la muerte y al atuendo de la víctima.

Le he explicado este caso a modo de ejemplo, pero son muchos los casos en los que lamento no haber profundizado en la investigación. Lo que quiero decir es que, si está convencido de la culpabilidad de un sospechoso, debe insistir tanto como sea necesario. Todos somos víctimas de prejuicios inconscientes y dejamos escapar los detalles más obvios. Es peligroso. De vez en cuando, los prejuicios ofuscan el sentido común y es preciso revisar e investigar una vez más aquello que se daba por sentado.

En su carta, usted me dijo que un tal Tatsuo Yasuda había utilizado a dos testigos para que presenciaran cómo Sayama y Toki subían al tren en la estación de Tokio y su teoría me pareció sumamente interesante. Usted cree que, muy probablemente, ese hombre tuvo un papel importante en el doble suicidio e imagina que, aquella noche, estuvo en el lugar de los hechos e intervino en ellos de algún modo.

Cuando leí sus conjeturas recordé a las dos parejas que salieron de las dos estaciones de Kashii la noche del 20 de enero y pensé que tal vez una de las parejas fueran Sayama y Toki y la otra estuviera formada por Yasuda y otra mujer. Ambas parejas bajaron del tren prácticamente a la misma hora y caminaron en dirección a la playa.

Si esto fuera cierto, ¿qué papel habría tenido la acompañante de Yasuda en lo ocurrido? En otras palabras, esta teoría implicaría que Yasuda necesitaba que alguien estuviera con él una vez se encontrara frente a las víctimas. Sin aquella mujer, Yasuda no podría llevar a cabo el plan que había urdido.

¿Quién era ella, entonces? Después de haber leído su carta, decidí volver a visitar de noche la playa de Kashii. A diferencia de aquel día, en esta época del año sopla una brisa fresca y agradable. Había varias parejas paseando. Las luces de la ciudad quedaban lejos y lo único que veía eran sus siluetas oscuras. Es un lugar ideal para las parejas jóvenes. Ya sé que este razonamiento no es propio de alguien de mi edad... Lo que quiero decir es que las dos parejas, tanto Sayama y Toki como Yasuda y su acompañante, no eran más que sombras oscuras en la playa la noche del 20 de enero. Suponiendo que entre ambas parejas hubiera una distancia de seis o siete metros, la oscuridad era tal que no podían verse. Por desgracia, esto es todo lo que puedo decirle por ahora. Lo demás son meras suposiciones.

Por otro lado, en cuanto al hotel donde Yasuda se alojó aquella noche, he investigado tanto como he podido, pero es una fecha bastante lejana, hay mucha gente que se registra con nombres falsos y algunos hoteles han tenido la desfachatez de no dejarme consultar las fichas de los clientes, así que, por ahora, no tengo más pistas. Seguiré investigando, pero con pocas esperanzas de obtener resultados.

También tengo alguna teoría acerca de la llamada telefónica que Sayama recibió en la pensión la noche del 20 de enero. Hasta ahora estábamos convencidos de que la mujer que le había llamado era Toki, pero también podría haber sido la acompañante de Yasuda. No tengo pruebas que lo demuestren, no es más que una mera conjetura. Sin embargo, Yasuda pudo haber localizado a Sayama en la pensión y averiguar que se alojaba bajo el nombre falso de Sugawara. Pudo haberle dicho a la mujer que llamara y preguntase por Sugawara, es decir, la persona que se puso en contacto con él antes de morir no tiene por qué ser Toki.

En la línea de este razonamiento, también podemos suponer que Sayama no estuvo una semana entera en la pensión de Hakata esperando a Toki para suicidarse. Puede que, en realidad, estuviera esperando a la otra mujer misteriosa. En este caso, siempre según mis suposiciones, Toki no acompañó a Sayama hasta Hakata sino que bajó en la estación de Atami o en Shizuoka, de modo que podríamos interpretar que su papel se limitó a acompañar a Sayama desde la estación de Tokio hasta algún punto a medio camino. Eso nos lleva al motivo por el cual Yasuda utilizó a los testigos para que vieran a Toki y a Sayama subiendo juntos al tren. Yasuda quería que alguien viera a la pareja saliendo de Tokio en el mismo tren. ¿Por qué? Puesto que tampoco tengo pruebas que lo demuestren, me limitaré a plantearle mis reflexiones.

Suponiendo que esta hipótesis sea cierta, Toki bajó del tren en Atami o en Shizuoka. El misterio es dónde estuvo hasta la noche del 20 de enero, cuando se suicidó en la playa de Kashii. Cuando lo averigüemos, podremos demostrar que esta teoría es cierta. En mi opinión, el recibo del vagón restaurante para un único comensal que encontramos en el bolsillo de Sayama demuestra que Toki no viajó con él hasta Hakata. Creo que ya le comenté mis dudas al respecto cuando vino a Fukuoka.

Si aceptamos la idea que usted expuso en su carta, según la cual Tatsuo Yasuda estuvo en la playa de Kashii la noche del 20, es imposible que el día 21 llegara a Sapporo en el tren rápido *Marimo*. Me preocupa que, en esa falta de pruebas de que se desplazara en avión, haya algo que su sentido común haya pasado por alto, como en el caso del chaleco de invierno. Solo puedo aconsejarle que insista una vez más.

Lamento haber respondido con una carta tan larga e incoherente su misiva, que tanto me alegró recibir después de tantos meses, a la vez que me avergüenza obligarle a leer mis delirios de anciano. A diferencia de usted, que es un joven brillante, yo no soy más que un viejo senil avergonzado de haberle planteado tan prolíficamente sus absurdos argumentos. Le ruego no les dé importancia. Si cree que puedo resultarle útil desde Fukuoka, no dude en pedirme ayuda. Haré cuanto esté a mi alcance para colaborar con usted.

Mientras tanto, todo lo que puedo hacer es rezar para que consiga resolver cuanto antes este complejo caso y reiterarle mi invitación a visitar Fukuoka cuando tenga unos días libres.

Siempre suyo,

Mihara estaba agotado. Se sentía atrapado entre muros que no podía derribar.

Salió de la comisaría con la larga carta de Jutarō Torigai en el bolsillo y fue a tomar un café al sitio de siempre.

Era pasado el mediodía y la cafetería estaba abarrotada.

—Siéntese aquí —le dijo una chica joven, invitándolo a sentarse a su mesa. Estaba sola tomando un té rojo. La silla que tenía enfrente era el único asiento libre en todo el local. Aunque a Mihara no le entusiasmaba la idea de compartir mesa con una desconocida, se sentó en el borde de la silla y pidió un café, ligeramente incómodo, consciente de su cara de disgusto.

La carta de Jutarō Torigai había reconfortado su melancólico espíritu, pero no le había infundido la motivación que necesitaba. Las sugerencias de Torigai eran demasiado intangibles.

Le parecía interesante la aparición de aquella nueva mujer misteriosa, cuya presencia Torigai había deducido suponiendo que, la noche del 20 de enero, dos parejas hubieran llegado casi simultáneamente a las dos estaciones de Kashii. Sin embargo, tal y como él mismo decía, no tenía ninguna prueba que lo confirmara. Era posible que las dos parejas no estuvieran relacionadas entre ellas y que hubieran llegado casi al mismo tiempo por pura casualidad. También era posible que las dos parejas vistas por los testigos fueran, en realidad, una única pareja, Sayama y Toki, que salieron de la estación de la red nacional de ferrocarriles. Según los cálculos del propio Torigai, se trataba de una opción plausible.

Mihara seguía convencido de que Yasuda había estado en el lugar de los hechos y había tenido algo que ver con el doble suicidio, pero la aparición de aquel nuevo personaje femenino le parecía demasiado disparatada. Yasuda pudo haber intervenido en los hechos de muchas formas distintas. El problema era que no sabía cuál había sido su papel en el caso. Lo intuía vagamente, pero no lo sabía con certeza.

Tanto la teoría de que la mujer que había llamado a Sayama no era Toki como la suposición de que cuatro personas —Sayama, Toki, Yasuda y otra mujer— habían llegado a Kashii simultáneamente, de dos en dos, se basaban en meras conjeturas.

Sin embargo, a Mihara le parecía muy interesante la sugerencia de que, en realidad, Yasuda hubiera utilizado a los testigos en la estación de Tokio con el objetivo de demostrarles que Sayama y Toki tenían una relación amorosa. ¿Por qué necesitaba que alguien lo confirmara? ¿Tal vez porque Sayama y Toki no tenían ninguna relación? Precisamente por eso Yasuda pudo haber engañado a los testigos haciéndoles creer lo contrario y enseñándoles cómo las dos víctimas subían juntas al tren. Aun así, la pareja se había quitado la vida en los alrededores de Hakata, la estación final del *Asakaze*. No había ninguna duda de que había sido un suicidio. La contradicción, por tanto, saltaba a la vista. ¿Por qué se habían suicidado juntos si no estaban enamorados? La figura de Tatsuo Yasuda tenía que estar detrás de aquel flagrante sinsentido.

Mihara también se preguntaba por qué Toki había bajado del *Asakaze* a medio camino, en Atami o en Shizuoka, pero aquello tampoco estaba demostrado. El inspector Torigai lo había deducido a partir del recibo del vagón restaurante, en el que solo aparecía un único comensal. Torigai había formulado una interesante teoría basándose en la compleja psicología de las relaciones de pareja, pero no tenía ninguna prueba que la respaldara. Solo formaba parte del infinito universo de las hipótesis. El anciano inspector tenía un agudo instinto que era, al mismo tiempo, su punto débil. Torigai le sugería que investigara por qué Toki había bajado del tren en Atami o en Shizuoka, pero no entendía lo complicado y tal vez absurdo que resultaría.

Cuando Mihara estaba en ese punto de sus reflexiones, mientras tomaba café con expresión sombría, una silueta apareció de repente a su lado y, justo después, un chico joven se sentó junto a la chica con la que compartía mesa.

—Lo siento, llego tarde —se disculpó el joven. La cara de la chica, que hasta entonces parecía triste, se iluminó de repente, como si hubiera resucitado.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó ella, dirigiéndole una alegre mirada.

—Un café.

El chico le pidió el café a la camarera.

—¿Llevas mucho rato esperando? —le preguntó entonces a la chica, sonriéndole.

—Casi tres cuartos de hora. He pedido un té rojo porque un café no me habría durado nada.

—De verdad que lo siento —se disculpó de nuevo el joven—, el autobús se ha retrasado. Los autobuses de esa línea nunca son puntuales, siempre llegan con veinte minutos de retraso.

—No importa, ya veo que no ha sido culpa tuya —dijo la chica, contenta a pesar de todo. Luego levantó el brazo y consultó el reloj—. Ya ha empezado. Deprisa, tómate el café.

Mihara escuchaba distraídamente aquella conversación normal y corriente entre una pareja joven. Mientras el inspector encendía un cigarrillo, el chico bebió un sorbo de café y se levantó, apremiado por su amiga.

Mihara se reclinó en la silla y se puso cómodo. Las tazas se quedaron encima de la mesa sin que nadie las recogiera. Una de ellas, la del café, estaba llena de líquido negro.

«Para que el autobús de línea se retrase tiene que venir de lejos, ese chico debe de vivir en las afueras de la ciudad», pensó el inspector, a pesar de que era un pensamiento trivial que no tenía nada que ver con las reflexiones en las que estaba sumido.

Sin embargo, no era tan trivial como parecía. Asaltado por una repentina idea, Mihara se sobresaltó.

«Yasuda le envió un telegrama a Kawanishi indicándole que no lo esperase en el andén sino en el vestíbulo de la estación de Sapporo, por si el avión se retrasaba debido al mal tiempo.»

Se quedó un instante petrificado como una estatua, con la vista fija en la pintura al óleo colgada en la pared.

Yasuda iba a llegar a la estación en el *Marimo*, de modo que habría resultado más efectivo pedirle a Kawanishi que lo esperase en el andén, pero no lo hizo, porque temía que el avión se retrasara unas horas debido al tiempo o a alguna avería mecánica y se arriesgaba a no poder coger el tren de Sapporo a Otaru y perder el *Marimo* de vuelta a Sapporo. Si Kawanishi lo hubiera esperado en el andén, habría sabido de inmediato que Yasuda no había llegado en tren.

Siempre cauteloso, Yasuda había calculado incluso esa posibilidad y le había enviado a Kawanishi el telegrama diciéndole que se reuniría con él en el vestíbulo de la estación, no en el andén.

Los ojos de Mihara centelleaban de alegría.

«¡Por fin!», exclamó para sus adentros. El exceso de prudencia de Yasuda era lo que había revelado sus artimañas.

Excitado, Mihara salió a la calle bañada por la intensa luz del día.

«Un momento —pensó entonces, deteniéndose—. ¿Desde dónde envió el telegrama?»

Mihara pensó que la prioridad era investigar el viaje a Hokkaido de Yasuda.

Yasuda había planeado su viaje previendo que la policía lo investigaría más adelante, por eso se las había ingeniado para coincidir con un funcionario de la delegación de Hokkaido en el interior del *Marimo*, pero la prueba más evidente era que le hubiera pedido a Kawanishi que lo esperase en la estación de Sapporo. Kawanishi había admitido que el asunto que tenían que tratar no era tan urgente como para reunirse el mismo día de su llegada. La cuestión era desde dónde le había enviado el telegrama. Desgraciadamente, Kawanishi ya no lo conservaba y tampoco se había fijado en el nombre de la oficina emisora.

La mañana del día 21, Yasuda salió de Fukuoka en avión. ¿Habría enviado el telegrama desde Fukuoka, tal vez desde Hakata o desde el aeropuerto? No, imposible. Yasuda era demasiado prudente. Considerando la posibilidad de que Kawanishi leyera el nombre de la oficina emisora, lo habría enviado desde Tokio. En ese caso, tal vez había aprovechado el tiempo que le había sobrado en Tokio desde que el avión aterrizara hasta que cogiera su siguiente vuelo con destino a Sapporo.

Pero eso tampoco tenía mucho sentido. Cuando hubo aterrizado en Haneda, Tokio, lo primero que habría hecho habría sido comprobar si su próximo vuelo despegaría con puntualidad o si se había retrasado. Si el vuelo iba a salir puntual, habría llegado a tiempo para coger el tren en Sapporo y estar en la estación de Otaru cuando pasara el *Marimo*, de modo que no había habido ningún motivo para pedirle a Kawanishi que lo esperase en el vestíbulo de la estación. Mihara seguía pensando que habría sido mucho más efectivo convocarlo en el andén para que viera cómo bajaba del *Marimo*.

Mihara abrió la libreta. Según sus propias anotaciones, Kawanishi había dicho: «Era un telegrama ordinario. Me lo entregaron el mismo día 21, sobre las once de la mañana».

A las once de la mañana del día 21. Un telegrama ordinario tardaba unas dos horas en llegar de Tokio a Sapporo. Eso significaba, por tanto, que Yasuda lo había enviado a las nueve de la mañana. A aquella hora, sin embargo, se encontraba en el avión que había despegado del aeropuerto de Fukuoka-Itazuke, probablemente sobrevolando Hiroshima u Okayama. Por tanto, no pudo ser él quien había enviado el telegrama desde Tokio.

¿Y si lo hubiera enviado desde Fukuoka? Teniendo en cuenta que un destinatario de Sapporo también tardaba unas dos horas en recibir un telegrama

de Fukuoka, Yasuda debería haberlo enviado antes de que su avión despegara a las ocho de la mañana para que Kawanishi lo recibiera sobre las once.

«Entonces, es posible que Yasuda enviara el telegrama desde Fukuoka.»

Mihara no confiaba mucho en esa posibilidad, porque no creía que Yasuda hubiera cometido la imprudencia de enviar un telegrama desde un lugar distinto al que supuestamente se encontraba en ese momento, pero decidió avisar a la policía de Fukuoka de todos modos y pedirles que rastrearán los telegramas que habían salido de la ciudad el día 21.

Cuando regresó a la comisaría, le planteó sus sospechas al comisario Kasai.

—Es una observación muy interesante —admitió su jefe, con una sonrisa bailándole en los labios—. Eso explicaría por qué Yasuda hizo esperar a Kawanishi en el vestíbulo de la estación. Escribiré a la comisaría de Fukuoka para pedirles que lo investiguen. Pero si el telegrama salió de Tokio y Yasuda no lo envió personalmente, significa que le encargó a una tercera persona que lo enviara en su lugar.

—Exacto —dijo Mihara—. Eso iba a decirle ahora. Creo que deberíamos investigar también las oficinas de telégrafos de Tokio.

—De acuerdo —aprobo el comisario, sonriendo mientras bebía un sorbo de té—. Cada vez que sales a tomar café, vuelves con una idea brillante.

—Será que me conviene tomar café —bromeó también Mihara.

—El problema es que no nos servirá de nada descubrir que el telegrama fue enviado desde Tokio, puesto que, según Yasuda, él estaba aquí. En cambio, si resulta que lo envió desde Fukuoka, podremos demostrar que aquella mañana se encontraba allí.

—De todas formas —replicó Mihara—, sería sospechoso incluso que lo hubiera enviado desde Tokio. A la hora en la que salió el telegrama, Yasuda no pudo enviarlo personalmente y eso significaría que se puso de acuerdo con un cómplice. Me gustaría saber quién fue.

—Puede que se lo pidiera a alguno de sus empleados.

—No, eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque Yasuda se despidió fingiendo que iba a Sapporo a las dos de la tarde del día 20. Si hubiera enviado el telegrama ese mismo día, no habría levantado sospechas, pero habría resultado extraño que le encargara a alguien que lo enviara a las nueve de la mañana del día siguiente. Es evidente que Yasuda preparó sus movimientos meticulosamente, hasta el último detalle.

Además, tuvo en cuenta la posibilidad de que lo investigáramos —alegó Mihara.

Un par de días más tarde, los inspectores que habían ido a preguntar a las oficinas de telégrafos regresaron con los resultados: ningún telegrama con ese contenido había salido de las oficinas de Tokio el día 21 por la mañana.

La respuesta de la comisaría de Fukuoka fue idéntica. Nadie había enviado ese telegrama desde Hakata.

Mihara estaba perplejo.

«Tuvo que enviarlo desde algún lugar, puesto que su destinatario lo recibió. ¿Desde dónde lo hizo? —Mihara se dio una palmada en la frente—. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? No servirá de nada investigar las oficinas de telégrafos de las ciudades.» Tenía la sensación de que aquel caso estaba poniendo a prueba su perspicacia. Sin perder ni un minuto, solicitó una nueva investigación a la comisaría central de Sapporo.

La respuesta llegó al día siguiente.

El telegrama fue enviado el 21 de enero a las 8:50 de la mañana desde la estación de Asamushi, en la prefectura de Aomori, la última estación antes del final de la línea del tren rápido *Towada*.

Mihara no salía de su asombro, pero, en realidad, aquello tampoco era tan sorprendente. ¿Acaso no formaba parte del trazado ferroviario entre Tokio y Hokkaido? Le llamó la atención la hora de emisión del telegrama, las 8:50. Según el horario de los trenes, el *Towada*, procedente de Ueno, acababa de abandonar la estación de Asamushi.

Mihara supuso que el revisor habría recibido el encargo de alguno de los pasajeros.

¿Y si Yasuda, al fin y al cabo, hubiera viajado en el *Towada* tal y como había asegurado desde el principio? Luego hubiera cogido el *ferry* de Seikan que enlazaba con Hakodate y, una vez allí, hubiera seguido viajando en el tren rápido *Marimo*.

«Al final resultará que Yasuda decía la verdad...»

Mihara estaba desconcertado. Cuanto más investigaba, más indicios encontraba que respaldaban las afirmaciones de su único sospechoso.

—¿Estás seguro de que fue Tatsuo Yasuda quien envió ese telegrama? —apuntó el comisario, al verlo cabizbajo.

—¿Cómo?

Mihara levantó la cabeza.

—Tú mismo dijiste que te gustaría saber quién era su cómplice.

Su cómplice.

Mihara se quedó mirando fijamente al comisario.

—¡Tiene razón! ¡Ya lo tengo, jefe! —exclamó Mihara, recobrando el ánimo.

—¿Cómo has podido olvidarlo? ¡Si lo dijiste tú mismo! —se sorprendió su jefe, riendo en voz baja.

Mihara descolgó el teléfono inmediatamente y llamó a la oficina de control ferroviario de Ueno.

—Buenos días. Quisiera saber a qué oficina pertenece el revisor del tramo entre Sendai y Aomori del *Towada*.

—A esta misma oficina —le respondieron.

Mihara cogió un coche patrulla y se dirigió a toda velocidad a la oficina de control de Ueno, donde lo atendió el subjefe de estación.

—El convoy 205, el *Towada*, del día 20 de enero, ¿verdad? Espere un momento, por favor. —El hombre consultó la hoja de servicio—. El revisor era el señor Kajitani. Debe de estar por aquí, ¿quiere que lo avise?

—Sí, por favor —le pidió Mihara, con el corazón latiendo de esperanza.

El revisor era un hombre de unos treinta años que parecía inteligente.

—No recuerdo el contenido, pero sí es cierto que un día, en Kominato, cerca de Asamushi, me pidieron que enviara un telegrama a Sapporo. Podría ser el 21 de enero. Lo recuerdo porque no envié ningún otro telegrama los días anteriores ni posteriores.

—¿Podría describirme a la persona que se lo pidió? —le preguntó Mihara, deseando que al revisor no le fallara la memoria en el momento crucial.

—Pues... era un pasajero que viajaba en el coche cama de primera.

—Siga, por favor.

—Creo recordar que era alto y delgado.

—¿Delgado, dice? ¿Está seguro de que no era bajo y corpulento? —insistió Mihara, regocijándose para sus adentros.

—Sí, estoy seguro. Era de complexión más bien delgada. —El revisor empezó a recordar más detalles—. Además, iba acompañado de otro hombre.

—¿Acompañado?

—Me di cuenta cuando le pedí el billete. Me entregó el suyo junto con el del hombre que viajaba con él y que parecía un pez gordo de la administración. Era un poco engreído, la verdad. Debía de ser una persona importante, porque el hombre delgado se dirigía a él con mucho respeto.

—¿Y fue el hombre delgado quien le encargó que enviara el telegrama?

—Sí, fue él.

Mihara acababa de descubrir al cómplice de Tatsuo Yasuda. El «pez gordo» era ni más ni menos que el director Ishida y el hombre alto y delgado que viajaba con él debía de ser un funcionario del ministerio.

Hasta entonces, Mihara había sacado conclusiones precipitadas. Dio por sentado que el director Ishida había viajado a Hokkaido solo, sin tener en cuenta que un alto cargo del ministerio solía ir acompañado de un secretario.

Mihara se acercó al ministerio X y averiguó discretamente el nombre del funcionario que había viajado a Hokkaido el 20 de enero en compañía del director Ishida.

Se llamaba Kitaro Sasaki. Era el secretario que había ido a la comisaría unos días antes por orden del director Ishida para declarar que Tatsuo Yasuda había viajado en el tren rápido *Marimo*.

Al día siguiente, Mihara cogió el avión hacia Aomori y volvió a revisar desde el principio la lista de pasajeros que habían viajado en el *ferry* de Seikan el 21 de enero.

Encontró los nombres del director Ishida y de Tatsuo Yasuda, pero Kitaro Sasaki no figuraba en la lista. Así fue como descubrió que Sasaki había viajado haciéndose pasar por Tatsuo Yasuda.

El muro que se erigía frente a Mihara se derrumbó por completo. ¡Por fin podía cantar victoria!

Solo le quedaba averiguar por qué el nombre de Yasuda aparecía escrito de su puño y letra en la lista de pasajeros del *ferry*, pero se trataba de un detalle casi intrascendente en comparación con todo lo que había descubierto.

13. La explicación de Kiichi Mihara

Apreciado inspector Jutarō Torigai:

Hace un calor asfixiante. Mis zapatos se hunden en el asfalto derretido mientras camino bajo un sol abrasador. Cuando regreso del trabajo, me desnudo de pies a cabeza y me meto en la bañera mientras disfruto de una cerveza bien fría. Con este calor, incluso añoro el viento gélido del mar de Genkai que me hacía temblar de frío en la playa de Kashii, a la que usted me llevó hace un tiempo.

Hasta ahora no había tenido la ocasión de escribirle tranquilamente. La primera vez que nos vimos fue en Hakata, en el mes de febrero. Han pasado seis meses desde que escuché sus suposiciones en la playa de Kashii, temblando de frío bajo la gélida brisa marina. El tiempo ha pasado volando. La investigación me ha absorbido por completo y no he podido disfrutar de un solo día libre. Hoy me siento sereno, como el sol de principios de otoño. Será porque, al fin, la investigación ha concluido. Después de haber resuelto un caso tan complejo, me invade una paz excepcional, pero explicarle esta sensación a un veterano como usted es como intentar sermonear al mismísimo Buda. Esta sensación de plenitud es la que me ha impulsado a escribirle para ponerle al corriente de los detalles del caso.

En mi última carta le comenté que mi mayor quebradero de cabeza era el viaje a Hokkaido de Tatsuo Yasuda. Su amable respuesta me animó a seguir adelante con la investigación y le estoy muy agradecido por ello. No se imagina hasta qué punto me infundió el valor que necesitaba para continuar.

Conseguí refutar la sólida coartada de Yasuda, que aseguraba que el 20 de enero había salido de la estación de Ueno en el tren rápido *Towada*, había llegado a Hakodate en el *ferry* de Seikan, había subido al *Marimo* y había llegado a Sapporo a las 20:34 del día siguiente. Delante de mí se erigía un sólido muro que parecía infranqueable. Lo sostenían tres pilares básicos: el encuentro de Yasuda con un funcionario de la delegación de Hokkaido en

uno de los vagones del *Marimo*, su reunión en la estación de Sapporo con el hombre que había ido a recogerlo y su inscripción en la lista de pasajeros del *ferry* de Seikan, en la que su nombre aparecía escrito de su puño y letra. Lo que más me preocupaba era, precisamente, lo de la lista de pasajeros. Todas las pruebas parecían demasiado perfectas para ser reales.

La hipótesis del avión no me llevó a ninguna parte. Consulté las listas de pasajeros de los tres vuelos que Yasuda debería haber cogido: de Tokio a Fukuoka, de Fukuoka a Tokio y de Tokio a Sapporo. No solo no encontré ningún nombre falso sino que comprobé las identidades de los 143 pasajeros y todos me confirmaron que sus nombres eran reales y que habían viajado en avión ese día. A menos que Yasuda fuera un fantasma, no pudo viajar en avión. Todas las pruebas respaldaban sus declaraciones, es decir, todo indicaba que había viajado a Hokkaido en tren y nada demostraba que hubiera viajado en avión.

Sin embargo, me resultaba sospechoso que Yasuda le hubiera pedido a su contacto en Sapporo que se reuniera con él en el vestíbulo de la estación y pensé que tal vez lo hubiera hecho temiendo que el avión se retrasara —si hubiera viajado en avión, Yasuda habría podido subir al *Marimo* desde Otaru—, así que investigué para saber desde dónde había enviado el telegrama y descubrí que un pasajero del *Towada* se lo había encargado al revisor del tren en los alrededores de Asamushi la mañana del día 21. El revisor se acordaba del pasajero. Gracias a su descripción física, dedujimos que se trataba de Ishida, director de la sección X del ministerio X, que viajaba con un secretario llamado Kitaro Sasaki. Fue Sasaki quien envió el telegrama mediante el revisor.

Habíamos dado en el clavo. En la lista de pasajeros del *ferry* aparecía el nombre del director Ishida, pero no el de Kitaro Sasaki. Era evidente que Sasaki había entregado el formulario de Tatsuo Yasuda y había viajado haciéndose pasar por él. Aún no sé cómo pudimos pasar por alto que había actuado con un cómplice. Más adelante, cuando interrogué a Sasaki, me dijo que Yasuda le había dado el formulario con sus datos quince días antes.

Igual que en las oficinas de correos hay un montoncito de telegramas en blanco, en la ventanilla de la estación de Aomori hay formularios que cualquiera puede coger antes de embarcar sin que nadie se dé cuenta. Siguiendo las instrucciones de Yasuda, el director Ishida le encargó a uno de sus empleados que cogiera un formulario en blanco durante un viaje previo a

Hokkaido. Yasuda rellenó la hoja con su nombre y se la entregó de nuevo a Ishida —luego le explicaré la relación que hay entre los dos—. Este es el sencillo truco que utilizaron para que el nombre de Yasuda apareciera escrito de su puño y letra, y que nos desconcertó tanto.

Así fue como desmontamos la coartada de Yasuda. A continuación, me di cuenta de que el problema del avión era justo el contrario del que habíamos tenido con el *ferry*. Todo indicaba que Yasuda no había viajado en avión, pero teníamos que demostrar que sí lo había hecho.

Volví a revisar a fondo las identidades de los 143 pasajeros de las listas, comprobando sus nombres y sus profesiones. Tenía un objetivo muy claro al que me ceñí para reducir las listas a cinco o seis nombres. Todos ellos pertenecían a empresas que tenían negocios con el ministerio X. Cuando los sometí uno por uno a un riguroso interrogatorio, tres de ellos acabaron confesando.

El señor A figuraba como pasajero del vuelo de Tokio a Fukuoka, el señor B estaba en la lista del vuelo de Fukuoka a Tokio y el señor C, en la del vuelo de Tokio a Sapporo. Ninguno de ellos había cogido el avión. Lo habríamos averiguado de todas formas investigando un poco, así que no pudieron sostener sus afirmaciones durante mucho tiempo. Los tres confesaron que habían cedido sus identidades porque el director Ishida se lo había pedido en secreto. «Alguien del ministerio tiene que viajar en una misión altamente confidencial. Si la policía les llama, díganles que cogieron el avión. No supondrá ninguna molestia para ustedes», les aseguró.

Como acababa de salir a la luz la trama de corrupción, los tres empresarios dedujeron que la misión confidencial era un intento desesperado para tratar de echar tierra sobre el asunto. Sus empresas eran proveedoras del ministerio y pensaron que obtendrían suculentos beneficios si aceptaban. Además, el director Ishida les ofreció nuevos tratos comerciales.

Utilizando los nombres de los señores A, B y C, Tatsuo Yasuda cogió los vuelos de ida y vuelta entre Tokio y Fukuoka y entre Tokio y Sapporo. ¿Por qué no viajó con un solo nombre? Porque si la policía consultaba las listas de pasajeros, enseguida vería que uno de los nombres se repetía en las tres listas. Tatsuo Yasuda fue muy precavido y tuvo en cuenta en todo momento la investigación posterior.

Así fue como, tras desmentir el presunto viaje a Hokkaido, demostré que Yasuda había estado en Hakata. Solo quedaba un problema que resolver: el

testimonio de las dos camareras del Koyuki que vieron a Kenichi Sayama y a Toki subiendo juntos al *Asakaze*, que salió a las 18:30 de la estación de Tokio. En realidad, su testimonio había sido manipulado por Yasuda.

No sabíamos qué clase de relación había entre Sayama y Toki. Ella era una chica inteligente y sus compañeras del Koyuki suponían que tenía algún amante, pero nunca lo había confirmado. No parecía que las demás chicas la estuvieran encubriendo, no sabían nada. De vez en cuando, un hombre la llamaba por teléfono a su casa y Toki salía para reunirse con él, pero nunca lo había invitado a entrar. Aunque todos los indicios apuntaban a un posible amante, no había nada demostrado. Cuando sus cuerpos aparecieron en la playa de Kashii, todo el mundo dio por sentado de que el amante de Toki era Kenichi Sayama.

Sin embargo, había un detalle curioso.

¿Por qué Yasuda necesitaba que alguien fuera testigo de aquella supuesta relación? ¿Lo hizo para tener pruebas de que habían subido al *Asakaze* con destino a Kyushu? No había ningún motivo para que cogieran el *Asakaze*, podrían haber viajado en cualquier tren de vapor que se dirigiera al mismo lugar. Sus cuerpos aparecieron en Kyushu, así que era evidente que se habían desplazado hasta allí. Tenía que haber otro motivo.

Yasuda quería que los testigos vieran a Sayama y a Toki subiendo al mismo tren. Por eso se tomó tantas molestias para que estuvieran en el andén a la hora prevista. Necesitaba que alguien confirmara que Sayama y Toki mantenían una relación amorosa.

Era muy extraño. Si de verdad eran amantes, ¿por qué quería que alguien lo confirmara?

Después de mucho pensar, llegué a la conclusión de que, en realidad, Sayama y Toki no mantenían ninguna relación, precisamente por eso Yasuda necesitaba que alguien confirmara lo contrario.

Además, señor Torigai, admiro su perspicacia. El recibo del vagón restaurante le bastó para sospechar que Sayama había llegado a Hakata solo. El hecho de que hubiera cenado solo despertó sus suspicacias y su charla sobre la psicología de las relaciones de pareja me ayudó a comprender la verdad. Toki bajó del tren a medio camino y Sayama continuó solo. Llegué a la conclusión de que no tenían ningún tipo de relación.

Yasuda solía invitar a sus clientes al Koyuki para tratar asuntos de negocios, de modo que se llevaba muy bien con el personal del restaurante.

Sayama no había cenado nunca en el Koyuki, pero conocía a Toki. No sé cómo, pero supongo que Sayama y Toki se habían reunido varias veces fuera del restaurante en compañía de Yasuda, así que se conocían lo bastante como para subir al mismo vagón y mantener una conversación amistosa. Cualquier persona que los viera pensaría que eran una pareja de enamorados partiendo de viaje juntos. Eso era lo que pretendía Yasuda.

Por eso planeó una estrategia para que cogieran juntos el *Asakaze*. Para un hombre inteligente como él, debió de ser pan comido.

Pero Yasuda tenía un problema. Sabía cómo convencer a las chicas del Koyuki para que lo acompañaran a la estación, pero no tenía ningún motivo para llevarlas al andén 15, justo al lado del *Asakaze*. Su propósito era que vieran la escena de lejos, como si fuera una simple casualidad. El andén 15 es el punto de partida de los trenes de larga distancia. Si las hubiera llevado allí sin motivo alguno habría parecido una estratagema, por eso tenía que conseguir que las chicas vieran la escena desde otro lugar. Entonces se le ocurrió que sería mucho más natural llevarlas al andén 13, donde él solía coger la línea de Yokosuka para ir a Kamakura a visitar a su esposa.

Pero ¿cómo lo haría? Tal y como le referí en mi última misiva, desde el andén 13 no hay visibilidad sobre el andén 15. Siempre hay algún tren entrando o saliendo que obstaculiza la visión. Al final, después de mucho observar, Yasuda terminó descubriendo que en todo el día solo había un intervalo de cuatro minutos, de las 17:57 a las 18:01, durante el cual se podía ver el tren que se dirigía a Kyushu desde el andén 13. Eran cuatro minutos de oro, un tiempo vital.

Antes le he dicho que las víctimas podrían haber cogido cualquier tren que se dirigiera a Kyushu, pero en ese momento surgió la necesidad de que fuera el *Asakaze*, que salía de la estación a las 18:30. Yasuda tenía que conseguir a toda costa que las víctimas subieran al *Asakaze*. Si hubieran cogido cualquier otro tren hacia Kyushu, sus dos testigos no habrían visto nada desde el andén 13. Tiene mucho mérito que Yasuda encontrara ese intervalo de cuatro minutos justos que le permitiría utilizar a los testigos sin levantar sospechas. Es probable que ni siquiera los empleados de la estación de Tokio se hayan dado cuenta de que existe.

Así fue como comprendí que el viaje de Sayama y de Toki había sido planeado por Yasuda. Lo que me resultaba incomprensible era que se hubieran suicidado juntos seis días más tarde en la playa de Kashii. Sayama

y Toki ingerieron cianuro potásico mezclado con zumo y murieron abrazados. Según el certificado post mórtem y la situación de los cuerpos, que vi en fotografías, solo podía tratarse de un doble suicidio.

¿Cómo se explicaba aquello? ¿Por qué se suicidarían juntos un hombre y una mujer que apenas se conocían? Era impensable que Yasuda les hubiera ordenado suicidarse y que ellos hubieran sido lo bastante necios como para obedecerle. La posición de los cadáveres contradecía la teoría de que no eran amantes. Más bien indicaba todo lo contrario, es decir, que su vínculo era lo bastante sólido como para cometer un doble suicidio por amor. No conseguía aclarar aquella contradicción.

Pero si el viaje de las víctimas había sido una estrategia planeada por Yasuda, no tenía ningún sentido que se hubieran suicidado de mutuo acuerdo en la playa de Kashii. Sin embargo, eso era una realidad innegable. Por mucho que reflexionara, no conseguía aclarar la contradicción existente entre el principio y el final del caso.

Yasuda había planeado que las víctimas se encontraran en la estación, de modo que no podía evitar sospechar que también estaba detrás del desenlace. Lo intuía vagamente, pero no podía librarme de aquel presentimiento. Incluso cuando fui a Hokkaido para investigar a Yasuda estaba convencido de que su sombra había sobrevolado la playa de Kashii la noche del doble suicidio. No sabía qué papel había tenido en él. No creía que hubiera hipnotizado a las víctimas para provocar su suicidio y era inconcebible que dos personas que no compartían ningún vínculo amoroso se hubieran quitado la vida obedeciendo sus órdenes. Aunque todo resultara muy desconcertante, yo seguía convencido de que Yasuda había estado en Kashii aquella noche.

Afortunadamente, logré desmontar la coartada de Yasuda y demostré que había salido en avión del aeropuerto de Tokio el 20 de enero a las 15:00 en un vuelo con destino a Fukuoka que aterrizó en Itazuke a las 19:20, de modo que había estado en el lugar de los hechos que ocurrieron aquella misma noche sobre las diez. Aun así, me encontraba en un callejón sin salida porque no sabía qué relación había tenido Yasuda con las víctimas. No se me ocurría nada. Estaba desesperado.

Un día, me sentía tan abatido que decidí salir a tomar un café. Mi jefe se burla de mí por lo mucho que me gusta el café. Ese día, fui al centro de la ciudad, completamente desmoralizado. Pensaba ir a la cafetería de Ginza que suelo frecuentar, pero como estaba lloviendo entré en un sitio de Hibuya

donde no había estado nunca.

Era un local de dos plantas. Cuando iba a empujar la puerta para entrar, una chica joven apareció a mi lado de repente y chocamos. La dejé pasar en un gesto de caballerosidad. Era una chica muy atractiva que llevaba un llamativo chubasquero. Me dio las gracias con una ligera sonrisa y un golpe de cabeza, entró en el local y le dio el paraguas a una de las camareras que se encontraba al pie de la escalera. Entonces entré yo, le di mi paraguas a la camarera y ella pensó que éramos pareja. Guardó los paraguas juntos en guardarropía y nos dio un único número de reserva. La chica se sonrojó ligeramente. «No, se equivoca —me apresuré a aclarar—. No vamos juntos.» La camarera nos pidió disculpas, guardó los paraguas por separado y nos dio un número a cada uno.

Tal vez sería un poco exagerado decir que fue una afortunada casualidad, pero es cierto que, gracias a aquel malentendido tan oportuno, tuve una inesperada revelación que me dejó boquiabierto, como si un súbito resplandor me hubiera iluminado el cerebro. Subí al primer piso y ni siquiera me di cuenta cuando me trajeron el café que había pedido.

Al entrar juntos en el local, la camarera nos había confundido con una pareja. Era normal. Cualquiera otra persona habría pensado lo mismo. Como no conocía nuestras circunstancias, me vio entrar justo detrás de la chica y dedujo inmediatamente que íbamos juntos. Así de simple. Se había dejado sugerir por las apariencias.

Nosotros —y cuando me refiero a nosotros le incluyo a usted, si me permite la descortesía— dedujimos que Sayama y Toki se habían suicidado juntos porque encontramos sus cuerpos uno al lado del otro. Ahora, sin embargo, sé que murieron por separado y en lugares diferentes. Una vez muertos, alguien se tomó la molestia de juntar los cadáveres. Esto significa que alguien engañó a Sayama para que ingiriera el veneno y colocó a su lado el cadáver de Toki, a la que otra persona había matado siguiendo el mismo procedimiento. Sayama y Toki murieron separados, pero al verlos juntos sacamos conclusiones precipitadas y empezamos a investigar partiendo de una falsa premisa.

Sin embargo, no es un grave error ver los cadáveres de un hombre y una mujer abrazados y deducir automáticamente que se trata de un doble suicidio. Se han descubierto miles de cadáveres en la misma posición desde tiempos inmemoriales y nadie ha dudado de que hubieran sido pareja.

Además, en los casos de suicidio las autopsias no son tan rigurosas como en los asesinatos y no suele haber una investigación posterior. Ese era el objetivo de Tatsuo Yasuda.

Todavía recuerdo lo que me dijo usted en su última carta: «Todos somos víctimas de prejuicios inconscientes y dejamos escapar los detalles más obvios. Es peligroso. De vez en cuando, los prejuicios ofuscan el sentido común y es necesario revisar e investigar una vez más aquello que se daba por sentado». Tenía usted toda la razón. Un hombre y una mujer mueren juntos. Para una mente ofuscada por los prejuicios, se trata de un doble suicidio. La verdad es que fuimos víctimas de una ilusión. Nuestro enemigo se aprovechó del sentido común crónico de los humanos, que nos hace dar por sentadas ciertas cosas que parecen evidentes.

El asesino consiguió engañarnos de forma magistral. Solo le quedaba un único obstáculo: las víctimas no mantenían ninguna relación amorosa y necesitaba pruebas que respaldaran la teoría del doble suicidio. Tenía que parecer que estaban enamorados. Por eso les enseñó a las camareras del Koyuki cómo Sayama y Toki subían juntos al tren en la estación de Tokio. Preparó todas las pruebas. Hizo los preparativos meticulosamente, hasta el último detalle, y a duras penas consiguió encontrar ese intervalo de cuatro minutos para mostrarles a los testigos lo que quería que vieran.

Este caso, de principio a fin, era un simple asunto de horarios de trenes y aviones. Todo parecía basado en una guía de horarios y empecé a dudar que Yasuda pudiera haber elaborado aquel plan por sí mismo. Tenía la sensación de que era un asesinato urdido por una persona con un interés especial en los horarios.

Dejemos para más adelante la explicación de cómo murieron Sayama y Toki y centrémonos en la cuestión de los horarios.

Me vino a la cabeza el recuerdo de una mujer con una gran afición por las guías de horarios, hasta el punto de publicar en una revista un breve relato relacionado con el tema. En el relato, la mujer revelaba su pasión por los horarios y decía que aquellas columnas horizontales de números, que para los demás no significaban nada, a ella le parecían más interesantes que cualquier novela. De los espacios entre las cifras surgía la eterna melancolía del viajero que tanto la inspiraba. La mujer llevaba años enferma de tuberculosis pulmonar. La guía de horarios que leía en la cama para distraerse era una fuente inagotable de compañía, una Biblia que no le

provocaba el aburrimiento de las obras maestras de la literatura antigua y contemporánea. Era la esposa de Tatsuo Yasuda, que vivía en Kamakura recuperándose de su enfermedad. Se llamaba Ryoko.

Dicen que las personas que sufren dolencias pulmonares tienen una mentalidad enfermiza. ¿Qué estaría tramando Ryoko tras la palidez de su rostro? Tal vez sería más correcto decir que estaba calculando en vez de tramando. Cuando la conocí, tuve la sensación de que resolvía y mezclaba infinitas combinaciones de cifras en su cabeza, trazando líneas horizontales y verticales que se cruzaban entre sí como si estuviera confeccionando un horario. Se me ocurrió que tal vez no fuera Yasuda quien había ideado el plan sino su esposa Ryoko.

La noche de los hechos, dos parejas salieron de las dos estaciones de Kashii. Una de las parejas era, naturalmente, Sayama y Toki. Por tanto, era posible que la otra pareja fueran Yasuda y su mujer. Era una deducción lógica pero, en parte, completamente errónea.

Usted ya lo planteó en su carta: «¿Qué papel tuvo la acompañante de Yasuda en lo ocurrido? En otras palabras, esta teoría implicaría que Yasuda necesitaba que alguien estuviera con él una vez se encontrara frente a las víctimas. Sin aquella mujer, no podría llevar a cabo el plan que había urdido».

Estuve completamente de acuerdo con usted. En cuanto me di cuenta de que la misteriosa acompañante de Yasuda podía ser su esposa Ryoko, decidí investigarla.

Pero Ryoko estaba enferma. Aunque hubiera urdido los asesinatos, ¿pudo haberlos perpetrado? Tenía mis dudas de que una persona enferma pudiera haber viajado de Kamakura a Kyushu.

Fui a Kamakura a hablar con su médico, quien me dijo que Ryoko salía de casa de vez en cuando. Me contó, por ejemplo, que unos días antes había ido a visitar a unos parientes que vivían en Yugawara. Entonces le pregunté dónde había estado los días cercanos al 20 de enero y él consultó el diario en el que anotaba la evolución de sus pacientes y me confirmó que había estado fuera del 19 al 21. El médico solo la visitaba dos veces por semana y aquella semana lo había hecho el día 22.

Como ese día Ryoko tenía fiebre, el médico le preguntó qué había hecho los últimos días y ella le dijo que aquella misma mañana había vuelto de Yugawara, donde había estado con sus parientes desde el día 19. «Me he

divertido mucho, quizá por eso esté un poco cansada», le confesó.

Pensé que había dado en el blanco. Saliendo la noche del 19, Ryoko habría llegado a Hakata a la mañana siguiente. Eso significa que se encontraba allí a la hora en la que murieron las víctimas. Pensé que lo de Yugawara era mentira y que, en realidad, la señora Yasuda había ido a Kyushu.

Entonces llamé discretamente a la sirvienta que cuida de ella, quien me confirmó que Ryoko había salido hacia Yugawara sobre las dos de la tarde en un coche de alquiler. Acto seguido, busqué al chófer que la había llevado.

El chófer me dijo que llevó a Ryoko a Yugawara, tal y como ella le había indicado, pero al llegar le ordenó que la llevara a Atami. La dejó en la entrada del hotel Kaifuso y dio media vuelta.

Me sentía exultante. Ni qué decir tiene que fui a Atami de inmediato y continué mis pesquisas en el hotel Kaifuso, donde me dieron la siguiente información.

Ryoko se había reunido con una de las clientas del hotel, que había llegado sola el 14 de enero sobre las ocho y media de la noche y se había quedado cinco días. A juzgar por su edad y su descripción física, solo podía tratarse de Toki. Se había registrado con un nombre falso, Yukiko Sugawara. El apellido coincidía con el que Sayama había utilizado en la pensión Tambaya de Hakata. Al parecer, Ryoko le pidió a la recepcionista que avisara a la señora Sugawara. Así averigüé que tanto Sayama como Toki tenían alguna especie de acuerdo con Ryoko. Más que un acuerdo, todo parecía formar parte del plan de Ryoko. Las dos mujeres cenaron en la habitación y salieron del hotel sobre las diez de la noche. Fue Ryoko quien pagó el alojamiento de Toki.

El hecho de que Toki llegara al hotel el día 14 a las ocho y media demuestra que bajó del *Asakaze* a medio camino. El tren llegó a la estación de Atami a las 19:58, de modo que la chica viajó desde Tokio en compañía de Sayama y se despidieron en Atami. Usted acertó de lleno suponiendo que Sayama había viajado solo basándose en el recibo del vagón restaurante.

Las dos mujeres abandonaron el hotel sobre las diez de la noche del día 19 y, muy probablemente, cogieron el tren rápido que salió de Atami a las 22:25 y llegó a Hakata a las 19:45 del día 20.

Todo concordaba a la perfección. Sobre las ocho de la noche, una mujer llamó a Sayama a la pensión Tambaya de Hakata. Por tanto, una de las dos

mujeres había hecho la llamada en cuanto bajaron del tren.

Había avanzado mucho, pero me había encontrado con un nuevo obstáculo. ¿Cuál de las dos mujeres había llamado a Sayama? ¿Ryoko o Toki? Al principio estaba convencido de que había sido Toki, pero no tenía ningún sentido. Si Sayama y Toki no mantenían ninguna relación, era muy poco probable que ella le llamara por teléfono y él fuera a su encuentro de inmediato. Era muy raro que Sayama llevara una semana encerrado en la pensión de Hakata esperando con impaciencia una llamada de Toki. Era más probable, pues, que le hubiera llamado Ryoko.

Al ser la esposa de Yasuda, puede que Ryoko actuara como su representante. En realidad, Sayama estaba esperando a Yasuda, pero Ryoko le dijo que había ido a verlo en nombre de su marido y fue a su encuentro.

Cuando Ryoko y Sayama se reunieron, ella le dijo que tenía que hablarle sobre algo que a él le preocupaba, por eso lo llevó a la playa de Kashii. Ignoro con qué pretexto lo hizo, pero probablemente le dijo que se trataba de un asunto confidencial y que necesitaba hablar con él lejos de miradas ajenas. La playa de Kashii también formaba parte del escenario del plan.

Sayama estaba preocupado por el desarrollo de la trama de corrupción. Como subdirector de su departamento, estaba al corriente de todos los negocios y solo era cuestión de tiempo que empezaran a investigarlo. Su superior, el director Ishida, lo convenció para que se escondiera en Hakata alegando unas supuestas vacaciones. Sayama estaba en medio de la trama de corrupción y su detención habría resultado muy comprometida para Ishida. Convenció a Sayama de que lo más conveniente sería que se escondiera unos días en Hakata. Incluso le indicó que viajara en el *Asakaze* del 14 de enero y le ordenó que esperase en la pensión la llamada de Yasuda, que le daría más instrucciones.

Sayama obedeció dócilmente las órdenes de su superior. No podemos culparlo. Era un hombre honesto y le daba miedo perjudicar con su testimonio al hombre que le había favorecido. Los subdirectores suelen ser así. Algunos llegan a suicidarse para no manchar el honor de sus jefes, aunque en algunas ocasiones hay otras personas detrás de los suicidios.

Probablemente, el director Ishida le dijo a Sayama que controlara lo que Yasuda iba a hacer para tratar de encubrir la corrupción, así que Sayama estuvo esperando con impaciencia la llegada del empresario. En su lugar, sin embargo, apareció Ryoko, su «representante». Sayama había estado en casa

de Yasuda y conocía a su esposa. En realidad, creo que Yasuda, con un evidente doble propósito, lo invitó a su casa en Kamakura para presentarle a Ryoko.

Ryoko y Sayama cogieron el tren de la red nacional en Hakata y bajaron en Kashii sin saber que, justo después, Yasuda y Toki saldrían de la otra estación y tomarían el mismo camino hacia la playa. El único que no lo sabía era Sayama, naturalmente, puesto que Ryoko estaba al corriente de todo.

Ryoko estuvo hablando con Sayama. Lo tranquilizó diciéndole que todo estaba saliendo según lo previsto y, como era una noche fría, le ofreció un whisky. A Sayama le gustaba beber, así que se lo tomó sin pensárselo dos veces. El whisky estaba mezclado con cianuro potásico y Sayama murió. Ryoko dejó junto a su cuerpo una botella con restos de zumo mezclado con cianuro.

Yasuda iba justo detrás de ellos. Había aterrizado en el aeropuerto de Itazuke en el vuelo de las 19:20 procedente de Tokio y había recogido a Toki en algún lugar que, probablemente, la chica había acordado previamente con Ryoko. Yasuda llevó a Toki a la playa. Durante el camino, ella comentó: «Qué lugar más solitario», y un transeúnte la oyó por casualidad.

Aquella noche oscura, en la playa desértica y solitaria, Yasuda también le ofreció a Toki un whisky mezclado con veneno. Luego cogió en brazos el cuerpo inerte de la chica y lo colocó justo al lado de Yasuda, que acababa de morir. Allí estaba Ryoko. No creo que el lugar donde Toki fue asesinada estuviera a más de veinte metros del cuerpo de Sayama, pero la oscuridad era absoluta y ella no vio nada.

Yasuda mató a Toki y llamó a su esposa en voz alta:

—¡Eh, Ryoko!

—¡Estoy aquí! —dijo ella, en mitad de las tinieblas.

Con el cuerpo de Toki en brazos, Yasuda caminó en dirección a la voz de su mujer, que acababa de matar a Sayama. Debió de ser una escena espeluznante.

Volvamos al escenario del crimen. Usted me enseñó el lugar donde aparecieron los cadáveres, una playa rocosa e inhóspita. Aunque lleves un objeto pesado a través de las rocas, es imposible dejar huellas. Los asesinos tenían todo calculado. Es probable que Yasuda conociera la playa de Kashii y la considerase el lugar ideal para cometer un crimen.

Los asesinatos disfrazados de doble suicidio fueron obra del matrimonio

Yasuda. Ryoko no solo fue el cerebro del plan sino que también cometió uno de los crímenes. Toki se limitó a obedecer las instrucciones del matrimonio sin sospechar nada.

Lo más extraño del caso es la relación entre Toki y el matrimonio Yasuda. Se podría deducir que Toki y Yasuda mantenían una relación amorosa. Como la llevaban con una discreción absoluta, nadie de su entorno lo sabía. Su romance debió de tener sus orígenes cuando Yasuda empezó a frecuentar el Koyuki, puesto que ella sirvió su mesa desde el principio. El hombre que la llamaba de vez en cuando y la invitaba a salir y a pasar alguna noche fuera de casa debía de ser Yasuda.

Lo que me sorprende es la actitud de Ryoko. ¿Por qué se reunió con la amante de su marido y, por tanto, su rival? ¿Por qué cogieron el tren juntas como si fueran amigas?

El hecho de que Ryoko hubiera pagado la factura del hotel de Atami donde se había alojado Toki me puso sobre la pista. Ryoko sabía que su marido tenía una amante. En realidad, era ella quien le pagaba a Toki cierta cantidad de dinero todos los meses. Ryoko estaba enferma y cabe suponer que el médico le había desaconsejado que mantuviera relaciones conyugales con su marido, así que Toki era la amante oficialmente reconocida por la esposa de Yasuda. Era una relación compleja. A nosotros nos cuesta entenderlo, pero son cosas que suelen ocurrir. En la época del feudalismo, por ejemplo, era una práctica habitual.

En el plan inicial, Ryoko tenía previsto fingir solo el suicidio de Sayama, pero era demasiado peligroso. Sin una nota de despedida, la teoría del suicidio no se sostendría. Entonces se le ocurrió la idea del doble suicidio. En estos casos, los informes no son tan rigurosos, no se practican autopsias y no hay investigación posterior. Sería un asesinato mucho más seguro. Por desgracia para Toki, fue elegida como la segunda víctima.

Yasuda no quería a Toki, la chica le resultaba más bien indiferente. Ya encontraría a otra que satisficiera sus necesidades fisiológicas. Ryoko tampoco sentía ningún afecto por ella. Era un simple instrumento para su marido y ella también la utilizaría como víctima del doble suicidio. No creo que sintiera la menor simpatía por ella. Ryoko era una mujer peligrosa, de mente lúcida y sangre fría. Una vez muerta, arrojó el kimono de Toki, que estaba revuelto, y le cambió los calcetines sucios de barro por unos nuevos para simular que la chica estaba mentalizada para morir. Fue muy meticulosa

con todos los detalles.

Aquella noche, el matrimonio durmió en Hakata. Yasuda regresó a Tokio en el primer avión de la mañana siguiente y cogió otro vuelo hacia Hokkaido. Su mujer, por su parte, volvió a Kamakura en tren.

¿Por qué Yasuda dejó pasar seis días antes de ir a Fukuoka tras la partida de Toki y Sayama? Creo que esperó por precaución. Temía levantar sospechas si salía de Tokio justo después de las víctimas. Por eso se dejó ver en el Koyuki durante dos o tres días seguidos cuando Toki ya se había ido y escuchó con aire inocente a sus compañeras mientras decían que Toki había ido de viaje con su amante. Quería dar la impresión de que no tenía nada que ver con lo que iba a ocurrir. También por eso hizo esperar a Toki cinco días en el hotel de Atami.

Así fue como Tatsuo Yasuda, obedeciendo las órdenes de su buen amigo, el director Ishida, eliminó al subdirector Sayama y garantizó la seguridad de Ishida. Y no solo la suya, porque entre los superiores de Sayama hay más de uno que suspiró de alivio con su muerte. Al mismo tiempo, el director de la sección X del ministerio X había contraído una gran deuda con Tatsuo Yasuda que beneficiaría a su empresa de maquinaria.

La relación entre Yasuda y el director Ishida era más profunda de lo que imaginábamos desde fuera. Yasuda le habría hecho cualquier favor a Ishida con el fin de ampliar sus tratos con el ministerio X. Probablemente lo sobornaba también con fiestas y regalos en días señalados. Podemos hacernos una idea del carácter de Ishida por la solidez de las sospechas que pesan sobre él. La cantidad de mercancía que Yasuda suministraba al ministerio no era muy importante, por eso creímos que la relación que existía entre ambos era superficial, pero Yasuda, pensando en su futuro, ya se había acercado al director con su carácter afable y su don de gentes y discretamente había conseguido trabar una buena amistad con él. Yasuda averiguó que la posición social del director Ishida peligraba por culpa de la investigación y que este estaba preocupado, así que se comprometió a librarse del subdirector Sayama, que se había postulado como pieza clave en la investigación. Al contrario de lo que suponíamos, es posible que fuera el mismo Yasuda quien se lo propusiera al director e intentara convencerlo para deshacerse de Sayama. Puede incluso que el director Ishida no tuviera la intención de matar a Sayama y que solo quisiera empujarlo al suicidio en la medida de lo posible, como en otros casos parecidos.

Pero eso era imposible. Entonces, a Yasuda se le ocurrió cometer un asesinato con apariencia de suicidio. Un doble suicidio parecería mucho más creíble que un suicidio en solitario. Si Sayama se suicidaba solo, la policía sospecharía. Si su cuerpo aparecía junto al de una mujer, no habría duda posible. Fue una observación muy perspicaz. De hecho, consiguió engañar a todas las autoridades encargadas de la investigación.

El director Ishida no sabía que Yasuda estuviera planeando matar a Sayama. Estaba convencido de que preparaba un plan para empujarlo al suicidio. Por eso hizo lo que Yasuda le había pedido: preparó un viaje de negocios a Hokkaido e hizo la maniobra de las listas de pasajeros de los aviones y del *ferry* de Seikan. Como era un cargo importante dentro del ministerio, tenía libertad para ir de viaje cuando quisiera y llevarse a cualquiera de sus secretarios.

Más adelante, cuando se enteró de que Sayama se había suicidado con una mujer ingiriendo cianuro potásico, el director Ishida debió de quedarse atónito al darse cuenta de que Yasuda lo había matado. Supongo que Yasuda aprovechó el nerviosismo del director para adoptar una actitud más amenazadora y presionarlo. Creo que fue Yasuda quien le sugirió que enviara a Sasaki a la comisaría para defender su coartada. Lo que Yasuda ignoraba es que fue precisamente entonces cuando empezó a cavar su propia tumba.

Para hacer más creíble el suicidio de Sayama, Yasuda utilizó a Toki, la amante de la que ya se había cansado, pero puede que Ryoko, su esposa, estuviera más interesada en deshacerse de Toki que en ayudar a su marido. Aunque la muchacha fuera la amante oficial de su marido, seguía siendo su rival y la mujer que la había reemplazado físicamente y seguro que su enfermedad no hacía más que alimentar sus celos, que habían encontrado la ocasión para encenderse y empezar a arder como la llama azulada de un fósforo. Además de librarse de Sayama, la otra víctima de aquel caso sería Toki. Nunca sabremos si la verdadera intención de Yasuda fue matar a Sayama para ganarse el favor del director Ishida o deshacerse de Toki, que se había convertido en una molestia para él.

Esto ha sido todo en cuanto a mis deducciones. Ahora quiero hablarle de la nota de suicidio que dejó el matrimonio Yasuda.

Así es. Tatsuo y Ryoko Yasuda se envenenaron con cianuro potásico en su casa de Kamakura antes de que fuéramos a detenerlos. En aquella ocasión, no se trató de un falso suicidio.

Tatsuo Yasuda sabía que íbamos tras su pista y se quitó la vida junto con su mujer, cuya enfermedad se había agravado. Él no dejó ninguna nota de despedida, pero ella sí.

Según sus últimas palabras, habían muerto siendo conscientes de sus crímenes. ¿Será cierto? Yo no creo que un hombre tan fuerte como Tatsuo Yasuda decidiera suicidarse. Me inclino a pensar que Ryoko, presintiendo la cercanía de su propia muerte, ideó alguna treta para que su marido la acompañara. Así era ella.

La verdad es que nos sentimos aliviados con la muerte del matrimonio Yasuda, puesto que no teníamos ni una sola prueba material en su contra, el caso se componía únicamente de pruebas circunstanciales. Eran suficientes para emitir una orden de detención, pero no sé qué habría pasado si el caso hubiera llegado a juicio.

Tampoco teníamos pruebas para imputar al director Ishida. El caso de corrupción lo obligó a dejar el cargo que ostentaba y fue trasladado a otro departamento, donde tiene un puesto mejor que el anterior. Parece un sinsentido, pero son cosas curiosas que ocurren en la administración pública. En un futuro se convertirá en jefe de gabinete, secretario de estado o incluso llegará a diputado, quién sabe. Quien se ha llevado la peor parte son sus subordinados, que se han dejado pisotear para demostrarle su lealtad, porque cuando uno se da cuenta de que su superior se ha fijado en él, hace lo imposible para caerle en gracia, aunque estén utilizándolo. La ambición de querer ascender es así de triste. Por cierto, el funcionario Kitaro Sasaki, que aceptó colaborar con el director Ishida y actuó como cómplice de Tatsuo Yasuda, ha sido ascendido. Ahora que el matrimonio Yasuda ha muerto, no podemos hacer nada más que observar lo que ocurre a nuestro alrededor.

Este caso me ha dejado mal sabor de boca. Hoy, mientras disfruto de un baño en mi casa con una cerveza fría, estoy tranquilo y relajado, pero concluir un caso es mucho más gratificante cuando detienes a los criminales y los llevas ante la justicia.

Le he escrito una carta larguísima y bastante complicada.

Respondiendo a su amable invitación, cuando llegue el otoño, me tomaré unos días libres y le haré una visita en Kyushu junto con mi esposa.

Le deseo lo mejor y espero volver a verle en breve.

Siempre suyo,

KIICHI MIHARA

(Nota: Los horarios de ferrocarriles y aviones mencionados en esta novela corresponden a los vigentes en el año 1947.)



SEICHO MATSUMOTO (1909-1992) fue un prolífico escritor japonés. Nacido en la ciudad de Kotura, no recibió una educación formal; empezó a trabajar muy joven como periodista en *Asahi*, uno de los periódicos más importantes de Japón. Comenzó a escribir novelas cuando ya tenía más de cuarenta años; su carrera literaria despegó con su segundo libro, *Historia del diario de Kokura* (Aru Kokura-nikki den), por el que recibió el premio Akutagawa en 1952. *El expreso de Tokio* se publicó por entregas en una revista entre 1957 y 1958 y obtuvo un éxito inmediato, su reedición en forma de libro lo convirtió en uno de los mayores *best sellers* de la posguerra japonesa. Matsumoto recibió alguno de los más prestigiosos premios literarios de su país y está considerado como uno de los principales escritores japoneses de novela negra. Entre su obra destacan: *La voz* (Koe, 1955) *El expreso de Tokio* (Ten to sen, 1958), *El inspector Imanishi investiga* (Suna no utsuwa, 1961) y *Sin ánimo de lucro* (Kiri no hata, 1961).